V. MUÑOZ BARREDA

LA MICRONESIA ESPAÑOLA

Ó LOS ARCHIPIÉLAGOS DE

Marianas, Palaos y Carolinas

MONOGRAFIA
ilustrada con un mapa trazado por el mismo autor del texto

Segunda edición ampliada y corregida

MANILA
TIPOGRAFIA «AMIGOS DEL PAIS,» REAL 34,
1894.

PRÓLOGO

Acontecimientos bien conocidos han llamado la atención de la Europa en general y de España más especialmente hácia esa parte casi olvidada del mundo, que se llama la Micronesia. El interés político, y más que nada el amor própio de los españoles, han motivado algunos escritos en los cuales hay que aplaudir sin reserva los elevados sentimientos y, sobre todo, el patriotismo que revelan los escritores españoles; pero desgraciadamente será imposible decir lo mismo, en general, de sus conocimientos especiales respecto á cuanto concierne á esa parte de la Oceanía.

Algunas generalidades leidas de ligero y mal interpretadas forman generalmente el

armazón de tales escritos, constituyendo, sin embargo, su base de argumentación, que como se comprenderá no puede ser muy sólida.

Esto depende acaso de que apenas se cuenta con un libro especial y sucinto, consagrado al estudio sério de esta parte de la Oceanía, y las pocas noticias que se poseen acerca de ella, se deben buscar en obras costosas ó en las dispersas descripciones de tratadistas y viajeros, cuyas apreciaciones son muy á menudo contradictorias.

La deficiencia de escritores españoles que se hayan ocupado en el estudio de la Micronesia, es un hecho que se repite también de igual manera en el extranjero, cosa digna de notarse, por más que en este último caso, parezca tal descuido más dispensable. Esto no quiere decir que las noticias de la Micronesia sean completamente nulas en la bibliografía nacional y extranjera, y por el contrario, nos apresuramos á declarar que la inmensa mayoría de las que constan en el presente libro, están recogidas en ese gran arsenal, no teniendo nuestro trabajo más mérito, que el de haberlas reunido y armonizado de manera que contribuyan al fácil conocimiento de la Micronesia Española; estudio

que antes se hacía muy difícil por tener que buscar los datos en numerosas obras, la mayor parte de ellas escasamente conocidas.

Nuestro plan se ha reducido, por consiguiente, á examinar esos tratados de geografía, relaciones de viajes, exploraciones marítimas, geológicas, mineralógicas, zoológicas y botánicas, estudios antropológicos y etnográficos, etc., y entresacar y coordinar los datos necesarios para una metódica descripción sucinta de los dominios españoles en la Micronesia.

Nos ha parecido más procedente seguir los límites y divisiones naturales que marca la geografía, que no las arbitrarias y variables separaciones que han establecido las momentáneas necesidades económicas y políticas. La geografía es hoy reconocida como ciencia de observación, formando por derecho propio parte de las llamadas positivas; y como tal debe ser tratada, so pena de desnaturalizarla por completo. Esto no obstante, las divisiones políticas serán expuestas y relacionadas con las meramente geográficas, con lo cual quedarán evitados estos motivos de confusión

Quizá la nomenclatura es la mayor dificultad con que se tropieza para describir la Micronesia, puesto que apenas se hallan

dos escritores que señalen con igual nombre las islas de cada archipiélago, pues ni siquiera dan una misma denominación á estos grupos. Un patriotismo exajerado y mal entendido, sin duda, motivó que los autores empleasen con preferencia nombres de sus respectivos idiomas y que recuerden á sus grandes navegantes, lo cual ha establecido una rara confusión de la que es muy difícil darse cuenta. Los franceses y los ingleses son los más peligrosos bajo este punto de vista, puesto que nada respetaron en este terreno.

Viéndonos precisados a afrontar esta grave dificultad, hemos creido lo más conveniente seguir un método ecléctico, sin más objeto que facilitar el estudio. Desde luego hemos procurado que los nombres aceptados por nosotros no fueran dados á la confusión, que sean claros y precisos, armónicos y de fácil pronunciación. En cuanto á la originalidad, hemos huido sistemáticamente de toda innovación, conservando, por el contrario, los más comunmente conocidos. Así es que muchas islas llevan su nombre indígena, puesto que su importancia es tan escasa que solo son conocidas de los geógrafos. Otras, aunque más importantes, llevan también el nombre que les dan sus moradores porque con

él son ya conocidas en Europa. Otras muchas llevan los nombres españoles que les dieron éstos desde que las hallaron, aunque algunas veces aparecen en mapas extranjeros con denominaciones inventadas por otros navegantes que se dicen sus descubridores, por más que algunos de éstos solo las vieron un siglo y más después de los anteriores. Otras, en fin, llevan los nombres extranjeros que las dieron los navegantes que primero las señalaron y cuyo honor jamás les disputaron los marinos españoles, que no necesitan glorias ajenas para engrandecer las propias. Lo mismo sucede con los montes, bahías, etc., siendo esta, por consiguiente, la base general adoptada para nuestra nomenclatura.

Sin embargo, para evitar equivocaciones, expondremos en cada caso la sinonimia lo más completa posible, con las fechas respectivas en que se dió cada denominación y con las demás noticias concernientes, de tal modo que siempre quede bien determinada la noción geográfica.

En cuanto á la escritura de los nombres propios, hemos seguido el uso corriente de transcribir las voces indígenas con la ortografía española más aproximada, y reproducimos á la vez las transcripciones de algunos extranjeros cuando por cualquier

motivo son muy conocidas. Los nombres europeos, si son extranjeros, se escriben con su ortografía original.

Respecto á la posición geográfica, hay muy poca certidumbre á veces en cuanto á la exacta situación de las islas, y muy amenudo se encuentran demarcaciones muy distintas para un mismo archipiélago. Y para evitar la enunciación de números, siempre difíciles de retener en la memoria, acompañamos un mapa de la Micronesia Española, levantado según los mejores datos, y también publicamos al final de la obra un cuadro en que se consignan las longitudes y latitudes más probables de las principales islas.

Las dimensiones y distancias siguen dos métodos diferentes: las grandes longitudes se han medido por leguas de veinte al grado, mientras que las pequeñas, como alturas etc., se expresan en metros: nada más fácil que reducir las leguas á kilómetros, pero estos representan una extensión demasiado pequeña, resultando números muy altos para la imaginación.

La orografía y la hidrografía tienen muy poca importancia en esta parte del mundo donde no hay una corriente de agua dulce que merezca el nombre de rio, y donde casi todas las islas son rocas madrepóricas

que apenas se levantan algunos metros sobre el nivel del mar, por más que también haya otras altas y basálticas. Sin embargo, no se han omitido las noticias que se poseen acerca de la elevación de los pocos montes, y aun cordilleras, que presentan por excepción algunas islas, y siempre se ha procurado dar una idea exacta de la configuración del terreno. Hemos indicado los más interesantes datos respecto de las costas, arrecifes, bahías y puertos que se han señalado con bastante minuciosidad.

También es muy sencilla la geología de estos archipiélagos y en cada grupo se han anotado las particularidades de sus terrenos, así como la fauna y la flora, que no suelen ser más complicadas.

La etnografía constituye acaso la parte más curiosa y menos estudiada de la Micronesia. Hemos reunido cuantos datos nos ha sido posible, y no solo se dan descripciones generales, sino que se señalan las particularidades más interesantes que presentan los habitantes de algunas islas.

Los documentos arqueológicos conocidos son escasos, pero todos ellos son examinados al tratar de los territorios en donde se han encontrado, dando de ellos una idea detallada.

La lingüística también es analizada, aunque la escasez de datos dificulta mucho tal estudio.

En fin, la estadística se reduce á cálculos aproximados, por lo cual es preciso mirar estas noticias con muy rígido criterio

Observarán nuestros lectores que, por lo general, suprimimos el nombre del autor y la fuente de *orígen* de nuestras noticias. Esto no debe atribuirse á falta de respeto, ni menos á falta de sinceridad por nuestra parte, puesto que hemos declarado que nuestro pequeño trabajo es casi exclusivamente una recopilación de las mejores noticias publicadas en libros, folletos memorias y periódicos diversos

Dos órdenes de causas nos han movido á seguir este camino. El primero es la multiplicidad de las fuentes de donde proceden nuestras noticias y de su importancia relativa tan diversa, que mientras algunas cortísimas memorias nos han proporcionado numerosos datos, hay libros muy voluminosos de los cuales solo hemos aprovechado alguna frase, á veces un nombre ó una fecha; de manera que las repetidas citas más bien servirían para simular una erudición qne nos falta, que no para ilustrar al lector en la mayor parte de los casos. El segundo motivo es que muchos

de los datos que publicamos son debidos á memorias inéditas de algunos amigos particulares y á documentos oficiales encerrados en los archivos y oficinas, con firmas ininteligibles, de modo que, aun deseándolo, no podríamos siempre decir á quién debemos la noticia.

Esto no obstante, ya se comprenderá que hemos seguido con gran cuidado las descripciones de las obras generales ya clásicas, como las de Ritter, Malte-brun y Balbi que fueron nuestros principales guías, aunque muchas de sus notas han obtenido rectificación ulterior. Otras obras generales también y algo más modernas han suministrado importantes datos, como las de Henricy y Arago, cuyas noticias se han ampliado y rectificado con las que se hallan diseminadas en las colecciones de viajes, entre los cuales deben figurar, en primera línea, las expediciones de los españoles con sus numerosos descubrimentos realizados por Magallanes, Legazpi, Saavedra, Quirós y tantos otros á los cuales habría que agregar los viajes y exploraciones de Anson, Kotzbue, Freycinet, Cheyne, Lutke, Roquefeuille, D'Urville y otros muchos; los numerosos datos recogidos por navegantes, naturalistas y geógrafos como Kitlitz, Lesson, Duperrey, Kruseostern,

Rienzi, Semper, Meinicke, Kubary, Gulik, Montero Vidal y tantos otros, así como los suministrados por antropólogos y etnógrafos tan distinguidos como Krausse, Welker, Davis, Antôn, Halle, Kirshhoff, Cabeza, por monógrafos como La Corte, Villalobos, Olive, Miguel, Butront, y los misioneros Capuchinos Llevaneras, Valencia y Ariñez, además de los numerosos estudios publicados en revistas y periódicos especiales cuya enumeración sería demasiado larga, á los que deberíamos agregar muchos y valiosos apuntes inéditos que debemos á la generosidad de nuestro inolvidable amigo el insigne periodista don José Felipe Del-Pan, que nos suministró importantes manuscritos referentes á Marianas, así como otros varios amigos nos facilitaron el estudio de algunos documentos sepultados en los archivos.

Con todo esto no habríamos citado todavía más que una parte de los documentos consultados, sin haber nombrado siquiera los mapas más recientes en que han hecho numerosas rectificaciones algunos distinguidos marinos españoles, tanto mercantes como de la armada, cuyos detalles han tenido la bondad de comunicarnos generosamente.

Aprovechamos gustosos la presente ocasión para dar público testimonio de nues-

tra gratitud á todas y cada una de las personas que por los diversos modos expresados contribuyeron á enriquecer esta monografía.

Como se vé, el arsenal era copioso; pero la verdad es que este cúmulo de noticias no podía ser utilizado desde luego: la inmensa mayoría de los datos eran modificados y rectificados por otros posteriores muy á menudo eran contradictorios, algunos inverosímiles.

Por consiguiente, fué necesario someterlos todos á un detenido exámen, aquilatando su grado de exactitud, separando las opiniones meramente personales de los escritores, hijas muy á menudo de su momentáneo estado de ánimo y de las más ó menos difíciles circunstancias por que á veces atravesaban; anotando, en cambio, las observaciones directas, comprobando unas con otras cuando era posible, rectificando las más de ellas, confrontando nombres y fechas, en una palabra, sometiendo cada uno de los datos al más severo criterio para darlos como exactos ó simplemente probables, desechando, en fin, todos los erróneos, para formar con los restantes el conjunto de los conocimientos realmente adquiridos acerca de la Micronesia Española.

Aunque reunidos la mayor parte de los materiales para la presente obra, empezamos á escribirla en Marzo de 1891, bien pronto nos vimos precisados á suspender este trabajo teniendo que atender á otros más perentorios.

Por causas también ajenas á nuestra voluntad, fué necesario que emprendiéramos de improviso hácia fines de 1892 la publicación de este libro que, por las razones ya dichas, carecía de las condiciones más indispensables para ser presentado al público.

Todas estas concausas explican la forma desaliñada en que el libro apareció y que más bien merecía el nombre de Apuntes más ó menos interesantes respecto á la Micronesia Española.

A pesar de todas las mencionadas imperfecciones, el público acogió con exceso de benevolencia nuestra modesta obra.

Desde entónces son muchas las notas y ampliaciones que hemos recibido para ser utilizadas en otra edición que en realidad es una deuda que tenemos contraida con el público que ha dispensado á nuestro libro tan inmerecidos favores.

Paracorresponder á tantas mercedes con nuestros escasos recursos, hemos creido que sería bien recibida la segunda edición de

nuestro libro, procurando que ahora se subsanen los principales defectos con que se publicó la vez primera.

Esta nueva edición, muy corregida y notablemente ampliada, es la que hoy presentamos al público, animados con la esperanza de que los defectos que indudablemente quedan en nuestro libro, serán tratados con la misma benevolencia con que fueron mirados anteriormente.

Claro es que nuestra labor tiene que resultar imperfecta, pero en lo sucesivo será ya más fácil corregir las deficiencias y los errores que se observen, sirviendo nuestro pobre trabajo como punto de partida para realizar otros mejores.

Tal es el libro que ofrecemos al público, y si con él conseguimos que empiece á conocerse en Europa, y sobre todo en España, lo que realmente son y representan los centenares de islas que forman sus dominios en la Micronesia, habremos llenado completamente nuestras aspiraciones; pero si, por desgracia, no alcanzáramos nada de esto, sírvanos al menos de justa disculpa nuestro patriótico deseo de contribuir, aunque con escasas fuerzas, á la difusión de los conocimientos geográficos relativos á las más olvidadas posesiones españolas de la Oceanía.

CAPITULO I.

LA MICRONESIA ESPAÑOLA

Esta vasta región que pertenece á los dominios españoles, ocupa la mayor parte de la división geográfica de la Oceanía, conocida bajo la denominación de Micronesia, y merece, por consiguiente, el nombre con que la designamos, por más que no le hayan usado los escritores hasta la ocasión presente; pero abrigamos la esperanza de que será bien acogido, por expresar con toda precisión un concepto geográfico y político.

Bajo cualquier aspecto que se considere, la Micronesia Española, siempre se muestra con rasgos tan especiales, que bien merece un estudio peculiar, por muy difícil que sea tal empresa.

La mayor parte de las islas y archipiélagos que la constituyen, forman parte de los descubrimientos españoles más gloriosos, á pesar de lo cual es muy común ver mapas en que solo se encuentran nombres extranjeros, que han contribuido á la gran confusión que reina en la nomenclatura. Esto no obstante, hay que recordar que en el presente siglo los españoles no han aumentado los antiguos descubrimientos, mientras que algunos extranjeros han realizado muchas exploraciones que han enriquecido los conocimientos geográficos.

La Micronesia Española se compone de tres archipiélagos principales de muy varia extensión y que ocupan dos líneas ó fajas sensiblemente perpendiculares entre sí, que vienen á determinar la base y altura de un gran triángulo. La más corta y estrecha de estas fajas se extiende de N. á S. y constituye el archipiélago de Marianas, cuyo islote más septentrional se halla situado á los 21 grados 15 minutos de latitud Norte, mientras que la zona más ancha, ligeramente arqueada con la concavidad mirando al mediodía, se extiende de Occidente á Oriente. Su extremo del O. lo forma el archipiélago de Palaos, y el resto el de las Carolinas, que á su vez se subdivide en otros tres grupos de islas.

Según el Protocolo firmado con motivo del conflicto internacional respecto á la soberanía de España en los archipiélagos de Palaos y Carolinas, la mencionada faja deberá medir once grados de latitud á partir del Ecuador hácia el N. y de Oriente á Poniente de los 133° á los 164° de longitud al E. de Greenwich.

En este caso, como en otros muchos, España tiene que lamentar la impericia de sus diplomáticos, que de una manera inconsciente la cercenan parte de su territorio cada vez que son encargados de firmar tratados de reconocimiento respecto á la soberanía en territorios algo apartados de la Península.

Los límites occidentales convenidos en el citado protocolo, serán el meridiano de 133° al E. de Greenwich, distante unas veinte y dos leguas al O. del gran arrecife del Grupo de Palaos, que los diplomáticos españoles han confundido cándida y lastimosamente con el Archipiélago del mismo nombre.

En la proposición hecha por el Papa León III para resolver el conflicto llamado de las Carolinas, Su Santidad se da el título de *mediador en la cuestión de los* ARCHIPIÉLAGOS *de Carolinas y Palaos pendiente entre España y Alemania*; y como tal, propuso en primer lugar, que *se afirma la soberanía de*

España sobre las islas de Carolinas y Palaos.

Esto es lo aceptado desde luego por los gobiernos alemán y español; esto es lo que el embajador y el ministro de España debieron tener presente al trazar los límites de los dominios que se le reconocían á su nación en la Micronesia.

Ahora bien: sabido es que el archipiélago de Palaos, según todos los mapas y geógrafos, ocupa una faja que apenas cuenta un grado de anchura; pero que empieza en el O. con la pequeña isla de Tobi, situada cerca de los 131 grados; es decir, cuarenta leguas al O. de los límites aceptados por España en el Protocolo.

En la parte cercenada sin motivo ni pretexto á los dominios españoles de la Micronesia, solo se hallan exíguos territorios sin valor material; pero esto no puede disculpar nunca la candidez de los diplomáticos que de un modo inconsciente, dejaron que, ante sus propios ojos, arrancasen un girón á los dominios españoles.

Además; en esa porción torpemente abandonada, se halla la célebre isla de San Andrés, teatro de un conmovedor episodio que no puede ser olvidado por quien haya hojeado siquiera la historia de Filipinas.

Catorce españoles desgraciadamente abandonados en una de las islas del mencionado atol, y veinte y tres años de reiterados esfuerzos é inútiles tentativas para socorrerlos, no es asunto que puede pasar inadvertido para el que guarda en su pecho alguna veneración hácia los que saben sacrificarse por los grandes intereses de la pátria, ó para el que sencillamente conserva en su alma los gérmenes de los nobles sentimientos humanitarios.

La isla de Sonsoral donde perecieron aquellos desdichados hijos de España, será siempre un venerable monumento que se levanta sobre su pedestal coralino, para recordar á los españoles la tumba de los que murieron por el santo amor de la religion y de la pátria.

Aquel pedazo de piedra madrepórica, sin valor para ninguna de las otras naciones europeas, no puede ser abandonada por España sin borrar de la historia el recuerdo de aquel esfuerzo de veinte y tres años para recuperar los hijos que la fatalidad le arrebató cuando quisieron clavar en aquellas tierras desconocidas los emblemas de la civilización.

La isla de San Andrés no puede, por lo tanto, dejar de ser española, mientras la

bandera roja y gualda se refleje en el movedizo espejo de las ondas del gran Océano Pacífico.

Como dice muy bien Su Santidad, la tradición constante y la convicción del pueblo español en cuanto se refiere á su dominio sobre Carolinas y Palaos, constituye un título que debe tenerse muy en cuenta, fundado en las máximas del derecho internacional, invocadas y seguidas en esta época en el caso de conflictos análogos.

Pues ya que esto es cierto y reconocido por los firmantes del Protocolo, debemos convenir en que lo aceptado respecto á los archipiélagos ó colectividades llamadas Palaos y Carolinas, tiene que ser aún de mayor fuerza para las islas de San Andrés, respecto de las cuales no solamente la dudosa tradicción, sinó las páginas de la historia, conservan grabadas de modo indeleble las bases de los más legítimos derechos de la soberanía de España, cuyos títulos fueron sellados con la sangre de sus hijos.

La tradición, la leyenda, la historia, en fin, contribuyen por diferentes caminos á perpetuar en la memoria del pueblo español, hechos inolvidables que le dan la más profunda y sólida convicción respecto á su indiscutible soberanía en todo el archipiélago de Palaos, pero más especialmente en las

pequeñas y tristemente célebres islas de San Andrés.

Ahora bien: con la inexplicable dejación de tan evidentes derechos ¿qué sucedería en el caso de que una Potencia cualquiera, clavára su pabellón en esas pobres rocas que tantos recuerdos guardan para España?

Esta noble nación no se detendría entonces á considerar el valor intrínseco de aquel anillo de corales: consideraría la injustificación de tal despojo como un afrentoso ultraje, y volvería con vigor varonil por sus derechos desconocidos, planteando un conflicto semejante y, á la verdad, continuación del que debió terminarse para siempre con la firma del Protocolo, célebre ya por tantos conceptos.

Todavía es tiempo de remediar esa falta injustificable.

Las potencias europeas no tienen razón alguna para desear la posesión de unas pequeñas islas sin riqueza ni porvenir de ninguna clase, y una reclamación de España para rectificar los falsos límites asignados por el O. al Archipiélago de Palaos, es muy probable que no provocase oposiciones, con lo cual se conseguiría, por lo menos, evitar la posibilidad de un conflicto semejante al de las Carolinas, y se devolvería también á

la nación española un pedazo de su territorio.

Las nociones meramente geográficas bastan en el presente caso para justificar tan legítima petición, puesto que aceptada la soberanía de España sobre el archipiélago de Palaos según la proposición de Su Santidad, claro es que tales dominios han de extenderse á todas las islas y, por lo tanto, á la más occidental que es Tobi.

Una rectificación de fronteras mal fijadas por un error material evidente, parece que no había de presentar serias dificultades, sobre todo, pudiendo acudirse nuevamente á Su Santidad, para que deje fuera de toda clase de dudas el alcance de su pensamiento y de sus palabras al hacer su proposición.

Si el procedimiento que se indica pareciese aventurado por las argucias de que suelen hacer gala cierta clase de diplomáticos, acúdase, desde luego, al sistema sancionado por las potencias que han manifestado en los tiempos modernos un apetito desordenado por el ensanche de su poderío colonial.

Un acta de nueva toma de posesión en las islas Tobi, Pulo María, Pulo Anna y San Andrés, bastaría para evitar en lo futuro toda sombra de competencia por parte de

los que fingieran creer que las cuatro islas mencionadas, al ser excluidas del reconocimiento de la soberanía española, quedan hoy sin dueño y á merced del primer ocupante; pues bien claro es que llegado el caso de que otra potencia quisiera invocar tales doctrinas para cometer un atropello de tal índole, no dejaría España de sostener sus derechos, ya que, según el convenio hispano-alemán la falta del reconocimiento explícito de los dominios españoles que se hallen fuera de los límites allí fijados, no supone de ningún modo la negación de los derechos de España sobre otros territorios, de los cuales ni en ese tratado ni en otro alguno se halla consignada la dejación y abandono; pero á pesar de todo esto, la prudencia más elemental aconseja que se eviten á la pátria semejantes conflictos, y siendo tan fácil y sencillo el remedio no debe dejarse que subsista la eventualidad de futuras complicaciones internacionales.

Extraño parece que un hecho de la clase del que venimos tratando no haya suscitado hasta el presente momento la menor protesta y solo puede atribuirse tal actitud á la escasez de los generales conocimientos respecto á las posesiones que tiene la nación en la Oceanía y más especialmente en el Mar Pacífico.

Atendiendo, por lo tanto, á las razones que ya quedan expuestas, creemos que los límites meridionales de la Micronesia Española deben contarse desde el meridiano 164 hasta el 133 sobre el Ecuador, y desde este punto hasta el cruzamiento del tercer grado de latitud N. con el 131 de longitud al E. de Greenwich, y este meridiano es el que marcará los límites occidentales.

Esta gran faja es la verdadera base del triángulo que tiene por altura la línea que indica la dirección de las Marianas.

El triángulo formado por las islas de la Micronesia Española tiene por consiguiente una larga base de 33 grados ó sean unas 660 leguas, y una altura de más de 21 ó sean 423 leguas Pero como todas sus islas son sumamente pequeñas, resulta que su territorio es muy exiguo.

En esta gran extensión de mar se hallan más de seiscientas islas tan pequeñas que juntos los territorios de todas ellas apenas alcanzarán la suma de ciento cuarenta leguas.

La Micronesia española confina por el N. con los archipiélagos Bonin y Volcánico; por el E. con los de Marshal y Gilbert: por el S. con el Ecuador y la Melanesia y por O. con las Filipinas.

En estos diferentes grupos hay algunas islas altas y volcánicas: sobre todo en Marianas existen aún algunos volcanes activos: pero la gran mayoría son isletas bajas de orígen madrepórico que apenas se levantan sobre el nivel del mar.

La flora es más rica que en el oriente de la Oceanía, puesto que á las plantas Polinesias, se reunen numerosos representantes de las Molucas y Filipinas. En general abundan las rizoforas hacía la costa, mientras que hacia el centro de las islas aparecen los grandes árboles de variadas especies y entrelazados de lianas. Entre los árboles frutales se cuentan el naranjo y limonero, la celebre rima ó árbol del pan, hay numerosos ficus y entre las palmas constituye verdadera riqueza el cocotero. En conjunto podrán contarse unas trescientas especies botánicas.

La fauna es muy pobre, pues aparte de algunas especies importadas en un tiempo relativamente próximo, se cuentan solo dos mamíferos, una rata y un murciélago. Entre los animales importados figuran el perro y el gato, el toro y la cabra, el caballo, el puerco y el ciervo con algunos otros menos importantes. Las aves son muy numerosas, contándose cerca de setenta especies, muchas semejantes á las que habitan los

archipiélagos próximos, pero pocas idénticas. Cuentan con un águila ó halcón, varios papagayos y palomas, bastantes pájaros, y gallinaceas, un megapodo y algunas aves acuáticas. Los reptiles escasean más, no contándo sinó con siete especies, que sobre todo se hallan en las islas elevadas. Los insectos están representados por numerosas moscas y mosquitos, algunas mariposas y muy pocos escarabajos. Los mares están mejor poblados, encontrándose delfines, varias tortugas y culebras de agua; los peces muy variados y en gran parte esclusivos de estas islas. Los moluscos crustáceos y zoófitos son numerosísimos.

El clima es muy húmedo, pudiendo decirse que en esa región llueve siempre, lo cual no impide que se llame estación de secas á los meses en que cae menos agua, y la temperatura es poco variable, pasando rara vez de 30. También se suelen señalar l s estaciones por medio de la monzón ó viento periódico del NE. que reina de Octubre á Marzo generalmente en la mayor parte de las islas de la Micronesia Española, dejando soplar á los otros en los restantes meses del año.

Los habitantes de la Micronesia son una mezcla evidente de elementos heterogéneos como permite suponerlo desde luego la na-

turaleza insular de esa parte del mundo, punto de paso para todas las emigraciones oceánicas. Esto no obstante, se puede distinguir un tipo especial, que por esa razón hemos llamado micronesio y que es desde luego el dominante.

La raza que llamamos micronesia, ha sido muy imperfectamente estudiada todavía, pero de las noticias que hemos reunido y de los escasos estudios realizados por nosotros en ejemplares aislados, se pueden deducir algunos carácteres que justifiquen nuestra denominación.

En los micronesios se hallan algunos rasgos especiales que los separan de las razas amarilla, malaya, polinesia y negra, de tal modo que aquellos vienen á constituir un tipo etnológico que acaso debiera tenerse en cuenta para lo sucesivo.

Cuando con buena fé se estudia la etnografía, sorprende la confusión que se observa en cuanto se penetra en los archipiélagos del Mundo Marítimo, donde parece que se pierden todos los principios científicos que hasta entonces han servido como guía y fundamento; á medida que se camina hácia el Oriente, se borran cada vez más los jalones ó puntos de mira, y al acercarse al centro se encuentra el curioso investigador en medio de un cáos, verdadero geroglífico imposible de toda interpretación.

Hácia el N. deben hallarse los micronesios, por el E. los polinesios, al S los melanesios y en el O. los malayos.

La Micronesia perfectamente limitada geográficamente, aparece con gran indecisión para la etnografía que, sin embargo, hace á menudo distinciones esenciales entre sus habitantes y otros del mundo oceánico. Un escritor los confunde con los negros; otro tan distinguido como Forster los considera como una rama de la emigración polinesia; Pechel los distingue por su mezcla con los papuas, algunos, como Quatrefages los creen mestizos de papuas y mogoles, otros indican el predominio malayo; pero todos separan en ciertos momentos al micronesio de los demás oceanicos, muchos estudian sus idiomas y su especial civilización, y, sin embargo, nadie precisa las reglas que se han de seguir para distinguirlos de los otros pueblos.

Virchow sin negar las influencias, antedichas, reconoció que antes de los malayos existían en la Oceanía ciertos elementos de color claro, á los que por tal motivo denominó premalayos, nombre que hemos aceptado en nuestros estudios acerca de las razas de Filipinas, por expresar perfectamente una noción etnográfica y cronológica mal comprendida por lo general.

La importancia de la raza micronesia va en aumento cada día y adquiere mayores proporciones desde que algunos antropólogos, especialmente los españoles, han reconocido las analogías previstas por Virchow entre los de ella, y ciertos habitantes de Filipinas que á su vez presentan rasgos característicos de muy estrecho parentesco con ciertos habitantes de Célebes, Borneo Java Sumatra y otras islas de la Malasia.

En la Micronesia se ven tipos que recuerdan á los melanesios y polinesios, en otros individuos los caracteres de los anteriores se hallan como atenuados por influjo extraño que parece de orígen malayo y mongólico. Los rasgos comunes á estas tres clases de individuos mezclados, aparecen como dominantes en otros muchos individuos; en una palabra, la Micronesia es un mosáico de pueblos muy distintos.

Pero cuando se observa con detenimiento, se reconoce que varios de los tipos etnográficos citados, forman una especie de modelo al cual se acercan los otros, en quienes más ó menos, se modifican los caracteres de sus respectivas razas, mientras que otros no son más que desviaciones del susodicho modelo ligeramente modificado por influencias extrañas, lo cual permite adivinar un tipo general y común al que se

acercan realmente la mayor parte de los habitantes de estas islas.

Ese tipo es el propio de la raza micronesia, que será necesario admitir como preexistente para poder explicar las actuales variedades.

En conjunto, los individuos pertenecientes á la raza micronesia, presentan un aspecto tanto más robusto, cuanto menos mezclada se halla su sangre con la de otras castas, siendo muy frecuente el observarse entre aquellos, verdaderos atletas.

Su estatura suele pasar de de 1'60 y también de 1'70 y su musculatura suele ser, sin embargo, un poco deficiente, y algo semejante, podría decirse también de las extremidades inferiores, sobre todo en cuanto á so longitud.

La cabeza es muy característica, puesto que no solo es larga con relación á su anchura, sinó que además el diámetro anteroposterior, es quizás el mayor que se encuentra en todas las razas humanas.

Esto no obstante, la altura relativa de cráneo es muy considerable.

La caja craneal presenta otros muchos caracteres distintivos que fuera prolijo enumerar.

La cara es alargada á pesar del gran tamaño de los pómulos, y entre los carac-

teres típicos más notables, nos limitaremos á señalar la poca curvatura del arco dentario en su parte anterior, el escaso prognatismo, la pequeñez del índice nasal, los pómulos prominentes y la gran elevación de las órbitas de forma casi cúbica ó redonda, con lo cual se tendría bastante para separar á los micronesios de los otros grupos humanos que habitan en la Oceanía.

Esta raza se viene cruzando desde tiempos antiguos con las otras y, por lo tanto, ofrece variantes ó matices próximos á estas últimas, por lo cual, en cuanto á otros caractéres menos distintivos, así en lo físico como en lo moral, no se dice nada por ahora, reservando los demás detalles para cuando se trate de los habitantes de cada una de las partes de la Micronesia.

Los idiomas micronesios forman para los filólogos una familia especial que se distingue de las lenguas malayas y melanesias, no solamente por sus raices, sinó también y más principalmente por su gramática.

Es muy digno de tenerse presente que en la mayor parte de los grupos insulares existe un idioma especial que solo se usa en las ceremonias religiosas, lo cual indicaría quizás la presencia de una lengua tradicional muerta, de donde proceden los lenguajes que se hablan actualmente.

Los caractéres antropológicos, la filología y los rasgos característicos de un foco de civilización propia, permiten reconocer á los micronesios como descendientes de un pueblo que, si tuvo algunas relaciones con otros vecinos, ha permanecido aislado durante un larguísimo período de tiempo, en el cual adquirió sus caracteres distintivos.

Esta raza se hallaba ya en tiempo del descubrimiento en un período de marcada tendencia á la extinción, debida á causas poco estudiadas todavía y, por consiguiente, erróneamente apreciadas muchas veces. A su lado se conservan aún algunos tipos melanesios o negroides; pero tan mezclados con los anteriores qne algunos antropólogos han considerado á estos como simples variedades de los micronesios. Con igual carácter aparecen también los descendientes de polinesios, japoneses, chinos, filipinos y probablemente algunos otros.

Desde la época del descubrimiento se establecieron los españoles en las Marianas qne vinieron á ser la escala obligada de las naves que hacían viajes entre América y Filipinas, pero el resto de la Micronesia permaneció casi totalmente olvidado hasta estos últimos años, en que acontecimientos bien conocidos, trajeron á la memoria de los españoles sus antiguos derechos.

A mediados del presente siglo se establecieron en algunas islas los misioneros americanos y comerciantes alemanes é ingleses, pero, sobre todo, estos archipiélagos eran y siguen siendo la estación de muchos barcos balleneros que también sostenían un comercio, insignificante por cierto, con las otras partes del mundo. Los españoles en Marianas y los extranjeros en Carolinas y Palaos hacían un tráfico más importante, aunque solo se limitára al cambio de los escasos artículos necesarios á la pobre vida de los insulares y de los pocos europeos que residían con ellos.

Los españoles han establecido tres gobernadores en la Micronesia Española: uno en Marianas para el archipiélago de el mismo nombre, con residencia en Agaña, de la Isla de Guajan; otro en Santa Cristina de Yap, para las Palaos y las Carolinas Occidentales, cuyo último nombre lleva su gobierno; otro, en fin, en Santiago de la Ascensión ó Ponapé, para las Carolinas Orientales, dependiendo los tres del Gobierno General de Filipinas. Existe una línea de vapores que hace viajes bimensuales entre Manila y las capitales de los tres gobiernos de la Micronesia Española.

Ninguna dificultad suele ofrecer la determinación del archipiélago de Marianas, ya

se le considere bajo el punto de vista geográfico, ya bajo el político, por más que muy amenudo se cercenen al grupo una ó dos de las pequeñas islas del extremo norte; pero en cambio, respecto á los archipiélagos de Palaos y Carolinas, son muchas las causas de confusión puesto que con esas mismas denominaciones se han comprendido grupos muy diferentes.

Ya hemos dicho lo bastante respecto á los límites occidentales de Palaos; pero además los antiguos mapas y las viejas relaciones designan con el mismo nombre, no solo este grupo, sinó tambien el que se conoce hoy con el nombre de Carolinas Occidentales. Ahora, por el contrario, en la división política, se ha comprendido á las Palaos en el Gobierno político-militar de las Carolinas Occidentales.

Parece probable, sin embargo, que el nombre de Isla Carolina, que más tarde se aplicó por extensión al archipiélago de que forma parte, fué dado por Lezcano á Yap que á pesar de eso, no dejó de ser comprendida entre las Palaos, como ahora éstas vuelven á entrar en el dominio político de las Carolinas Occidentales.

Al E. de estas últimas se marcaban antiguamente las Centrales, pero extendiéndolas

hasta comprender todas las islas que hoy se llaman Carolinas Orientales.

En esos viejos mapas y descripciones suele señalarse á los archipiélagos de Marshal y Gilbert como constituyendo las Carolinas Orientales, de modo que en realidad, bajo el nombre de Carolinas, han sido comprendidas, en diferentes épocas, todas las islas del Sur de la Micronesia en general.

Esta es una gran causa de confusión que procuraremos evitar ateniéndonos á los datos que ya quedan expuestos anteriormente y siguiendo siempre con preferencia las divisiones autorizadas ó exigidas por la posición geográfica que determina la verdadera división natural de los grupos; pero las anteriores noticias servirán para evitar las grandes dudas que pueden prnducir esas denominaciones aplicadas segun los casos á islas muy separadas de los grupos que llevan hoy idénticos nombres.

Por lo tanto, describiremos sucesivamente los archipiélagos de Marianas, Palaos y Carolinas que constituyen toda la Micronesia Española.

CAPITULO II.

ARCHIPIELAGO DE MARIANAS

ARTICULO 1.º

NOCIONES GENERALES

Este archipiélago es quizás el menos mal conocido de toda la Micronesia y aquel á quién más importancia se concedió hasta entrado el presente siglo, por ser la escala obligada de las embarcaciones que surcaban el Pacífico en toda su anchura entre las Filipinas y América.

El archipiélago de Marianas fué descubierto por Magallanes en 6 de Marzo de 1521 en que divisó las dos islas más meridionales, por entre los cuales pasó, según las notas de su viaje: el ilustre navegante permaneció tres dias en Guajan y llamó el

grupo *Islas de las velas latinas* por las muchas canoas que usaban los indígenas provistas dr unas velas bechas con esterillas y que recordaban por su forma las que llevan aquel nombre; pero pronto se cambió la denominación por la de *Islas de los Ladrones*, atendiendo á la gran habilidad y audacia que demostraron sus habitantes para robar de los barcos cuanto hallaban á mano.

Parece: que los indígenas denominaban Laguas ó Louas á sus islas y tambien se dice que las llamaban Gani.

En la segunda expedición que hicieron los españoles á las Molucas al mando de Loaisa falleció este en 30 de Julio de 1526 y fué sustituido por El Cano, llamado tambien Elcano, que murió en 4 de Agosto siguiente, siendo reemplazado por Toribio Alonso de Salazar, que llegó á las Islas de los Ladrones en 8 de Setiembre, y falleció en ellas siete días después, reemplazándole Martín de Iñiguez que las abandonó el 19 del mismo mes.

En la expedición de Legazpi fueron recocidas estas islas por el P. Urdaneta en 22 de Enero de 1565, y en 25 del mismo, tomó el Adelantado solemne posesión del territorio en nombre de España.

Después fueron visitadas por Galli en 1582, Cavendish en 1588, Mendana en 1596, Van Noort en 1600, así como por otros holandeses en 1616 y 1635.

La colonización empezó realmente en 1668 por iniciativa del P. San Vitores, que obtuvo la decidida protección de la Reina D.a María Ana de Austria, por lo cual se denominó desde entonces á este archipiélago Islas Marianas. Algunos escritores las han llamado también Archipiélago de San Lázaro, lo cual acaso dependerá de una equivocación, puesto que ese nombre fué el antiguo de las islas Filipinas.

En 1686 visitó las islas Marianas Dampier, y Rogen en 1716, Gentil en 1716, Cliperton en 1721, Anson, que tanto celebró la isla de Tinian, en 1742, Byron en 1765, Wallis en 1767-68, Crozet en 1772, Malaspina en 1992, Kotzebue en 1817, los buques rusos *Kamtschaca* y *Kuludoff* en 1818 y 19; Freicinet en 1819, D'Urville en 1828, Sanchez y Zayas en 1865: las celebres naos de Filipinas que iban ó volvían de América tocaban siempre en las Marianas.

Estas islas se extienden de S. á N. en un arco de leve curvatura con la convexidad oriental; al mediodía se ven separadas de las Carolinas por un canal, y otro más ancho por el N. las aparta de los archipiélagos

de Magallanes, Volcánico y Bonin. Los marinos suelen llamar Golfo de Marianas á la parte del Océano comprendida entre el archipiélago de este nombre y el Filipino.

Las Marianas forman un grupo de diez y siete islas, cuyos territorios sumados no alcanzarán la cifra de cincuenta leguas cuadradas, siendo muy digno de notarse que casi cuarenta corresponden á las cuatro más meridionales que son las únicas habitadas.

Las islas son algo montuosas, aunque sus picos no pasan de ochocientos metros; hácia el S. son las rocas madrepóricas; pero estas han sido levantadas y aún perforadas por terrenos volcánicos, que á su vez se hallan casi solos hácia el N. Al mediodía se ven arrecifes en las costas, pero faltan casi completamente en el N. Los puertos son escasos.

La flora parece algo más rica que en las Carolinas, pero es indudable que muchas plantas han sido importadas después de la época del descubrimiento; de todas maneras, ofrecen las Marianas en este concepto algunas analogías con las Filipinas. Las criptogamas son muy comunes; los europeos hallaron ya el arroz y la caña de azúcar; en palmas es abundantísimo el cocotero;

además existen orquídeas, urticáceas, euforbios, sinanterias, leguminosas, malváceas, rubiáceas, apocineas, y otras varias. También son dignos de notarse entre los frutales la rima y el federico; la primera que es el árbol del Pan y la segunda la palma de sagú: además prodúcese buen café y excelente cacao.

La fauna parece también más rica que en las Carolinas por las mismas razones que la flora, pues según todas las probilidades, originariamente eran muy semejantes las de ambos archipiélagos, no contando con más mamíferos que una rata y un murciélago, pero á la llegada de los españoles tenían ya en Marianas el puerco; después fué introducido el venado y muchos apimales domésticos, entre los cuales merece especial mención el ganado vacuno que se ha propagado bastante. Las aves son, en cambio, menos numerosas que en Carolinas y apenas tienen como veinte especies terrestres, á saber, un halcón y una lechuza, varias palomas, un cuervo, gallinas, un megapodio, algunas especies de Carolinas, pero faltan por completo los papagayos: además tienen unas quince especies acuáticas. Escasean los reptiles y aún los insectos. El mar está mejor poblado con delfines y ballenas: los peces son, sin embargo, menos numerosos que

en Carolinas, pero los crustáceos y moluscos abundan mucho.

En Marianas existe, según se dice, una estación seca en la monzón del N. E. y una de lluvias con vientos variables, pero en realidad en esas islas llueve todo el año.

La temperatura media se puede calcular en 53.° C.

El archipiélago se ve castigado con gran frecuencia por los ciclones: también los terremotos se dejan sentir demasiado á menudo y hay ocasiones en que parecen las islas atacadas de convulsiones: durante los tres primeros meses del año 1849 se contaron ciento veinte y cinco tomblores de tierra; pero en general estos fenómenos no tienen gran intensidad.

Los volcanes apagados abundan en este archipiélago; algunas de sus islas presentan grandes capas de lava. Se reconocen fácilmente varios cráteres y montes volcánicos, y por último, en la parte del N., hay algunos en actividad que lanzan nubes de vapores.

Estaban habitadas antiguamente las Marianas por unas razas de color moreno claro, cuyos jefes tenían la costumbre de raparse la cabeza, la barba y las cejas, por lo cual los llamaron los españoles chamorros, de una palabra portuguesa que quiere decir rapa-

dos; había otros, que eran los más, que, según los descubridores de las islas, usaban largas cabelleras, cosa que no han notado los que generalizaron después el nombre de chamorros.

Es curioso que á pesar de la frecuencia con que se han visitado las Marianas desde la época de su descubrimiento, la mayor parte de las noticias que se tienen de los chamorros, aparecen dispersas y sin hilación en algunas descripciones de viajes, y muchas de ellas, y quizá las más interesantes, son indicaciones sacadas de algunos descubrimientos muy modernos, puesto que las relaciones de los antiguos son inconexas, deficientes, erróneas muchas veces y hasta inverosímiles, habiéndose repetido hasta la saciedad verdaderos absurdos y olvidándose, en cambio, fenómenos muy evidentes.

Los primeros europeos que hablaron de las Marianas se equivocaron sin duda, grandemente, al apreciar á bulto la población de estas islas, habiendo algunos que calcularon en más de cien mil sus habitantes: otros creen ser más prudentes asignándolas de cuarenta á sesenta mil, y algunos escritores extranjeros, en vista de que el primer recuento no produjo cuatro mil, han sacado la consecuencia de que los españoles mataron los que faltaban. Con esta ma-

nera de razonar es como suelen hacerse duros cargos á los antiguos españoles que, á la verdad, no suelen hallar en sus descendientes la defensa que merecen. Los que lean, sin embargo, con alguna atención la historia de Marianas, comprenderán enseguida lo absurdo de semejantes acusaciones. Y no basta decir que los mismos españoles dieron esos cálculos, puesto que son también ellos los que hablaron, y hasta dijeron haber visto el hombre-pez, el hombre con rabo y otras lindezas por el estilo, tan conformes con la verdad como los cuarenta ó cien mil chamorros.

Pero puestos en este camino los escritores extranjeros, sin obstáculo alguno para desbarrar en sus disquisiciones, dejan correr libremente la filantrópica imaginación lanzando calumnias contra los españoles.

Nada más frecuente que estampar en libros muy sérios por otra parte, algunas exclamaciones como esta que copiamos de un conocido autor alemán: «Ningún país del mundo, de los dominados por los europeos, experimentó en grado tan alto la crueldad, como las islas Marianas, casi despobladas en el trascurso de algunos años por las matanzas que realizaron los españoles.»

Bueno sería recordar que los tripulantes de la nao *Trinidad* reconocieron en 1522 que estas islas eran poco pobladas, y lo

propio repitieron los de la *Victoria* en 1526, lo cual no impidió el cálculo de los cien mil chamorros hecho en 1662 por quien solo vió las islas á través de su imaginación exaltada por los más humanitarios propósitos, que inspiraron esas y otras hipérboles, que ahora se quieren tomar al pié de la letra.

Muchas razones hay para explicar la disminución de la raza chamorra, pero no existe ninguna para culpar de su exterminio á la dominación española. La raza micronesia en general, á la que pertenecían los chamorros, se hallaba ya en tiempo del descubrimiento de sus islas en un período de retroceso evidente, cosa que hoy se observa en Carolinas y en Marshall donde no podrán atribuirse tales desgracias á las tiranías de los españoles. En Palaos, desde el naufragio de Wilson en 1783, hasta la visita del Dr. Semper en 1862, calcula éste que se redujo la población del archipiélago á una quinta parte, y á pesar de ello, los españoles no estaban allí para cargarles en cuenta la muerte de cuarenta mil palaos en menos de sesenta años; tales hechos no han abierto los ojos al sábio alemán, que admite sin embargo, buenamente, las crueldades de los españoles en Marianas.

Como ejemplo de este curioso fenómeno, de aniquilamiento, obsérvese lo que sucede en las pequeñas colonias de carolinos establecidas en Marianas, y que pertenecen á una raza hermana de los antiguos chamorros. Los de María Cristina, cerca de Agaña que gozan de todas las comodidades y están protegidos y casi mimados, solo tienen un movimiento demográfico representado por ocho defunciones y un par de nacimientos al año; y los demás carolinos que viven en las otras islas, se parecen mucho á estos en su aumento de población.

En los chamorros se observó desde luego algo parecido, como lo demuestran los varios censos de población, por lo que el gobierno español dispuso en 1741 la colonización lenta y progresiva de Marianas por tagalos, como después se intentó la de carolinos, chinos y japoneses, todo lo cual prueba la necesidad reconocida de reforzar el contingente de aquella población, influida por causas de aniquilamiento que le son inherentes y no dependen en modo alguno de sus dominadores.

Véanse los curiosos datos suministrados por los Sres. La Corte y Olive que son tanto más atendibles, cuanto que al exponerlos en sus memorias, los mencionados gobernadores no se proponían más que de-

mostrar con su personal experiencia, la ineficacia de la inmigración de carolinos, puesto que se nota en ellos una gran deficiencia en la reproducción, y el predominio de los varones entre los nacidos, así es que su número disminuye rápidamente.

Hay que agregar á esta causa de aniquilamiento en Marianas, los estragos causados por las epidemias y muy especialmente las viruelas, de que ya se hace mención en los tiempos de la conquista, y el Sr. La Corte refiere que durante el segundo año de su gobierno, fueron víctimas de la terrible enfermedad la mitad de los habitantes de Marianas.

Ahora bien: la conquista empezó á mediados de 1668 y terminó á mediados de 1695. Esta guerra, si así puede llamarse, no la sostenía un ejército expedicionario, como ahora se entiende, sino que la llevó á cabo una pequeña escolta, cuyo principal objeto era la custodia de los misioneros, y, por consiguiente, se componía de escasísima fuerza, que á menudo se vió muy comprometida por el valor y denuedo de los chamorros; y sin embargo, se pretende que esa corta compañía de españoles sacrificase cerca de cien mil chamorros en poco más de 30 años. A tales absurdos

conducen las falsas premisas aceptadas con sobrada ligereza.

La estricta verdad es, que había trascurrido siglo y medio desde que los tripulantes de *La Trinidad* y *Victoria* reconocieron las islas como poco pobladas: pero en 1662, los PP. Jesuitas, engañados por su celo, y deseando estimular los sentimientos caritativos de D.a María Ana de Austria en favor de los habitantes de este archipiélago, exageraron un tanto, y probablemente sin quererlo, todo aquello que podía ensalzar estas islas ante la imaginación de la piadosa reina, y así calcularon una importante población de cincuenta mil chamorros solo para Guajan, y afirmaron que en esta isla se hallaban pueblos de ciento cincuenta casas

Cincuenta años después, en 1710, se hizo el primer recuento, dándose entonces por primera vez cifras que merezcan algún crédito, resultando que Guajan y Rota eran las únicas islas habitadas, y que entre ambas solo contenían 3,197 chamorros, á los que había que agregar 417 españoles, ya peninsulares, ya americanos, ya filipinos, constituyendo un total de 3,614 habitantes.

El número de los chamorros fué disminuyendo, á pesar de que en esta época

ya no había pretexto para las supuestas degollinas, y en 1741 solo había 1816, lo cual dió motivo al proyecto de progresiva colonización por medio de la traslación de seis familias tagalas cada dos años, con lo cual se consiguió aumentar algo la población; pero desde entonces la mezcla de los antiguos chamorros con los tagalos, así como con los carolinos que fueron después, y la ingerencia de cierta cantidad de sangre española, produjeron el resultado de que en 1790 la mitad de la población fuera meztiza: sin embargo, su número total solo llegaba á 3464 habitantes.

En 1800 ascendió á 4158, y veinticinco años después eran ya 5901, siendo mestizas las dos terceras partes, y en este número total van incluidos 55 carolinos que se habían establecidos en Saipan.

Entonces se implantó en Marianas el sistema de cabecerías, con un impuesto mayor para los españoles y mestizos, con lo cual los contribuyentes encontraron más cómodo llamarse todos chamorros, puesto que de esta manera eludían el pago del mayor tributo.

Ya se comprenderá cuán pocos merecen hoy en Marianas el nombre de chamorros, si con él ha de indicarse su raza; por lo cual sería más conveniente lla-

marlos simplemente marianos ó marianicos, puesto que hoy la población es casi exclusivamente mestiza alcanzando el número de unos diez mil indivíduos.

Esto es todo lo que hay de cierto en las degollaciones de chamorros y en las crueldades de los españoles. Lo que sí es posible y aún probable, es que en los tiempos de las primeras luchas algunas familias de los vencidos abandonasen las islas, temerosas de la venganza de los españoles, pues los chamorros con sus bárbaras costumbres y su atraso, no podían comprender que los vencedores no quisieran castigar y vengarse de la anterior resistencia y asesinatos de soldados y misioneros, no siendo bastante para convencerlos de lo contrario ni las promesas, ni aún el ejemplo de los isleños que vivían sometidos y en la mejor armonía con los europeos. Algunos chamorros prefirieron el ostracismo á la sumisión, pero en este solo hecho completamente escepcional, se funda un escritor francés para decir que «los habitantes de Marianas huyeron en masa ante las crueldades de los españoles»; mas estos están ya bien acostumbrados á las inexactitudes y á la depresiva parcialidad con que son apreciados los hechos de su gloriosa historia por muchos escritores extranjeros.

La raza dominante en tiempo del descubrimiento, es la que generalmente se conoce con el nombre de chamorra y con ella se han mezclado después los otros elementos étnicos que llegaron á las Marianas.

Eran los antiguos chamorros de elevada estatura, bien constituidos, gruesos, pero bien proporcionados; el color de su piel, moreno claro, casi trigueño; con grandes ojos oscuros de un pardo casi negro, rasgados generalmente, aunque á veces algo inclinados, como en ciertos pueblos de la raza mongólica; la nariz alta, recta, á veces algo encorvada y como aguileña, pero ensanchada por su parte inferior; la boca grande y rasgada, con lábios algo gruesos y carnosos; y la cabellera lisa, fina, muy abundante y negra Su constitución era fuerte, la musculatura bastante desarrollada, cuerpo, en fin, vigoroso, que mostraba en conjunto un aspecto francamente micronesio, aunque con mezcla de otros elementos.

Es de notar que los chamorros conocían y cultivaban ya el arroz y la caña de azúcar cuando fueron visitados por primera vez por los españoles, cosa que no sucedía en ninguna otra parte de la Micronesia, lo cual indica relaciones étnicas especiales.

Muy á menudo andaban desnudos, y otras veces vestían simplemente el ceñidor que llamaban *bahakui* y las mujeres un tonelete de estera ó de tiras de hojas de palma, sujeto á la cintura con cuerdas; á guisa de sombreros usaban calabazas, cuando no eran tejidos con hojas de palma.

El cabello lo llevaban rapado algunos, y éstos eran los jefes ó principales, lo que les valió el nombre con que se los conoce, pero generalmente se dejaban una especie de moño ó coleta: los otros lo usaban largo, pintado de color blanco ó amarillo claro, recogiéndolo en un nudo como por lo común hacían las mujeres. Se adornaban la cabeza, el cuello y la cintura con cuentas y conchas y se teñían los dientes de negro.

No consta que usáran el tatuaje, pero sí que se pintaban el cuerpo con diferentes colores.

Las construcciones que hallaron los españoles son muy dignas de estudio. Las más humildes y que solo habitaban los más pobres, eran pequeñas chozas con techo de palma y con una sola abertura para la entrada. Tenían además casas para los forasteros, pero existían ciertas construcciones cuyas ruinas se conservan todavía y que con razón llaman la atención de los viajeros, aunque las discusiones que han promovido dependen

en gran parte del escaso conocimiento de las noticias suministradas por los primeros españoles.

Estas habitaciones, dicen los antiguos relatos que estaban construidas con dos filas de columnas de mampostería que elevaban el piso más de un metro sobre el suelo, estaban cubiertas con hojas de palma y las paredes interiores sustituidas por esteras. Otros edificios que eran de uso común, estaban construidos de un modo semejante, pero carecían de las paredes laterales, constituyendo una especie de atarazanas. En uno de estos se celebró en aquellas islas la primera misa en tiempo de Legazpi, ceremonia que se repitió en las once días que permanecieron allí sus naves.

Las ruinas de estas antiguas construcciones se conservan todavía en varias islas y serán descritas oportunamente.

Las habitaciones estaban agrupadas en pequeñas aldeas.

Se dice que no conocían el fuego y que fueron muy sorprendidos cuando Magallanes quemó una de sus aldeas en castigo de los desmanes de aquellos isleños. Es probable que haya en esto mala inteligencia, pues consta que solían usar la cocina llamada polinesia para cocer sus pescados y otros alimentos; sabido es que en este

sistema se hacen hoyos en el suelo y en ellos se colocan piedras caldeadas al fuego, sobre las cuales se depositan las viandas, envueltas generalmente en grandes hojas de plátanos y palmeras para cubrirlo todo con tierra.

La agricultura era relativamente próspera, aunque solo tenían por instrumentos un palo aguzado y un hacha con corte de piedra, pero además de los árboles frutales cultivaban el arroz y la caña, como ya queda dicho.

La pesca, en cambio, estaba muy desarrollada y todavía se conserva hoy la antigua costumbre de atraer los peces con una cáscara de coco en la cual practican un agujero por donde lentamente vá saliendo la materia allí depositada para que sirva de cebo.

Lo que más llamó la atención de los primeros visitantes fueron las embarcaciones, que eran semejantes á las que hoy todavía usan los habitantes de Carolinas y que han merecido siempre la denominación de barcas volantes.

Sabían también hacer el aceite de coco, vasijas de barro aunque sin torno, pero barnizadas, tejían algunas fibras para sus escasos vestidos, y sus utensilios eran generalmente de piedra, hueso y concha.

Tenían los antiguos chamorros una superior divinidad, señor del cielo y la tierra; su nombre era Funtan, y según la tradición, encargó que á su muerte se hiciera la tierra de sus espaldas, el cielo de su pecho, el sol y la luna de sus ojos, el arco-iris de sus cejas, y así se verificó.

Creían que los espíritus de los que fallecían de muerte natural pasaban á un lugar de placeres y los que sucumbían violentamente, se alojaban en el *sasarraguen* ó casa del mal genio *Chatsi*.

Tenían otras muchas supersticiones y, en general, puede asegurarse que cuando invocaban á los espíritus llamados *aniti*, lo hacían más bien para suplicarles que no les dañasen y no para pedirles la concesión de bienes, puesto que, según parece, más los veneraban por temor que por afecto.

Más generalmente honraban la memoria de sus antepasados, también bajo el nombre de *Aniti*, á los cuales invocaban con un tierno apóstrofe en toda tribulación ó peligro.

Parece que no tenían ídolos, pero veneraban los cráneos de sus antepasados, que conservaban piadosamente guardados en unos cestitos especiales.

Los sacerdotes llamados *makana* tenían gran prestigio, y á su lado había también una especie de adivinos ó *camtis*.

Los difuntos recibían tratamientos diversos, según su clase. Muchos eran simplemente enterrados en las cercanías de su vivienda, y aún en esta misma, como lo acredita el cadáver hallado en uno de los hemisferios de las célebres ruinas, que vino á confirmar una tradición popular. Otros se depositaban en grutas que han sido descubiertas y visitadas hace poco tiempo; generalmente colocaban los cadáveres de pié ó sentados, pero también acostados.

El difunto era primeramente lavado y adornado, á veces se le embalsamaba y durante algún tiempo depositaban el cadáver con armas ó remos y acaso también con víveres; después se recogían los huesos que se conservaban por la familia con una figura que representaba al difunto, ó bien se depositaban en una especie de cementerios ó grutas llamadas *guma-almusig* ó casas de los muertos.

Guardaban muy riguroso luto proporcionado al rango del muerto, que siendo un jefe se convertía en duelo nacional, en que los lamentos y las pompas fúnebres eran muy suntuosas. La madre que perdía un hijo, le cortaba el pelo que después llevaba pendiente de su cuello á guisa de amuleto.

Tenían los chamorros varias mujeres, aunque solo una era la legítima esposa, que, sin em-

bargo, podía ser repudiada y sustituida por otra, pero en ningún caso podía una mujer de clase inferior contraer matrimonio con un principal, delito que se castigaba con pena de muerte, que acordaban los demás principales reunidos en asamblea, quedando también deshonrada la familia del delincuente.

Concertado un matrimonio, el pretendiente hacía regalos á la familia de la nóvia si era rico, ó servía en su casa como criado durante cierto tiempo si era pobre; y llegado el día de la boda se la celebraba con dos comidas: el almuerzo, en que la familia de la nóvia ocupaba los lugares de preferencia, y la cena, en que estos eran ocupados por la familia del otro contrayente, casándose sin más ceremonia religiosa.

La mujer era, sin embago, considerada como inferior al hombre, y hasta se suponía entre los chamorros que las almas que animaban al sexo femenino, eran de calidad inferior á las del sexo fuerte.

Esto no obstante, dentro de su casa era la mujer una reina más que absoluta; y el marido no disponía de nada sin el consentimiento de la esposa, que cuando se disgustaba por el mal comportamiento de aquél, pronto le abandonaba llevándose los hijos y los bienes que aportó al matrimonio,

todo lo cual no perjudicaba lo más mínimo á la buena reputación de la mujer.

Cuando ésta era ofendida por su marido, reuníase con otras mujeres que armadas de lanza se iban á la casa del reo y destruían cuanto hallaban á mano, y las parientes de la esposa ultrajada salían también á robar y saquear los bienes del marido.

Este repudiaba también á su mujer cuando lo tenía por conveniente pero no la maltrataba jamás.

Los antiguos pobladores de Marianas eran en realidad poco belicosos, pues aun cuando es verdad que fácilmente se ponían en armas, con igual presteza las dejaban en cuanto se les causaban muertos ó heridos de alguna consideración, y solamente su soberbia era capaz de obstinarlos durante algún tiempo en una guerra. Por lo demás, su táctica era la emboscada y la sorpresa, pues preferían siempre vencer por astucia y no por valor personal. La paz se hacía pronto, gracias á los regalos de los vencidos que, por lo demás, eran insultados en canciones compuestas y entonadas por los que alcanzaron el triunfo. Carecían de armas defensivas; y de las ofensivas solamente conocían lanzas con punta de piedra, espina de pescado y huesos que por sí mismos hacían el efecto de armas envenenadas.

Estos isleños eran vengativos y aunque disimulaban su encono, jamás perdonaban las ofensas.

Conservaban sus tradiciones en versos que entonaban en sus fiestas y los autores de estas composiciones poéticas eran sumamente respetados. Por desgracia no se ha conservado, que sepamos, ni una sola muestra de tan curiosa literatura.

Eran sumamente expresivos en sus maneras, así es que exageraban con hipérboles la enunciación de todos sus sentimientos, y según las pocas notas que han llegado hasta nosotros, ese lenguaje popular era verdaderamente poético.

Las gerarquías sociales estaban profundamente divididas, y desde luego existía la clase de los principales que eran los guerreros, marinos, comerciantes y propietarios exclusivos del territorio, de cuyas funciones estaban separados los de las clases inferiores llamados *Chang* ó *Mangachang*, y á quienes no solo estaba prohibido bajo severas penas tocar á los principales, sino también á sus utensilios, castigando con la muerte las menores faltas de consideración ó respeto.

Los *maloas* ó *matoak* eran indudablemente los superiores entre los de la clase noble, y sus caractéres morales merecían

bien esa preeminencia; en ellos eran comunes ciertos rasgos de grandeza, eran hospitalarios, leales en sus promesas y fieles á la amistad; con sus familias y los *mangachang* que les seguían, formaban una especie de pequeño estado que ellos gobernaban como jefes, siendo los únicos propietarios y comerciantes, mientras que los de clase inferior, excluidos de la guerra y navegación, se dedicaban á la agricultura en el territorio de los primeros. Estos *matoas* ó caudillos, estaban, sin embargo, unidos en una especie de confederación cuyo jefe era un verdadero régulo ó *Magalahi* que tenía los mayores honores y recibía de los *matoas* un homenaje, como éstos le recibían de las *Chang*; pero los nobles se reunían en asamblea ó consejo para deliberar en asuntos de interés general. Lo más notable es que á pesar de que la mujer no tenía gran consideración del rango propio, era, sin embargo, muy atendida en estas asambleas de las que siempre formaba parte. La gerarquía del varón se heredaba por su hermano, primo ó sobrino, y solo á falta de éstos por su hijo; la línea femenina venía solo en último lugar.

Los indivíduos de familia principal que no pertenecían á la clase de los *matoas* eran llamados *Chaot* ó *Achaot* y eran los

ayudantes natos de todas las empresas de los primeros, á cuya gerarquía podían aspirar aumentando sus riquezas propias y fundando un nuevo estado con los *Chang* que de ellos dependieran.

Estos últimos eran una especie de siervos muy diferentes por sus cualidades físicas y morales de los anteriores, que acaso pertenecieran á raza distinta. Eran mentirosos, rateros de gran audacia, como lo prueba el nombre de Islas de los Ladrones con que se designó á las Marianas, astutos y falsos, holgazanes y cobardes, cualidades todas que explicarían su bajo estado, si no fuesen una consecuencia de tal posición social.

La separación de clases era tan marcada, que se convirtió en grave obstáculo para la predicación de la igualdad cristiana.

Además existía una institución llamada de los *Uritao* ó *Ulitao* que, según todas las apariencias, era una degeneración de las hermandades tan comunes en la Micronesia y aún en la Polinesia. Tenían como estos las casas comunales en donde las jóvenes solteras gozaban de la mayor libertad en sus relaciones con los miembros de estas sociedades, sin que la fama y buen nombre de las mujeres sufriesen por ello menoscabo; pero la mujer casada, aunque siempre había pasado

por ese aprendizaje, era, sin embargo, fiel á su esposo, y los lazos de familia se respetaban por los chamorros como por los pueblos más cultos de la tierra.

Tenían los chamorros una cronología que contaba el año dividido en trece meses lunares; conocían algunas constelaciones, trataban con varias islas, como lo prueban los datos que dieron á Legazpi respecto á las Filipinas; usaban utensilios de barro cocido y celebraban fiestas con canciones y bailes acompañados de instrumentos músicos, entre ellos un pito y además una flauta, otra que tocaban con la nariz, un clave hecho con cáscara de coco que golpeaban con una varilla llamado *balimbao* y por último, tenían fiestas especiales en que solo bailaban las mujeres muy adornadas

El idioma de los chamorros se va perdiendo de día en día por su mezcla con el castellano y más aún con el tagalo, y esto antes de que se haya hecho un estudio de esa lengua; pero á juzgar por las escasas noticias que poseemos y purgándola de esas extrañas influencias, todo hace creer que originariamente era un dialecto micronesio. Existe un antiguo vocabulario recogido por un marino: después el P. Ibañez compuso un diccionario donde introdujo ya palabras, españolas y tagalas.

La dominación española llevó á estas islas gran contingente de elementos tagalos que han ido desnaturalizando la antigua raza chamorra, que á la vez ha recibido gran cantidad de sangre europea y alguna de China y el Japón, de cuyas mezclas han resultado los modernos marianicos que solo por tradición conservan el nombre de chamorros.

La población actual del archipiélago puede calcularse por aproximación en unos diez mil habitantes.

Las vicisitudes por que han pasado los moradores de las islas Marianas desde que se establecieron en ellas los españoles, vienen á ser, en resúmen, las siguientes:

En una misión de PP. Jesuitas que salió de Acapulco en 5 de Abril de 1662, se contaba con otros catorce el renombrado P. Diego Luis de Sanvitores, quien al tocar en las Islas de los Ladrones concibió el proyecto de cristianizar á todos aquellos insulares.

Empezó sus gestiones con tal objeto desde que llegó con sus compañeros á Filipinas.

Nada obtuvo por lo pronto, pero después recurrió al Rey por conducto del Sr. Arzobispo de Manila, y consiguió que se interesára también en su proyecto el P.

Nithard que desempeñaba las funciones de confesor de la Reina D.a María Ana.

Entonces alcanzó la empresa la real aprobación, como consta en Real cédula firmada en 24 de Junio de 1665, recibida en Manila en el siguiente año, con lo cual el P. Sanvítores salió el 7 de Agosto de 1667 con destino al puerto de Acapulco, á donde llegó en Enero de 1668 para vencer los obstáculos que presentaba la penuria del Tesoro y allegar algunos recursos, excitando la caridad individual y de algunas corporaciones para facilitar su empresa.

Cumplida satisfactoriamente su aspiración en Acapulco, pudo aprovechar el viaje que para Filipinas hacía otra misión de jesuitas, embarcándose con ellos en 23 de Marzo de 1668 y llegando el 15 de Junio á Guajan, en donde desembarcó con cuatro Padres y un Hermano de su misma religión.

El P. Sanvítores fijó su residencia en Agaña, donde comenzó con gran éxito su ministerio, confiriendo el bautismo al jefe chamorro de dicho pueblo.

Las mayores dificultades con que tropezaba el Cristianismo entre aquellos insulares, era, sin duda, su preocupación respecto á la separación de castas que, en su

concepto, no podía tolerar que fueran igualmente bautizados los nobles y los plebeyos.

Venció estas y otras muchas dificultades la constancia del P. Sanvítores, y fundó un seminario para los hijos varones de los isleños y un colegio de niñas, contando con la directa protección de la Reina en memoria de la cual se cambió el antiguo nombre de las Islas por el de Marianas que hoy conservan todavía.

Los progresos del Cristianismo se miraban con gran recelo por algunos principales que al fin se declararon en abierta rebelión bajo el mando y dirección de un régulo nombrado Hirao.

Este cayó sobre los españoles y filipinos que solo eran doce de los primeros y diez y nueve de los últimos; pero en 21 de Abril de 1671 pidieron y obtuvieron la paz los rebeldes, que irritados por el vencimiento emprendieron cinco meses más tarde una cruel persecución contra los españoles, á quienes asesinaban cruelmente.

Una de las víctimas de tan feroces y cobardes atentados fué también el P. Sanvítores que sucumbió en 2 de Abril de 1672 á manos del mismo Hirao y de otro principal llamado Matapang, los cuales llevaron el cadáver en una barca para arrojarlo

después al mar con una gran piedra que le amarraron á los piés.

Los españoles quisieron prender á Matapang mas no lo consiguieron por haberse marchado éste de su pueblo, que fué quemado.

Continuaron así los asesinatos y los motines, á los cuales solo podían contestar los españoles con breves ataques á los pueblos rebeldes que después eran entregados al fuego.

Esta situación duró hasta mediados de 1680 en que el Gobernador de Marianas D. Juan de Salas, eficazmente apoyado por algunos principales indígenas, quemó varios pueblos, con lo cual solicitaron la paz los rebeldes.

El Sr. Salas renunció el gobierno y fué nombrado en su lugar D. José de Quiroga, que continuó la obra de su antecesor con tan buena fortuna, que los mismos insulares mataron al asesino del P. Sanvítores, para congraciarse con los españoles que todavía no habían conseguido el castigo de aquel criminal.

Varios promovedores de las revueltas sufrieron su justo castigo, con lo cual se acabaron las sediciones que tan apurados habían tenido á los españoles durante más de ocho años.

Los descontentos de Guajan se habían

refugiado en las islas del Norte, por lo cual fué preciso reducirlos, y con tal objeto salió una expedición de Agaña en 1684.

Rindiéronse los habitantes de Tinian y Saipan, cuyos pueblos fueron quemados.

Un principal de Guajan, aprovechando la favorable coyuntura de hallarse la isla casi desprovista de soldados, provocó nueva sublevación. En 23 de Julio de 1684 se presentó en Agaña con sesenta conjurados que penetraron pacíficamente en la población, pero de improviso, á su voz y súbitamente, principiaron á cometer asesinatos.

Cundió la sublevación y mal hubiera podido sostenerse Agaña sin la oportuna llegada del Sr. Quiroga, que con solo veinte y cinco soldados españoles, puso en fuga á los insurrectos, que se internaron en los montes y huyeron á otras islas.

En 1695 redujo á los rebeldes de Rota, Saipan y Tinian, venciendo á los fugitivos que se habían escondido en Aguiguan, de donde fueron conducidos á Guajan.

Terminada la conquista fué preciso persar en su consolidación.

Algunos insurrectos que se habían refugiado en las islas de Gani, constituían un peligro que se procuró conjurar en 1698 enviando contra ellos una expedición, compuesta de doce soldados españoles y va-

rios indios, al mando de D. Sebastián Luis Ramón, que cumplió su cometido regresando en Abril del año siguiente con los vencidos, que se establecieron en Rota, Saipan y Guajan.

Asegurada la paz, el papel representado por las Marianas solo tuvo accidental importancia por constituir la estación y escala de las naves que hacían viajes entre América y Filipinas.

Con el objeto especial de plantear algunas reformas que dieran alguna vida y prosperidad á las islas, fué comisionado y después nombrado Gobernador de las mismas don Francisco de Villalobos, que redactó una memoria en que se proponían los medios convenientes, en su concepto, para conseguir el fin apetecido; pero lo cierto es que luego se atendieron poco sus proposiciones.

Los buques balleneros ingleses que hacían el viaje por el Cabo de Buena Esperanza, solían refrescar sus víveres en Marianas, pero vencidos por la competencia de los norte-americanos que se detenían en Sandwich, los barcos dedicados á tal pesca se hicieron cada vez más raros en Guajan, que hoy apenas es visitada por los balleneros, quienes por lo demás prefieren tocar en Ponapé, cuya situación es mucho más favorable.

En 1855 publicó el Gobernador de Marianas Sr. La Corte una memoria en que se proponían reformas en todas las ramas de la Administración y Gobierno. Tampoco esta vez fueron atendidas las buenas intenciones del digno Gobernador de Marianas.

Desde que cesaron los viajes periódicos de los buques españoles entre América y Manila, perdieron las Marianas la única importancia real que hasta entonces habían tenido como favorable punto para escala de tan larga navegación, y entraron desde esa época en un período fatal de triste decadencia y llegaron á ser casi completamente olvidadas, cuando no las hacía recordar la necesidad de buscar un apartado territorio para confinar á los deportados españoles, víctimas de las exigencias que traen consigo las luchas y enconos de los partidos políticos.

En aquel destierro se hallaban los deportados y sus guardianes aislados del resto del mundo, de quien solo recibían noticias una vez al año.

En 1884 un soldado indígena se conjuró con otros compañeros suyos, y de un tiro mató alevosamente al Gobernador señor Pazos.

Para comunicar á Manila tan triste no-

ticia, fué preciso ir desde Guajan á Yap en un bote, fletando en esta última isla un pailebot que llegó por fin á la capital de Filipinas.

Entonces se pensó en la conveniencia de establecer con Marianas comunicaciones más frecuentes, y en efecto, se ordenaron cuatro viajes por año que hacen buenos vapores de Manila. Hoy hacen ya seis viajes anuales, como se ha dicho anteriormente.

ARTÍCULO 2.º

ARQUEOLOGÍA MARIÁNICA

La antigua civilización de los chamorros ha dejado en Marianas algunos vestigios muy dignos de llamar la atención aunque todavía no se ha conseguido que se haga de ellos un estudio tan minucioso como fuera conveniente.

Son de cuatro clases principales á saber, edificios, pozos, cementerios y utensilios.

Los edificios son más ó menos citados desde la época del descubrimiento en que ya se describieron con bastante precisión.

En Guajan, no lejos de Agaña, se encuentran unas pequeñas columnas de un metro de elevación y forma piramidal truncada, sobre la que descansan unos hemisferios de 0'40 cm. con la sección hácia arriba. Los pedestales están formados de argamasa y pequeñas piedras y carecen de cimientos.

Según se desprende de las relaciones de los primeros españoles que visitaron esta isla, debían existir entónces otros muchos edificios, descansando sobre columnas análogas y aún sobre otras más elevadas como las que se hallan en Tinian; pero han desaparecido con el trascurso del tiempo y á las ruinas restantes, les conservan los marianicos el nombre de Casas de los Antiguos, mirándolas con gran veneración.

En Tinian se conservan ruinas semejantes á las anteriores, pero de mayor tamaño. Las más notables son las que se denominan Casa de Taga, principal ó noble chamorro que prestó grandes servicios á los españoles. Las pirámides truncadas, tienen 4,50 cm. de altura, la base de 1,50 x 1,25 y en la cúspide 1,00 x 0,75 sobre la cual descansan por su parte convexa los hemisferios que miden 2,50 de diámetro. Estas pirámides son en número de doce colocadas en dos fi-

las paralelas: siete se mantienen en pié mientras que las cinco restantes fueron derribadas por un temporal, demostrándose entonces que carecían de cimientos. La distancia entre las pirámides de una misma fila es de unos dos metros y ambas filas distan entre sí como unos cuatro. Es una notable excepción uno de los hemisferios que contiene una cavidad alargada de dos metros de longitud por medio de anchura y profundidad, con los extremos redondeados, y en cuyo hueco encontró el Sr. La Corte algunos restos humanos, lo cual parece confirmar la antigua tradición que afirmaba que el principal chamorro había enterrado á una hija suya en aquel sitio, que nadie se había atrevido á profanar. Este monumento se halla á la extremidad NO. del pueblo que por el extremo tiene otras ruinas semejantes aunque de menores dimensiones.

Estas otras ruinas se componen de columnas de poco más de un metro de altura y los hemisferios que las coronan tienen un metro de diámetro.

Al SO. del pueblo y cerca de la playa se encuentran otras ruinas que debían ser mayores aún que las de Taga. Cerca de la Laguna de Marpó, hácia la costa SE, se hallan, en fin, tres grupos de á seis co-

lumnas cada uno, y que son también mayores que todas las otras de Tinian, presentando además la particularidad de carecer de las medias bolas superiores.

En diferentes puntos de la isla de Saipan se hallan pirámides con medias bolas como las anteriormente descritas.

La escasez de agua potable movió y obligó á los antiguos chamorros á que abriesen pozos en el suelo, de los que se encuentran muchos, siendo el más notable el que se llama Pozo de los Antiguos, situado detrás de la casa del Gobierno en el pueblo de San Luis, de la isla de Tinian.

Algunos chamorros depositaban los cadáveres en las mismas viviendas, como parece demostrarlo el hallazgo hecho en las ruinas de la Casa de Taga, pero este hecho es de fecha relativamente moderna, y parece además excepcional. Antes del descubrimiento es indudable que los chamorros usaban, al menos algunas veces, como cementerios, ciertas grutas descubiertas recientemente, sobre todo en Saipan. En ellas se han encontrado cadáveres, indicando que se los había colocado allí en posición vertical ó bien como sentados, pero eso no obstante se han hallado también acostados, aunque con la cabeza algo elevada. De

estas grutas se han extraido algunos cráneos, con caractéres que los designan como pertenecientes á la raza micronesia.

Varios utensilios se han encontrado en las grutas funerarias y en otras partes de la isla de Saipan, son generalmente armas, tales como puntas de flecha y lanza, ya de hueso, espina ó piedra, hechas de esta última materia, y bolas arrojadizas, unas de piedra muy bien talladas y algunas hasta con pulimentos, y otras de barro cocido; vasijas de diferentes clases, ya de piedra, ya de tierra cocida y vidriada, pero que se habían construido sin el auxilio del torno.

Todo indica, por consiguiente, que los chamorros estaban en tiempo del descubrimiento en plena edad de piedra, desconociendo por completo el uso de los metales.

La construcción de los pozos indica cierta habilidad, pero las columnas con medias bolas son un prodigio que ha permanecido inexplicable para muchos escritores.

Es indudable, según los datos que dejamos apuntados, que sobre esas columnas se sostenían las casas de los chamorros, pero las medias bolas quedan aún como enigma.

Un escritor español supuso que tenían por objeto defender á los edificios de los terremotos, pero esto parece poco probable.

Acaso los hemisferios no son más que una variante de los grandes discos con que dotan á los piés derechos no solo en Carolinas, sino también en algunas partes del archipiélago filipino para que no se conviertan los postes en fácil vía de invasión para las ratas, que fueron siempre en Marianas una plaga terrible.

El piso de la casa se apoyaba sobre vígas que descansaban en estas medias bolas. Las columnas elevadas y que carecen de este coronamiento servirían para sostener el techo de aquellos otros edificios en forma de atarazanas de que hablan los antiguos españoles y claro es, que en este caso, no necesitaban las medias bolas que en nuestra hipótesis se reservarían para las verdaderas viviendas. Respecto á las grandes edificaciones en forma de atarazanas, se sabe desde hace largo tiempo, que tenían el carácter de casas comunales en donde se guardaban las embarcaciones y que uno de estos edificios, situado junto á la caleta de Guajan, donde los navíos de Legazpi hicieron aguada, constaba de cuatro naves y estaba construida en crucero con grandes pilares de mampostería. En ese lugar se celebró en Marianas la primera misa.

En cuanto el uso que hizo Taga de uno de estos hemisferios convirtiéndole en sepulcro para enterrar á su hija, ya se ha dicho que parece completamente excepcional, como lo indica el hecho de que no se hayan encontrando ni otros restos humanos ni cavidad especial para contenerlos en ninguna de las demás medias bolas de este género que existen en Marianas.

CAPÍTULO III.

ISLAS MARIANAS

Artículo 1.º

DIVISION DE LAS ISLAS

El archipiélago de Marianas está dividido por un ancho canal en dos secciones' la del N., que está deshabitada y es la actualmente conocida con el nombre de Gani, y la del S. que es la más importante y que contiene todos los pueblos de los modernos marianicos

Hay motivos para suponer que antignamente todo el Archipiélago llevaba el mencionado nombre de Gani que hoy se aplica por exclusión á la parte deshabitada, que es toda la sección septentrional.

ARTÍCULO 2.º

SECCIÓN DEL SUR

Las islas que componen esta sección son las únicas habitadas y los mayores de todo el archipiélago.

GUAJAN.—Es una trascripción de Guahan ó Uahan que algunos llaman Guan ó Uan y ciertos españoles San Juan, mientras que los carolinos la llaman Ual ó Uagol; es Guajan la mayor y más notable de las islas de este archipiélago, cuya capital se encuentra en ella, contando con una superficie de unas ocho leguas cuadradas, seis en su mayor largo por cuatro de mayor ancho

La isla se halla en realidad formada por tres penínsulas, una que se ensancha hácia

el NE., otra hácia el SO. y de esta parte una más pequeña que se dirige hácia el NO.

Las costas son acantiladas en la parte NE., mientras que el resto de la isla se halla bordeado de arrecifes interrumpidos en varias partes por estrechos canales.

Desde el cabo N. se dirije la costa hácia el SE. hasta Patai, que ocupa la extremidad oriental, y desde allí se dirige hacia el SO. hasta el cabo S. llamado Manello ó Manelo, en cuyo trayecto está bordeada por un arrecife de costa, y en ella se encuentra el buen puerto de Tarafofo que no es visitado por hallarse deshabitadas sus cercanías.

En la costa SO. se halla el puerto de Merizo, con estrecha entrada y mal defendido, y en cuyo extremo SO. se vé la isla que se llama de Cocos, por más que no tiene ningún cocotero, y más al N. se halla el puerto de Umatac, hoy desierto pero muy visitado antiguamente.

La península de Orote señala el extremo NO. de la isla con el cabo San Cárlos en cuya parte N. se halla la bahía de San Luis de Apra ó Caldera; este puerto, cuya entrada se halla entre la citada península y la pequeña isla de Apapa ó de Cabras, tiene peligrosos arrecifes y está, por lo de-

más, abierto al NE. y al Poniente. El pequeño puerto de Agaña se halla más al NE., distante unas dos leguas y solo es útil para pequeñas embarcaciones Lo mismo puede decirse respecto al puerto de Tepungan, comprendido entre Guajan y el extremo oriental de la isla de Cabras, pero es además muy combatido por el oleaje; al extremo SE. se halla el de Jajayan, abierto al Sur, y el de Agtayan que, como los de Inarajan, Tarafofo y Pago que se hallan en la costa del E, solo sirve para pequeñas embarcaciones. Tiene además las bahías de Tumun, Agat, Jati, Umatac, en donde se hace generalmente aguada y al E. la de Ilic.

La mitad septentrional de la isla está constituida por la meseta de Santa Rosa, cuya altura media es superior á sesenta metros, con una cañada en el medio, que desciende hácia el N. en donde se levanta un pico que dá nombre á la meseta. El monte de Tallau se encuentra, en cambio, hácia la parte S. de la cañada y tiene forma hemisférica. Cerca de Puerto Caldera se halla el monte Tuskin ó Tinju y además debe nombrarse el vigía de Umatac próximo al pueblo del mismo nombre. La parte S. de la isla es muy montuosa y accidentada, constituyendo una cordillera que se extiende desde Pago hasta Agaña, ade-

lantándose después hasta Jajayan por el S. pasando entre Merizo é Inarajan.

El terreno es volcánico en la parte S., pero abundan las arcillas rojas y amarillas cerca del basalto y las lavas; mas en ninguna parte se ven vestigios de antiguo cráter, lo que hace suponer á ciertos geólogos que por lo menos esta parte de la isla sea de orígen submarino. Al NE. es, en cambio, el terreno calcáreo, de orígen madrepórito y atravesado en lo más alto de la meseta de Santa Rosa por las rocas volcánicas.

La hidrografía de la isla parece que ha sufrido grandes transformaciones en el transcurso del tiempo, pero todavía es suficientemente rica aunque la mayor parte de las corrientes de agua no pasen de la categoría de arroyos que pueden, sin embargo, utilizarse para el riego.

La vegetación es muy exhuberante hácia el S., más pobre y débil hácia el N. Las especies arbóreas son numerosas, pero se explotan poco; hay gran cantidad de frutales muy apreciados, muchas palmas, de las que principalmente se explota el cocotero, cañas de varias clases, cereales como el arroz, toda clase de legumbres, especies como el gengibre, mostaza y azafrán, hortalizas de toda especie y superior calidad, caña de azúcar, raices alimenticias y tabaco.

Es de advertir que precisamente en la parte septentrional, en la meseta de Santa Rosa donde no hay pueblos, es donde los vecinos de Agaña tienen los mejores terrenos cultivados, recojen muchos cocos y cortan las mejores maderas.

La población de Guajan es actualmente de unos nueve mil habitantes, y ha sufrido las mismas vicisitudes que toda la de Marianas. Las noticias erróneas son aquí de la misma importancia que en el resto del archipiélago y acerca de lo cual ya hemos dicho bastante.

AGAÑA.—Goza el título de ciudad, es la capital del archipiélago y está situada en una rada que lleva su nombre, con un pequeño canal en el arrecife que solo permite el paso á pequeñas embarcaciones; descansa la población entre el mar y un montecillo y se halla atravesada por un arroyo. Sus calles tienen de diez á doce metros de anchura y en general corren de E. á O. Las viviendas son de tabla y del modelo filipino, es decir, sostenidas sobre postes con el piso á un metro ó dos del suelo: hay varias con zócalo de mampostería y techumbre de teja ó tabla y alguna de zinc, muchas de hoja de cocotero; otras y en gran número están hechas de caña. Tiene buena

iglesia parroquial con habitación adjunta llamada convento, parque de Artillería, Casa de Gobierno, Mayoría de Plaza, Casa Tribunal ó municipal, Escuelas, el gran colegio de San Juan de Letrán, Hospital militar, Cuartel de Infantería y algún otro edificio; pero en su mayoría están en malísimo estado y muchos amenazan ruina. En la población propiamente dicha hay unos cinco mil habitantes, pero tiene además cinco barrios que le dán un total de seis mil cuatrocientas almas. Entre estos barrios es notable el de María Cristina, habitado por carolinos que desde 1876 andan vestidos, al menos cuando no están en su casa; se ocupan en los trabajos públicos, venden leña y pescado y cultivan mancomunadamente exiguos terrenos.

Los vecinos de Agaña suelen establecer sus campos en la meseta de Sta. Rosa donde existen más de un centenar de ranchos, algunos de los cuales distan cinco y más leguas del pueblo.

AGAT.—Dista de Agaña unas tres leguas pero por el camino que sigue la costa, quizá pasen de cuatro. Se halla situado hácia el S. del istmo de la península de Orote, en una rada abierta al O. y en la desembocadura de un riachuelo llamado Alluje, con aguas muy buenas. A pesar

de su hermosa posición, y de su riqueza en pesca, frutas y maderas, es uno de los pueblos más miserables, alimentándose sus habitantes de frutos de la rima que cogen casi desde sus mismas casas de caña, en las que viven hacinados sin sentir necesidad de mejorar su condición.

En cambio, su barrio Sumay, situado á una legua al NO. en la *mitad* de la costa NE. de la península de Orote en el puerto de Apra, y poblado por familias procedentes de Agaña, tiene gran número de casas de tabla y mampostería, y sus vecinos gozan fama de bastante laboriosos; pero el pueblo y su barrio cuentan solamente con unos 1200 habitantes escasos

MERIZO.—Situado en la punta S. de la isla, entre el mar y el final de la cordillera; su puerto cerrado al S. por la Isla de Cocos, solo sirve para pequeñas embarcaciones. Tiene como barrio á Umatac, que gozó del título de villa cuando tocaban allí los españoles en su viaje de América á Filipinas, de cuyo antiguo esplendor le quedan algunas ruinas; tiene bastante buen fondeadero y aguada. El pueblo y su barrio solo cuentan hoy 700 habitantes excasos.

INARAJAN.—Situado en la costa E. es un pueblecito donde viven excasamente 400 almas.

Los actuales habitantes de todos estos pueblos siguen llamándose chamorros por las causas que ya quedan expuestas, aunque solo merecen el nombre de marianos ó marianicos.

Estos individuos rara vez son altos, pero sí esbeltos, muy bien proporcionados y bastante robustos, aunque se nota alguna deficiencia en las extremidades: su color es moreno claro, semejante al denominado trigueño, tienen la cabeza generalmente grande, alargada y alta, por más que sea muy variable el índice horizontal, que por lo común es solo de 72 á 73 Hay otros braquicéfalos con el occipucio aplastado, y el índice vertical de 76 á 77.

La cabellera es generalmente negra, fina, y á veces ondulada

La frente suele presentarse plana y algo inclinada, pero á veces tiene ligero abombamiento,

Las órbitas son generalmente altas, de forma casi cúbica ó redonda con un índice variable que suele pasar de 90.

Los ojos son expresivos, negros y grandes y á veces tienen una ligera inclinación.

La nariz levantada, recta, estrecha y hundida por su parte superior, ensánchase por abajo, pero sin dejar por eso de ofrecer un índice de 44 á 45.

Los pómulos son siempre grandes y prominentes por los lados y muy á menudo se ven muy exagerados estos caractéres que se convierten en tipícos.

Los arcos cigomáticos fuertes y salientes en todos los ejemplares.

La boca es un poco grande, provista de fuerte dentadura, lábios carnosos, pero con escaso prognatismo.

La mandíbula robusta, con el ángulo bien marcado.

La barba falta casi por completo.

El rostro es muy á menudo oval y el de las mujeres suele pasar por agraciado y recuerda muchas veces el de algunas europeas del Sur.

Aunque por comodidad, miseria ó desidia muchos van desnudos, ó solo usan calzón ó bajaque, esto es poco frecuente en Guajan, donde puede asegurarse que es general el traje filipino, es decir, el pantalón y camisa suelta de los tagalos; las mujeres también siguen la costumbre tagala, usando la saya larga y el jubón que llaman camisa; pero el pañuelo al cuello solo se lleva en las grandes solemnidades y el tapis nunca.

En vez de la chinela suelen usar una especie de zapatilla. En fin, las personas acomodadas visten generalmente á la europea.

La agricultura es rudimentaria, usándose cuando más el arado filipino, á pesar de lo cual prodúcese una pequeña cantidad de arroz, caña de azúcar, maiz y algunos otros artículos en cantidad insuficiente para el consumo, por lo que gran número de familias se alimentan de frutos y raices más ó menos silvestres, como la rima y federico, cocos y otros.

La falta de caballos hace que para toda clase de carga y arrastre se use del ganado bufalar, y sobre todo el vacuno, que realmente es el más abundante; solo así puede comprenderse la impresión que se experimenta cuando se llega á Guajan viendo las calesas y otros coches tirados por hermosas novillas y vigorosos toretes.

Los puercos, tanto monteses ó cimarrones como domésticos, son todavía mucho más abundantes.

La pesca solo la practican en muy corta escala y dentro de los arrecifes; en las orillas mariscan á menudo, pero la navegación ha desaparecido, y los descendientes de aquellos chamorros que merecieron por sus lindas barcas el nombre de habitantes de las islas de las velas latinas, hoy apenas tienen una banca mal construida y peor manejada.

Crían algunos animales domésticos de los importados después del descubrimiento, sobre todo reses vacunas y gallinas.

Las industrias son casi del todo desconocidas, existiendo apenas quien haga alguno de los oficios más necesarios, y esto no contínuamente, sino alternando en varias artes, todas imperfectamente practicadas.

Esto no obstante, los deportados españoles han enseñado á los marianicos algunos oficios manuales que ya ejercen bastante bien.

Con los datos anteriores ya se comprenderá la insignificancia del comercio. Hoy tienen comunicación cada dos meses con Manila por medio de un vapor-correo que lleva los artículos más indispensables para la vida, y carga en Guajan muy pocos géneros ó más bien ninguno; los barcos balleneros que antes visitaban estas islas, son como ya hemos dicho, cada dia más excasos, puesto que Ponapé ofrece mayores ventajas, y hasta los barquitos carolinos se van haciendo menos frecuentes en Marianas.

Todos los escritores están conformes en que los actuales marianicos tienen un carácter apacible, dócil, humilde y hospitalario. pero se les moteja de vanidosos, ingratos, poco previsores y muy aficionados al juego y al aguardiente de coco;

por último se los califica de muy holgazanes, acerca de lo cual habría que reflexionar un poco, puesto que fuera de su país dan pruebas de laboriosidad, como sucede con los emigrantes que van á las Islas Hawaii, lo mismo que con los tomados para tripular los barcos, balleneros y aun los de la Armada española, de cuyos capitanes y comandantes han merecido gran aprecio, lo cual hace suponer que tal vez no sea suya toda la culpa, si realmente no son en su tierra muy asíduos trabajadores.

Téngase presente que ninguno de estos emigrantes desea volver á sus país, lo cual demuestra que no hallan en sus islas grandes ventajas ni siquiera la necesaria remuneración de su trabajo.

Recordaremos á este propósito una observación hecha con otro objeto por el Sr. Olive. En la isla de Guajan el jornal medio se calcula que no pasa de 0,25 céntimos y baja muy á menudo á 0,12 4|8, es decir una ganancia mensual de seis á siete pesos, cuando más, y que á menudo no pasa mucho de cuatro, y los gastos más indispensables para un matrimonio con dos hijos, al precio habitual de los artículos, no baja de 15 á 20 pesos, de manera que este solo hecho expli-

caría, al menos en gran parte, la tendencia á la emigración, la poca afición al trabajo y el excaso aumento de población, constituyendo el eterno círculo vicioso del atraso y la holgazanería.

Por otra parte, hay que pensar que una población que no llega á 10.000 almas, diseminada alrededor de la isla, es poco apropósito para establecer producciones y tráfico animado entre los habitantes de estos pequeños pueblos, y el comercio exterior es casi nulo, como ya queda dicho.

En fin, el habitante de Guajan podría estar mejor, pero no faltan razones para que hoy no esté bien.

El idioma más general es acaso el español, pero hablan además un llamado chamorro en que se ha ingerido el castellano y, sobre todo, el tagalo.

ROTA.

Antiguamente llamada Luta y Lota, también se la denominó Sarpanta, Sarpan, Zarpan ó Zarpana y en antiguos mapas españoles Santa Ana; dista de Guajan unas ocho leguas hácia el NE, hallándose entre ambas el bajo de Autupis que deben evitar los navegantes.

Esta isla es madrepórica y rica en vegetación; el terreno, calcáreo en su mayor parte, está mezclado con arcillas y es generalmente pedregoso.

Hállase formada por dos penínsulas unidas por un stimo arenoso; al NE se halla la mayor, llamada de Ugulan por el monte que la constituye, de unos cien metros de altura, y al SO. se encuentra la otra, mucho menor y llamada Taipingot, formada por un montecillo de unos 30 metros. Las dos penínsulas están bordeadas por arrecifes de costa que solo á los lados del istmo se separan un poco señalando un súcio canal lleno de bajos, lo cual hace que la isla no tenga puerto ninguno.

Solo existe un arroyo en la parte S. de Ugulan el cual se utiliza para regar algunos arrozales escalonados, pues los habitantes beben agua de pozos en el único pueblo de la isla.

Rota tiene un pueblo de unas 500 almas y está formado por casas de caña y paja, entre las que se levantan algunas de mampostería. Hay varias cuevas, una de las cuales usan los roteños para refugio en caso de terremotos.

Los habitantes de Rota tienen fama de ser sumamente sencillos y se dedican á la pesca bastante más que á la agricultura.

Entre estos isleños se cuentan un centenar excaso de carolinos, que siguen su costumbre de andar desnudos, conservando también otros usos tradicionales; se alimentan de la pesca y los frutos expontáneos del monte, sienten aversión hácia los trabajos agrícolas.

Todos los habitantes de Rota encuentran grandes dificultades para la agricultura, y las repetidas desgracias les han enseñado cuán peligroso es salir á pescar fuera de los arrecifes; de manera que actualmente apenas se embarcan, habiendo perdido su antigua fama de buenos navegantes.

Su industria se reduce á algunos tejidos de palma, y su comercio es casi nulo, así es que fian su alimentación á las frutas y raíces silvestres, algunos pescados que cogen dentro del arrecife y los mariscos que hallan en las orillas del mar.

AGUIGUAN.

Es una isla pequeña que dista unas doce leguas de Rota hácia el NE. de una legua de larga, con costas escarpadas, cubierta de vegetación y deshabitada.

.....

TINIAN.

En los mapas antiguos llamada Buenavista; distante una legua de la anterior hácia el NE., y tiene tres leguas de largo por una de ancho; su terreno es madrepórico, poco elevado y cubierto de vegetación. La isla presenta al N. una especie de meseta llamada Churu; en el centro hay otra mucho mayor, y está limitada al S. por una cañada donde tienen sus campos los actuales habitantes de la isla; después empieza la parte meridional más accidentada.

Las costas son generalmente escarpadas; la del E. se halla libre de arrecifes, mientras que en la del O. hay muchos corales: solo hácia la punta S., se forma un pequeño seno que Anson denominó Rada de Tinian y que más tarde se ha llamado Bahía de Anson, en cuya márgen está situado el único pueblo de la isla, llamado Sinharon.

No tiene corrientes de agua, pero se forman lagunas de las que son las más notables al NO. la de Churu con agua salobre, y otra al SE. llamada de Marpó, con agua dulce. La mayor parte de la

población se provee de agua en los pozos y especialmente en uno llamado *de los Antiguos*, indicando su origen chamorro.

El pueblo de Sinharon se llama hoy San Luis de Medina y se componía de carolinos con un jefe marianico á la cabeza constando de unos 240 habitantes que viven en casas de caña cubiertas de hojas de cocotero. La iglesia se construyó con las columnas de una de las ruinas llamadas Casas de los Antiguos.

Cultivan algunos campos, pero el arroz es completamente excepcional. En cambio, se dedican á la caza y salazón de reses vacunas y de puercos especialmente para el llamado ramo de lazarinos, cobrando el 40,70 del valor de la caza que se dedica al socorro de los enfermos leprosos.

Su navegación se reduce á cortos viajes á la inmediata isla de Saipan y esto excepcionalmente. Suelen ser visitados por algunos carolinos, aunque cada día con menos frecuencia.

Su vida es sumamente pobre y andan casi desnudos.

La población ha disminuido en los últimos años y actualmente apenas cuenta esta isla con más habitantes que los enfermos lazarinos mantenidos por el Estado en el Hospital denominado hacienda de Tinian.

Entre los varios y ricos productos de la isla deben mencionarse por su abundancia los magníficos limones, que nada tienen que temer de la comparación con los europeos.

Lo más notable de esta isla son sus monumentos arqueológicos que son los más numerosos y grandes que se han encontrado como restos de la civilización chamorra; la cual solo podía prosperar allí, teniendo por base de riqueza la navegación y comercio con la inmediata isla.

SAIPAN.

En los antiguos mapas españoles llamada S. José, dista de la anterior solo una legua y mide cuatro de largo por cerca de dos á lo ancho. Los terrenos son volcánicos en la parte N. y el llamado pico de Saipan ó Tacpachao, casi en el centro de la Isla, de unos 557 metros de elevación, es un volcán apagado, lo mismo que otro llamado Calaveras, que se halla una legua más al N.; hácia el medio día se halla otro pico más bajo llamado Sarupe, á cuyo pié está la gran laguna de Mahide, pero hácia al S. se extienden terrenos menos accidentados y en los cuales es fácil reconocer la madrépora. La vegetación es exhuberante y variada.

La costa oriental está formada por rocas calcáreas escarpadas y de ellas parten arrecifes de costa. En la parte SE., se halla la ensenada de Rauran, llamada por Harvey en 1858 bahía Magicienne, según el nombre de su barco, bien defendida solamente de los vientos del SO.; allí comienza la playa de arena blanca que se corre por el S. y el O. El arrecife se separa entonces, formando una laguna, en la parte occidental. Hácia el NO. se halla el mejor puerto del archipiélago según se dice, y que se llama Tanapac. En él se halla una ensenada en cuyo fondo desemboca el río Sadoc Tasia, ó Agua Salobre, entre las puntas Flores y Muchad que es la más occidental de la isla y á la que se llama también Cabo NO. Entre las puntas Chugao y Marpí que es la más septentrional, se halla la playa de Matama en donde desemboca el Río Sadoc Mamis, Agua Dulce. Finalmente sobre el arrecife y en frente de la desembocadura del Sadoc Tasia, se halla la islita baja y arenosa de Mañagaja ó Managasa que se halla cubierta de vegetación. La llamada rada de Garapan es un mal fondeadero.

Una cordillera recorre la Isla de N. á Sur dividiéndola en dos partes iguales proximamente, y sirve de divisoria para las

escasas aguas que forman arroyos que no merecen nunca el nombre de ríos.

Los ciclones castigan mucho á esta isla, por lo cual apenas produce cacao, y café sobre todo en el S. En cambio el tabaco es el mejor de todo el archipiélago. Los puercos y venados abundan mucho.

La actual población de Saipan constituye un solo pueblo llamado San Isidro de Garapan, situado en la costa O. fundado en 1815 por los tripulantes de unas barquillas carolinas que obtuvieron esa concesión, y á los cuales se han agregado despues un centenar de marianicos procedentes de Agaña, formando un total de unos 900 habitantes. Las casas del pueblo son casi todas de caña con techo de palma, y están situadas en dos calles paralelas, de unos veinte metros de anchura; entre las dos calles que forman el pueblo existe un espacio de unos treinta metros en el cual se hallan también alineadas en dos series paralelas, unas chozas, de las cuales á cada casa pertenece una, y que se utilizan para cocina y como refugio en caso de terremotos. Esta isla era el asilo de leprosos.

Como queda dicho, son los habitantes de Saipan medianos agricultores; pero en cambio, la pesca es allí abundante, dedicándose

además á coger tortugas, tiburones y balate ó trepang.

Los artículos de comercio son este último y el tabaco, maiz, camote, cerdos y gallinas, comprando, en cambio, telas, jabón, galleta, y algunos otros efectos.

En 1810 se estableció en esta isla una colonia de norte-americanos que fueron expulsados en 1815.

Lo más notable de la isla son los restos arqueológicos numerosos, entre los que descuellan las grutas funerarias.

ARTICULO 3.º

GANI Ó SECCIÓN DEL NORTE

.....

Todas estas islas se hallan deshabitadas y se extienden en una cadena que se dirige del S. hácia el N.

FARALLON DE MEDINILLA.

Llamada así por Freycinet en 1819, y que hasta entonces en los mapas españoles se llamaba Farallon, al N. de Saipan, es la Isla Bird que el barco *Goodhope* señaló en 1822. Es una islita de poco más de media legua de largo, poco elevada, de naturaleza madrepórica y desprovista de vegetación.

Freycinet descubrió hácia la punta S. muchas cuevas, por lo cual lo denominó Cabo de las Grutas.

Dista de Saipan unas trece leguas.

ANATAGAN.

Llamada también Anatajan y Anataxan, es la San Joaquín de los antiguos mapas españoles y dista unas seis leguas de la anterior. Es una islita de una legua de largo formada por terreno volcánico, montuoso y cubierto de vegetación. Parece que contiene en su interior un volcán. Las costas son escarpadas y solo en la parte S. se encuentra un mal fondeadero.

SARIGAN.

Llamada también Sariguan; es la San Cárlos de los viejos mapas españoles. Se halla situada á cinco leguas de la anterior y mide media legua; parece constituida por un antiguo volcán que se eleva unos 600 metros.

PIEDRAS DE TORRES.

Parece que Zayas las denominó isla de Pájaros, pero esta noticia necesita comprobarse; es más seguro que antiguamente se llamaron Farallón y en 1888 Forster las nombró Banco Zelandia. A unas cuatro leguas al N. de Sarigan se encuentra este banco madrepórico con tres salientes ó rocas que llegan á flor de agua.

GUGUAN.

Los antiguos mapas españoles la señalan con el nombre de San Felipe, y Freycinet la llamó Farallón de Torres. Se halla situada seis leguas al N. de las Piedras y diez de Sarigan. Es una islita elevada de una legua de larga y cubierta de vegetación, con las costas escarpadas. Se halla formada por dos montes que se levantan á más de 600 metros sobre el mar y el suelo se vé cubierto de lava, pero su volcán se halla hoy apagado.

ALAMAGAN.

Es la Concepción de los viejos mapas españoles y que Freycinet confundió acaso con la anterior, puesto que la denominó Guguan. Hállase situada unas seis leguas al N. de la anterior y es una islita de media legua, muy elevada, alcanzando sus picos hasta 700 metros, entre los cuales se halla un volcán activo.

PAGAN.

En los antiguos mapas españoles se denomina S. Ignacio, y Freycinet siguiendo la equivocación del caso anterior la llamó Alamagan. Está situada ocho leguas al N. de esta última y mide dos leguas de largo por media de ancho. Es una isla rica en vegetación y muy fertil, por lo que aún cuando carece de población fija, es á menudo visitada, habiendo permanecido algunos en ella más de un año. Esta isla volcánica presenta varios cráteres y dos volcanes activos.

La isla está formada por dos promontorios unidos por una garganta estrecha y

baja; y presenta tres picos que son otros tantos volcanes en actividad, sobre todo el del Norte que se vé coronado de una densa nube de vapores, y junto á este monte hay dos lagos circulares que quizá sean tambien cráteres antiguos; cerca de la costa y al SO. de otro de los picos volcánicos hay un surtidor de agua caliente.

Las costas son en general poco accesibles, pero tienen dos radas en los extremos de la cañada que separa los dos promontorios. La del NE. llamada Bahía de Howel por Simpson, es un mal fondeadero comprendido entre el arrecife y la cañada que termina en una playa de arena; otro semejante se halla al SE. y finalmente cerca de la punta S. se hallan tres rocas constituyendo lo que Freycinet denominó Isla del Sur.

La riqueza en cocos, rima y otros frutos, así como alguna caza, hacen que la isla sea muy á menudo visitada y aún poblada temporalmente.

Hoy, que tanta importancia vá tomando el comercio de coprax, podría establecerse una buena explotación en esta isla donde tanto abundan los cocoteros.

AGRIGAN.

Es la Francisco Javier de los españoles, llamada también Grigan y aun Granger. Dista quince leguas de la anterior. Mide legua y media de largo por una escasa de ancho. Aunque no se descubre ningún cráter en la isla, su terreno se compone casi exclusivamente de lavas, tiene dos altos picos de 400 y 600 metros de elevación y que son probablemente volcanes apagados. Las costas son muy acantiladas con gran fondo y solo en el SE. hay un mal fondeadero. La vegetación es exhuberante y en la isla se encuentra abundante caza, por lo que es tan visitada como la de Pagan.

En Agrigan abundan los cocoteros cuyo fruto solo aprovechan hoy casi exclusivamente los venados y puercos monteses que tampoco se cazan más que de casualidad; de manera que no sería difícil establecer en esta isla una explotación cuyos géneros favorecerían al comercio de Guajan, el día que se quisiera fomentar hasta donde sea posible la producción y tráfico de Marianas.

La isla de Agrigan produce muy bien el maiz, raices alimenticias, legumbres, calabazas, melones y sandias y hay en ella muchos puercos y cabras.

ASUNCIÓN.

Llamada Sonsong y también Volcán-Grande. Dista quince leguas de la anterior con la cual forma el canal de Laperouse; mide una legua de diámetro y está formada por un volcán que se eleva más de 474 metros, con su cráter en la punta. Laperouse vió el monte cubierto de lava en 1876, Roquefeuille vió el monte arrojando humo en 1819, Recchey en 1827 encontró el monte cubierto de vegetación, según afirma; Zayas le vió en 1865 con la parte superior cubierta de ceniza; actualmente se dice que arroja humo. Hácia el lado O. hay una llanura cubierta de cocoteros y otros vegetales. Las costas son acantiladas y solo hácia el SO. se halla un mal fondeadero.

LAS MONJAS.

Llamada Mangas y Mangs por algunos extranjeros. Es la San Lorenzo de los an-

tiguos mapas españoles, llamadas también las Tunas que Freycinet ha marcado también, erróneamente. Es un grupo de tres islitas ó mogotes de lava roja, situadas al N. de Asunción. La mayor está al O., la segunda al SE. y la menor al NE., descansando las tres sobre un arrecife redondeado que parece indicar el cráter de un volcán de media legua de diámetro.

URRACAS.

Llamada Urak y por Marquina Farallón de Pájaros; Donglas la llamó Güy en 1789 y otro navegante más moderno Fany. Es una islita de media legua de diámetro, formada por un volcán de 400 metros de altura; Zayas le vió arrojar humo.

FARALLÓN DE PÁJAROS.

No es más que una simple roca, más bien un peñón, que se halla situado á unas diez y seis leguas al NO. de Urracas y que termina por el Norte los dominios españoles de la Micronesia.

CAPÍTULO IV

ARCHIPIELAGO DE PALAOS

La separación de las islas de Palaos del resto de las Carolinas, es cosa justificada por la Geografía, no menos que por los datos etnográficos.

Este archipiélago se halla situado en el ángulo SO. del gran triángulo formado por la Micronesia Española, y es por lo tanto el extremo occidental de su base, acerca de cuyos límites hemos dicho ya lo bastante en su lugar oportuno.

Las islas de Palaos están separadas de las Carolinas por un canal de unas cuarenta leguas de anchura.

No se conoce la verdadera procedencia del nombre de Palaos con que son conocidas estas islas, pero probablemente lo de-

berán á la notable habilidad de sus habitantes para construir y navegar en ciertas embarcaciones, en las cuales han llegado en varias ocasiones á las Filipinas, donde llaman á esos barcos paraos ó palaos.

De cualquier modo que sea, debemos apresurarnos á recordar que con el mismo nombre de Palaos se designaron durante largo tiempo, no solamente las islas que hoy se llaman así, sino también las Carolinas, lo cual ha venido naturalmente á establecer una importante causa de error en las antiguas noticias relativas á la parte meridional de la Micronesia Española. Esto debe tenerse muy presente cuando se leen antiguos relaciones que se refieren á las Palaos.

El archipiélago fué descubierto por Villalobos que llegó en 1543 al grupo de Palaos dándoles el nombre de Arrecifes; en 1712 descubrió Egoi varias de las islas del grupo de Palaos, cosas que debió ignorar Wilson, cuando se proclamó descubridor de estas islas en 1783.

Después de la instalación de los españoles en las Filipinas, llegaron á ellas en repetidas ocasiones algunas barcas arrastradas por las corrientes del Pacífico; generalmente se ha dicho que procedían de las Palaos, pero muchas de aquellas embarciones eran de las Carolinas.

Algunas de las barcas así descaminadas, hicieron pensar en una expedición que tuviera por objeto la conquista y cristianización de las mencionadas islas.

En Septiembre de 1697 salió de Manila con este objeto una goleta que debía recoger en Guiguan otro barco, pero un ciclón deshizo á la primera en las costas de Samar y se hizo imposible por entonces el proyecto.

En 1708 se repitió el intento, pero se volvió la expedición sin haber divisado las buscadas islas.

Nuevos carolinos arrastrados en sus barquillas hasta Palapag en la costa N. de Samar, excitaron los deseos de reanudar la empresa por dos veces fracasada: con tal objeto salió de Manila otra expedición el año 1709; pero los tiempos fueron muy adversos y llegaron á faltar el agua y los víveres, por lo cual se pensó en alcanzar las Marianas, mas no lo consiguieron tampoco y los expedicionarios volvieron á Manila.

En 1710 salió de Cavite una expedición que descubrió la isla de Sonsorol en 30 de Noviembre, día de S. Andrés, por lo que se dió este nombre al grupo á que pertenece.

Con el objeto de plantar allí la cruz y el pa-

bellón de España, los jesuitas PP. Duberon y Cortil que iban en la expedición, fueron á la isla con el alférez y otros once individuos el día 4 de Diciembre, á pesar de las objeciones hechas por el capitán del patache, que temía lo que sucedió después, y fué que el barco en que habían llegado se vió arrastrado por la corriente y no pudo recojerlos.

Un vendabal arrojó al patache hácia las Carolinas, en donde tuvieron que aguardar vientos favorables para volver en busca de los abandonados en Sonsorol; pero como no podían llegar á tierra por carecer de embarcación pequeña y nadie contestaba á sus señales, hicieron rumbo á Filipinas y llegaron á Mindanao en Enero de 1711.

En Octubre del mismo año se intentó nueva expedición en un patache que naufragó en Marinduque.

Dióse la órden al patache que hacía viajes á Marianas de que á su regreso de esas islas procurase llegar á Sonsorol en socorro de los abandonados.

En cumplimiento del mandato se hizo rumbo á las Palaos en 30 de Enero de 1712; tocáron en las Carolinas y descubrieron varias islas de Palaos, y el 19 de Febrero llegaron á Sonsorol, pero

no pudieron abordarla, por lo cual continuaron su viaje á Filipinas.

En 1733 salió de Marianas una expedición para Carolinas en la que iba un barquito dedicado al socorro de los abandonados en Sonsorol, pero tampoco entonces se obtuvo éxito alguno, y últimamente vino á saberse por los tripulantes de otra barquilla que todos los que se quedaron en aquella isla en 1710 habían muerto á manos de los insulares.

En 1783 naufragó Wilson en los arrecifes del grupo de Palaos.

El régulo de Korror dió á los europeos todo género de facilidades para construir otra embarcación con los despojos del naufragio, y en ella se embarcó también el hijo del mencionado jefe que fué á Lóndres, donde contrajo unas viruelas que le llevaron al sepulcro.

Desde esta época las Palaos han sostenido un pequeño comercio con Manila que enviaba allí bastantes embarcaciones.

Los misioneros que se establecieron en Yap han creado nuevas misiones en Korror y Arcolong.

El archipiélago de Palaos se compone de un gran número de islas entre grandes y pequeñas que pasan quizá de doscientas, pero sumados todos sus territorios, es bien

seguro que no llegan á veinte leguas cuadradas.

Confinan por el S. con el Ecuador y la Nueva Guinea; por el SO. con las Molucas; por el O. con las Filipinas y por el NE. con las Carolinas Occidentales.

El clima es distinto según que se le estudie en el N. ó en la parte S. del archipiélago, puesto que ésta no se halla sometida á la influencia periódica del viento NE. que se llama la monzón y que reina por lo general de Abril á Noviembre.

En estas islas llueve siempre, pero, en el N. sobre todo, se marca una estación que por comparación se llama de secas. Las tempestades son raras, así como los terremotos.

La temperatura pasa generalmente de 25 grados y alcanza 33 á veces; y en la presion barométrica se puede observar una elevación de 762 á 765 mm. por término medio.

Las mareas son regulares y su diferencia de nivel de 1.^{m}60 de dia y 1.^{m}26 de noche, llegando á 1,^{m}85 en las sizigias.

Las islas son madrepóricas en la parte del S. donde suelen encontrarse grutas con hermosas estalactitas y estalacmitas; pero en el N. son frecuentes los terrenos volcánicos.

La flora de las islas Palaos ofrece algunas particularidades dignas de mención. Desde luego debe consignarse que la vegetación es más variada que en las Carolinas y ofrece mayores analogías con Filipinas y Molucas. Las buenas maderas de construcción son bastante abundantes para que los carolinos encarguen ó vayan á Palaos á fin de construir sus embarcaciones.

Después de una faja ó zona próxima á las costas, donde abunda el cocotero y otras palmas, empiezan los grandes bosques en que los árboles y arbustos se ven entrelazados por multitud de lianas que sirven á los indígenas de resistentes cuerdas. En la parte más interior suelen verse grandes llanuras cubiertas de yerba muy á propósito para la prosperidad de la ganadería que no saben aprovechar estos isleños. La rima, tan común en las otras islas de la Micronesia, es aquí más escasa y no constituye, por lo tanto, el pan de los insulares. Son frecuentes también los naranjos y limoneros, el plátano, la piña y la caña de azúcar. Todavía no cultivan el tabaco, pero de algunas cortas experiencias parece resultar que se produce muy bien. Lo mismo sucede con el arroz, el camote, la patata y algunas legumbres. En los terrenos bajos y próximos al mar obtienen los indígenas

buenas cosechas, así de ubi como de gabi que constituyen su principal alimento.

Poco tenemos que decir en cuanto á la fauna, pues aunque hay mayor número de mamíferos que en Carolinas, muchos fueron importados en época reciente, y los otros, aunque mucho más antiguos, son también de orígen extranjero. La rata, que constituye casi una plaga, y el murciélago, de alas tan grandes á veces que suele medir un metro de un extremo al otro, son los dos mamíferos únicos que, por su mayor antigüedad, son considerados por los indígenas como propios de las islas De los otros debemos citar el ciervo doméstico, que abunda bastante, la cabra, mal recibida por los daños que causa en los sembrados, el perro y el gato, que á pesar de sus mútuas antipatías siguen siempre al europeo por todo el mundo, el ganado caballar y vacuno que fueron importados hace algunos años por los ingleses pero que fueron aniquilando los insulares, vendiéndolo sin discernimiento á los tripulantes de los barcos, por lo cual será preciso establecer nuevas ganaderías.

Las aves ya son mucho más numerosas, figurando en primer lugar la gallina que apenas merece el calificativo de doméstica, puesto que realmente no vive con el hom-

bre, sino cerca de sus habitaciones, en las pequeñas explanadas que rodean á las casas; pero esto parece además que solo es para ellas un refugio nocturno, puesto que por el dia se alejan bastante de los pob'ados, prefiriendo el bosque, á donde huyen tan pronto como se las quiere imponer más estrecha dependencia. Abundan mucho las palomas, entre las que hay algunas que parecen propias de estas islas; los pájaros son mucho más numerosos.

También son muchas y muy variadas las aves acuáticas.

De los reptiles faltan los venenosos, hay varios ofidios y abundan los quelonidos: se ha señalado la existencia de un cocodrilo, y en cambio no se ven las iguanas tan comunes en Yap.

El mar se halla mucho mejor poblado con abundante variedad de peces y moluscos que forman lo más importante de la alimentación animal de los insulares.

La población total del archipiélago se calcula en unas tres mil almas.

Los habitantes de Palaos vienen á formar por su aspecto físico y moral una especie de término medio y lazo de unión entre los malayos propiamente dichos, los papúas y los micronesios, si bien es muy notable el predominio de estos últimos,

Los naturales de Palaos tienen la piel de color pardo con matiz amarillento, rojizo ó negruzco; el cabello es á veces negro, brillante y liso, mas á menudo mate y crespo; generalmente su cráneo es largo, pero el indíce varía de 71,4 á 83,5; la frente despejada, inclinada hácia atrás, poco saliente; la nariz muy á menudo recta; hermosos ojos negros, poco separados y horizontales, órbitas altas, cejas prominentes, pómulos adelantados y anchos, la boca grande los lábios carnosos, poco prognatismo; la cara es generalmente alargada y algunos tienen buena barba Son musculosos, esbeltos. siendo su talla de 1.52$^{m.}$ á 1,72 en los hombres y de 1,45$^{m.}$ á 1.59 en las mujeres.

Su carácter moral ha sido apreciado de muy diferentes maneras, no faltando quien les pinte como guerreros crueles y sanguinarios, en contraposición á Wilson que los describe como muy afables, humildes y generosos.

Un término medio entre ambas exageraciones parece ser lo más prudente y acertado, y así debe ser para el que tenga en cuenta el estado de cultura de estos isleños, sus aptitudes y su organización social.

Al N. van desnudos y hace poco sucedía lo mismo en todas las islas Otros gastan

una especie de maro de tela, estera y hojas de coco, que llaman jusaque, y en caso de ceremonia se convierte en larga faja, y dejan colgar las puntas hasta los piés, una delante y otra por un lado.

Las mujeres usan un tonelete de hoja llamado cariot, ó bien un delantal con otra pieza semejante por detrás que les cuelga desde la cintura.

Usan varios adornos y es muy notable la pulsera hecha con el altas ó primera vértebra del dugong ó dujong, que es símbolo de nobleza.

Esta distinción honorífica es muy original, y solo se conserva, como institución en Palaos, debiendo recordar que en las antiguas cuevas sepulcrales de Filipinas se ha encontrado alguna vez el mencionado hueso, como si también se usára tal ornamento en estas otras islas.

Como el hueco de la mencionada vértebra no puede consentir el paso de la mano por su abertura, es preciso en la mayoría de los casos de esta singular investidura, recurrir á las mayores violencias, que suelen costar á los agraciados algunos dedos, y aún el uso de toda la extremidad superior.

También es característica su gran peineta, de diez ó más centímetros de alto,

por solo cuatro á seis de ancho, y que parece, por lo tanto un tenedor.

Se tatúan el cuerpo con gran profusión de dibujos, sobre todo las mujeres, que se adornan así las manos, brazos, el bajo vientre, los muslos y las piernas. Además se pintan el cuerpo de amarillo con curcuma. Los hombres se tiñen también y se pintan rayas verticales en la cara y el pecho para bailar su danza guerrera; los dientes van muy á menudo teñidos de negro; hombres y mujeres peinan su cabellera hácia atrás, donde la sujetan en un moño; casi puede considerarse como parte componente de su vestido el cestillo que no abandonan casi nunca, en el cual tienen los útiles del fumador y su provisión del masticatorio de betel.

Su arma nacional es una lanza de unos dos metros de largo con arponada punta que termina en un diente de tiburón ó en una espina de rabo de la raya. Esta lanza es arrojadiza no obstante su gran longitud, y en manos de estos isleños es aún temible á quince metros, y la usan también con gran acierto para la pesca.

Las casas, bastante bien construidas sobre basamentos de piedra á veces, son de planta cuadrangular, con la techumbre de hojas de areca y el piso cubierto con esteras:

los buenos edificios suelen ostentar muchos adornos de madera tallada.

Las casas llamadas blay están agrupadas en pequeñas poblaciones.

Estas tienen un edificio central llamado bai que sirve para las reuniones públicas, y en su construcción se ha desplegado un gusto artístico que con justicia llama la atención de los viajeros. Son grandes edificios de madera con vigas y piés derechos tallados y suelo de tabla; tienen generalmente dos puertas, y el interior suele estar pintado de rojo, con frisos en que se hallan las tradiciones populares. Esta especie de inscripciones no son más que signos ideográficos que recuerdan los hechos gloriosos de la tribu, representadas con figuras de talla.

Tienen calles y caminos enlosados, así como canales entre los que debe mencionarse el de Angararel, de una legua de largo, y por último dársenas y puertos artificiales.

Estos pueblos son poco aficionados á la agricultura, á pesar de lo cual obtienen algún algodón y maiz, además del gabi y de otras plantas que cultivan en el archipiélago; se ha importado el ganado vacuno que no utilizan los insulares.

Las principales exportaciones son el trepang, coprax, carey, que cambian por armas, utensilios, telas y hierro.

Son muy diestros en la pesca que ejercitan también las mujeres aunque estas suelen preferir el mariscar, habiendo algunas localidades dentro del arrecife que se consideran como propiedad particular de cada tribu ó agrupación.

Construyen muy buenas embarcaciones, no solamente para uso propio, sino también para los carolinos que allí las encargan. De tales barcos acaso proceda el nombre que llevan las islas de los Palaos ó Paraos como ya queda dicho.

Sus viejas armas y herramientas de piedra y concha han desaparecido casi por completo desde que el trato más ó menos directo con los europeos les ha proporcionado el hierro.

Su alimentación se compone principalmente de pescados, mariscos, vegetales y dulces que hacen ellos mismos, y generalmente solo beben agua de coco

La herramienta que hoy es de uso más general, es una especie de azuela pequeña que no abandonan casi nunca, pues la llevan con cierta gracia sobre el hombro izquierdo.

El nombre genérico de la divinidad es Cáliz, denominación que se da por antonomasia al Dios Supremo; luego hay otras divinidades de clases inferiores, hasta

llegar á los espíritus de los bosques, de los árboles y, en fin, á las almas de los antepasados que vienen á ser sus dioses lares y penates.

Cada divinidad ó cáliz, tiene sus templos más ó menos grandes y respetados, según sus categorías, y lo mismo sucede respecto de los sacerdotes, que pueden ser hombres ó mujeres, según los casos, y se llaman Coron, los cuales inspiran siempre mucho respeto.

Los dioses de clase inferior y los caseros tienen unos pequeños templos ó altares, que son parecidos á casetas pintadas de rojo y sostenidas por un pié derecho trabajado con algún arte. En ese pequeño recinto se colocan las ofrendas, que suelen ser comestibles y el masticatorio de betel.

Las divinidades que tienen mayor categoría, disfrutan por eso mismo de mayores viviendas, que pueden ser los tradicionales templos octógonos, muy pintados y divididos en dos partes: una, separada por una cortina roja, donde reside el Cáliz, y el resto dedicado para habitación de los sacerdotes.

Para determinadas fiestas religiosas construyen también templos especiales bajo la inmediata dirección de los mismos sacerdotes.

Los habitantes de Palaos usan mucho el masticatorio de betel conocido en Filipinas con el nombre de buyo.

Son polígamos, y el adulterio de la mujer no es deshonroso para el marido, que, sin embargo, puede castigar al amante sin más que pagar una multa cuando se hace la justicia por su propia mano.

Los habitantes de Palaos están divididos en clases de diferente gerarquía social.

Los principales son llamados Clo Rupac y los señores Kikeri Rupac.

Los primeros son los jefes y caudillos, y los segundos los pequeños gobernantes, constituyendo ambas clases los únicos propietarios del país, puesto que aquellos que pertenecen á la clase baja están excluidos de la propiedad territorial.

Cada una de las clases tiene sus distintivos especiales y la etiqueta es entre ellos exageradísima y llena de formalismos humillantes.

Cada principal tiene un territorio dividido á su vez en pequeños distritos que gobiernan los que pertenecen á la segunda clase.

Esos territorios ó agrupaciones de distritos y aldeas están á su vez unidos por vínculos de federaciones más ó menos estrechas, y que duran tanto como las ne-

cesidades y conveniencia de los jefes que, en sus contínuas luchas, varian á menudo los términos de sus alianzas, por lo cual es de poco valor el determinar la situación política en un momento dado.

La institución más típica de la Micronesia y que más especialmente se ha estudiado en las Palaos, es la de ciertas hermandades, cuya constitución aparece todavía muy confusa para los europeos.

En estas hermandades, en que suelen presentarse mezcladas las clases sociales, puede distinguirse á menudo la familia de un principal, á la que se han reunido otros diferentes señores. Además hay otras hermandades para los de clase más inferior.

Estas corporaciones se reparten ciertos trabajos colectivos y forman un grupo homogéneo para la guerra y hasta se ha indicado que los indivíduos pueden agruparse por edades, pasando por lo mismo de unas á otras asociaciones con el trascurso del tiempo.

La posición que ocupa la mujer en Palaos parece difícil de comprender para los europeos que las ven habitar las casas comunales donde llevan la vida más licenciosa, y las observan después bastante respetadas cuando se han casado.

El matrimonio se verifica sin ceremonias, llevándose el pretendiente á la esposa, prévios los regalos á los padres de ésta ó bien al Bay, si la nóvia pertenece á las de esta clase.

La mujer comparte con el marido los más rudos trabajos.

La poligamia se permite y es bastante frecuente así como el divorcio. Cada esposa tiene generalmente una casita, pero el marido procura que nadie le vea entrar en los alojamientos de sus mujeres, de las cuales finge hallarse muy alejado.

También las mujeres tienen sus asociaciones, donde tratan sus asuntos propios, á veces en perjuicio de los maridos. El derecho hereditario no es del hijo, sino del hijo de la hermana.

En las casas comunales llamadas Bays, suele haber siempre media docena de muchachas solteras procedentes de otros pueblos, y que viven en promiscuidad con todos los hombres que por ley ó costumbre, siempre duermen en estos extraños establecimientos; las jóvenes mencionadas pertenecen también, por lo tanto, á los extranjeros que temporalmente se albergan en esos edificios.

Estas jóvenes nada pierden en cuanto á su buena reputación, pues por el con-

trario son muy solicitadas para el matrimonio, y una vez celebrado este son sumamente respetadas.

Los matrimonios son muy á menudo estériles, ya por causa de estas malas costumbres, ya por otros motivos menos evidentes. Los habitantes de Palaos suplen este defecto de sucesión, adoptando niños ajenos, que sus padres ceden sin dificultad, y desde entonces no vuelven á pensar en ellos, dejando sus cuidados y afecciones para los adoptantes.

Las guerras entre los habitantes de Palaos son frecuentes, pero casi nunca pasan de celadas y asechanzas, en las que caen algunos indivíduos aislados, á quienes, una vez muertos, se les corta la cabeza, que sirve de trofeo á sus enemigos, los cuales festejan después su fácil triunfo en la aldea.

Para no exponerse á las represalías, acuden á menudo al recurso de pagar un tanto por cada enemigo muerto, debiendo entonces devolver también su cabeza.

El trato con los europeos les ha hecho aceptar algunas monedas, pero antes usaban y siguen en curso como tales, cuentas, pedazos de concha, cristal y piedra, que sirven además como ricos objetos de adorno.

Es muy notable que los carolinos vienen á estas islas á fabricar las rodajas de cierta piedra que sirve de moneda en Yap, y no se usa entre los Palaos.

Estos tienen monedas de curso general, y otras que solamente manejan los principales; pero lo más curioso es que á unas y otras les atribuyen un orígen divino, y que reconocen con gran facilidad las imitaciones ó falsificaciones que ciertos comerciantes han intentado varias veces.

Lo que se tiene por más probable es que estas monedas no son de las islas Palaos, y fueron introducidas en ellas hace larguísimo tiempo; pero observaremos que las cuentas y los cristales no pueden ser demasiado antiguos.

De los idiomas que se hablan en el grupo de Palaos se tienen noticias algo detalladas.

En primer lugar existe un idioma, que puede ser considerado como el popular y corriente, que hablan y comprenden todos los habitantes de las distintas islas.

Se dice que en este idioma se cuentan hasta diez y nueve consonantes, pero en realidad estas no pasan de quince ó diez y seis.

También se ha indicado la extraordinaria frecuencia con que las voces terminan en consonante.

Esta misma observación puede hacerse también en muchos dialectos de Carolinas.

Se ha notado, por otra parte, que muy á menudo se hallan juntas varias consonantes en las palabras; pero estudiando con un poco de atención se reconoce que por lo común, en tales casos están suprimidas las vocales de las raíces que entran en la composición de aquellas voces.

Este idioma pertenece al grupo de los aglutinantes y por medio de ciertas sufijas pronominales, ya personales ya posesivas, forma una especie de variante ó declinación para muchos nombres y hasta una conjugación para ciertos verbos.

Hay además otro idioma que se usa para hablar con los principales; pero este lenguaje no es más que una modificación más elegante y sincopada del anterior.

En las islas del Sur existen, sin embargo, las raíces y otros vestigios de un antiguo idioma, que solo se usa hoy en la poesía de los cantos guerreros y religiosos, mezclado y corrompido por el idioma de uso común.

Ya se ha dicho que como curiosa ornamentación del interior de las casas comunales, hay unos dibujos ó figuras de talla que, segun los insulares, relatan los triunfos ó glorias del pueblo, constituyendo

una especie de escritura ideográfica mal conocida de los europeos.

Esto no obstante, los habitantes de Palaos no emplean generalmente esas figuras más que en los casos ya dichos, y para el uso común se valen de unos cordeles en que practican nudos y les hacen el oficio de geroglíficos ó letras.

Tales hechos traen á la memoria las claras alusiones que se hallan en los antiguos libros chinos refiriéndose á un sistema semejante que se usaba en ese gran reino de Asia cuando todavía no se habían inventado los primitivos signos gráficos, que sirvieron de precursores á los que hoy se usan todavía.

De todas maneras, tanto las figuras de los Bais como las cuerdas con sus nudos, esperan al curioso que quiera dedicar el tiempo á su estudio.

Los PP. Capuchinos procedentes de Yap han establecido misiones católicas en Korror y Arkolong de las Palaos, y es de suponer que muy pronto comenzarán á notarse en este archipiélago los beneficiosos efectos de la cristiana cultura.

CAPÍTULO V

ISLAS PALAOS

TOBY.

Llamada también Lord North, es la más occidental del archipiélago, y marca por lo tanto el extremo de los dominios españoles por esa parte de la Micronesia. Fué descubierta en 1710 por el capitán Woodes Roger, y Carteret la llamó en 1767 Poa Kehill, que es el nombre de una clase de árboles que allí se encuentran; Thomson la denominó San Cárlos en 1772.

Es una isla pequeña, baja, con una depresión hácia su centro que es la representación de la antigua laguna y es en donde se hallan principalmente las plantaciones de sus habitantes.

Son notables las casas de estos insulares que las construyen según modelo diferente del que se usa en el resto de Palaos, y aún de Carolinas. Estas son de planta rectangular y constan de dos pisos, si bien es cierto que el superior solo suele utilizarse para guardar objetos necesarios y muy apreciados, aunque á veces se convierte también en dormitorio del jefe de la casa.

Además de una divinidad superior, tienen otras de órden secundario llamadas laris, y tienen su templo donde existen doce idolillos, además de una tabla sobre la cual se supone que reside temporalmente la divinidad superior, y lo mismo que en Ualan, la más oriental de las islas Carolinas, se convoca á las fiestas religiosas por medio del caracol que hace las veces de la campana en nuestros templos.

Conservan también vestigios del Tabú, y purificaciones para las mujeres, para los que han tocado un cadáver y para otros muchos casos.

Los cadáveres son muy á menudo confiados al mar cuya corriente debe conducirlos al otro mundo; los niños son enterrados puesto que no sabrían dirigir su embarcación.

PULU ANA.

Llamada también Pulu Anna, Ful, Pul ó Wal, fué probablemente descubierta por el barco inglés *Warwik* en 1761. Carteret la llamó Current en 1767. Tiene buenos bosques y está habitada.

SAN ANDRÉS.

Llamada así por el español Padilla que la descubrió en 1710. Es un atol sobre cuyo arrecife se hallan dos pequeñas islitas bajas y habitadas, que distan una de otra poco más de media legua. La más septentrional se llama Sonsorol, y la otra que es mayor Kazagube.

La isla de Sonsorol es tristemente célebre por el trágico fin que hallaron en ella catorce españoles que iban en una expedición destinada al descubrimiento de los Palaos, de cuyo suceso queda hecha mención en lugar oportuno.

PULU MARIA.

Llamada también Marír, fué descubierta probablemente por el barco *Montrose* en 1761, pero en los mapas suele señalársela con el nombre Warren Hastings. Es una isla de media legua de largo y que por el Norte y Sur se prolonga en largos arrecifes: su parte septentrional más baja tiene muchas palmas.

ANGAUR.

Es la trascripción española del nombre indígena Ngaur.

Forma el extremo S del arrecife de Palaos y se halla separada de la isla de este nombre por un profundo canal de una legua, aunque están unidos por el mismo fondo de coral, pero solo tiene un arrecife de costa independiente del anterior.

Su terreno es madrepórico.

GRUPO PALAOS.

Los ingleses las llaman Pelew, lo cual

acaso no sea más que una mala trascripción del nombre que las dan los españoles.

El descubridor de estas islas fué Villalobos que en 1543 las llamó Arrecifes; Egoi descubrió en 1712 las diferentes islas del grupo de Palaos al ir en busca de Sonsorol por órden del Gobierno español, aunque en 1783, dos siglos y medio después, se proclamó Wilson su descubridor, cuando estrelló su buque en aquellos arrecifes; después, en 1800, fueron visitadas por Ibargoitia.

El grupo llamado propiamente de Palaos está formado por tres grandes arrecifes de notable longitud, sobre todo el que sigue la dirección NE., pues los otros dos no son tan grandes; el uno de estos se dirije hácia el SO. y viene á ser como la prolongación del primero: el último parece casi perpendicular á los otros.

Estas grandes murallas coralinas presentan algunas brechas ó hendiduras que forman pequeños canales.

En el lugar de confluencia de los tres muros se forma un gran triángulo de piedra madrepórica, sobre el cual descansan casi todas las islas de este grupo, las cuales están, por lo tanto, rodeadas de peligrosos arrecifes.

Al N. se halla el gran canal de Kosol limitado por el banco del mismo nombre

En las islas del N dominan los terrenos volcánicos; pero las que se hallan hácia el S. tienen el suelo madrepórico.

En este grupo es el clima también distinto para el N. y el mediodía. La mayor parte de sus islas se hallan sometidas á la influencia de la monzón; pero las del S. no sienten ese cambio periódico, lo cual sirve á los indígenas para dividir las islas en dos clases: las del N. llamadas Baobel-Zaob ó país alto, y las del S. que se denominan Aol-Zaob ó país bajo.

Siendo imposible citar todas las islas del grupo, daremos una sucinta reseña de las principales, que son los siguientes:

PELELIÚ.

En el ángulo SO. del gran triángulo central del arrecife, se halla la isla Peleliú llamada por los ingleses Pelew ó Pelelew.

Es de forma irregular y mide poco más de dos leguas de longitud, presentando hermosos bosques. Su terreno es de formación madrepórica.

Entre esta isla y Angaur existe un profundo canal

Los habitantes de Pelelíu parecen más holgazanes que sus vecinos; las mujeres cultivan también el campo.

Las casas particulares y las comunales denominadas Baïs, llaman sin embargo; la atención por lo limpias. Tienen además muy adornadas casetas pintadas de rojo y que son una especie de templos para sus dioses tutelares. Además conservan un tipo tradicional para los templos de los dioses de superior gerarquía. Estos edificios son de planta octogonal y están pintados de blanco, amarillo, rojo y negro.

EIL MALK.

Llamada también Erakong por Horsburg.

Hállase á unas ocho leguas al NE. de la anterior, á la que se encuentra unida por el muro de arrecife que sostiene además, entre ambas, varias isletas.

La pared de coral está cortada por el N. y S. de esta isla formando en cada lado un pequeño canal.

OLOBEZAPEL.

Es una pequeña laguna secundaria com-

prendida dentro de la principal y formada por el arrecife que la cierra, sosteniendo por su lado E. la pequeña isla baja de Iarakong de forma triangular y toda ella madrepórica; por el S. las isletas Akomokan y Uruguit y en el O. el grupo de Imilis.

URUKZAPEL.

Al NE. de la anterior se halla esta isla que es de forma triangular, constituida por terrenos madrepóricos, que presentan montes elevados, entre los que es digno de mención uno llamado Arendin que se levanta cerca del extremo N.

Hácia el S. tiene una bahía donde se encuentra el puerto llamado Eracon por Horsburg.

ORULONG.

Llamada también Urulong y Aulong, es una isla cuyo diámetro es menor de una legua y se halla situada al O. de la anterior y al N. de Pelelíú y todo su terreno es calcáreo.

De esta isla cuenta Wilson que le fué regalada por los indígenas, ó, mejor dicho,

por el régulo de Korror, y que tomó posesión de ella por Inglaterra en 22 de Agosto de 1783, pero nadie ha dado importancia formal á ese acontecimiento, que Balbi niega en absoluto, lo mismo que otros escritores.

KORROR.

Comercial y políticamente considerada, es quizás esta la más importante de las islas del grupo de Palaos, por lo cual, como ya queda dicho, se ha fundado en ella y en el pueblo del mismo nombre una misión católica. El nombre de este pueblo es más bien Goreor, y los indígenas llaman á la isla Arklilden.

Es Korror de cerca de tres leguas de largo y su territorio tiene montes volcánicos.

Al N. se halla el canal de Armit que es muy profundo, aunque bastante estrecho.

Al O. se halla el puerto que lleva también el nombre de Korror y es el mejor del archipiélago. Está formado por las islas Olupenkel al NE., Malakal al O. y Urukzapel al S., tiene muchos bajos que es preciso ver bien á la entrada, que tiene bastante peligro.

Cuenta además con el puerto Malacal, en comunicación con el anterior por un estrecho canal, y que es quizás el más cómodo de todos los del grupo, y que además tiene regular aguada.

En el centro de este puerto se halla el pico volcánico de Malacal, de unos 500 metros de altura, constituyendo por sí solo una bonita islita, donde hoy se hallan establecidos unos comerciantes japoneses.

Korror viene á ser el principal centro de comercio de las Palaos.

Los habitantes de Korror son semejantes á los moradores de las islas vecinas, pero en esta se ven algunos pequeños campos sembrados de ubi, gabi, arroz, etc.

Entre estos insulares es rara la poligamia, pero muy frecuente el divorcio.

Sus casas de madera ó caña tienen el piso elevado sobre el suelo por piés derechos y el techo de palma; forman calles que están enlosadas. Cada vivienda suele tener su pequeña huerta y está rodeada de árboles que la dan sombra. Las que pertenecen á los principales tienen en torno las tumbas de los antepasados de sus dueños.

El régulo lleva el título de Abadul y cuenta con un Consejo compuesto de diez principales que resuelven todos los asuntos de interés general.

En la primera mitad del presente siglo muchos barcos filipinos iban á Korror á cargar trepang ó balate.

Como hecho curioso recordaremos la Constitución otorgada en 1861 á las islas Palaos por el súbdito inglés A Cheyne, por la cual se declaraba Rey de todas ellas el régulo de Korror, con el objeto de pactar con este un beneficioso tratado de Comercio.

Las armas de fuego que este régulo se porporcionó con esta protección, le dieron de hecho una superioridad que hoy todavía, solamente le disputa otro reyezuelo de Babelzaob.

Es de advertir que el régulo de Korror, desde que es elevado á tal cargo, desecha para siempre su nombre propio, para usar solamente el de su noble título, que es Abadul, lo cual ha hecho caer á la mayor parte de los escritores europeos en lamentables errores y confusiones.

Esta costumbre se halla también en otras islas de Palaos.

BABELZAOB.

Se la llama también Baobelzaob.

Es la mayor isla del archipiélago y de

ella toma su nombre toda la parte N. del grupo.

Dista de las anteriores unas cuatro leguas y es de forma romboidal con la diagonal mayor dirigida de N. á S.

Se halla situada hácia la parte NE. del triángulo central del arrecife que constituye el grupo.

Mide siete leguas en su mayor longitud y tres en su mayor anchura.

Sus terrenos son calcáreos hácia el S., mientras que se hallan estos desplazados y perforados por los levantamientos volcánicos hácia la parte del N., presentando por este lado altos montes de forma cónica, entre los que será necesario nombrar el de Aremolungul que alcanza cerca de 700 metros de elevación, y el de Ulitel que se le acerca en altura.

Los habitantes de Babelzaob son altos y esbeltos, con la piel de color pardo bastante oscuro, la cabellera rizada y muy á menudo crespa, la nariz es recta, las cejas bastante salientes, la boca un poco grande, pero la cara larga.

Otro tipo hay menos frecuente, con caballera lisa, ojos muy pequeños y pómulos muy grandes.

Los hombres visten un ceñidor que rodean á la cintura y pasan por entre los

muslos; pero, según parece, debe ser esta una prenda casi de lujo, puesto que á menudo no la tienen colocada en su lugar propio, sino que la llevan en la mano.

Las mujeres llevan un mandil por delante y otro semejante por detrás.

En las orejas se cuelgan pendientes y flores.

Además del tatuaje usan la pintura de curcuma y en el moño la peineta.

Tienen casas de planta cuadrangular y que miden unos diez metros de largo por tres ó cuatro de fondo. El piso es de caña y por medio de piedras está elevado unos cincuenta centímetros sobre el suelo. No tienen tabiques interiores, y los exteriores son de tejido de caña, de unos cuatro metros de altura y tienen una ó dos aberturas que á la vez hacen el oficio de puertas y ventanas. Las casas están separadas entre sí, hallándose cada una situada en medio de una huertecilla con arbolado.

En estas habitaciones no duermen nunca los hombres, que pasan la noche en el Bay.

La casa de los jefes tampoco puede ser pisada por los de clase inferior.

Cada distrito tiene á veces dos jefes, uno político, que es el principal, y otro que viene á ser el caudillo, y cada uno

de estos tiene su Bay, ó por lo menos capitanea una de las hermandades de señores.

En cada clase hay varias de estas asociaciones, y cada una parece que reune los indivíduos que tienen determinada edad.

Desde los cinco á seis años, entran los jóvenes en estas hermandades, donde se les da una educación cívico-militar, adiestrándoles en los trabajos que han de ejercer en común, y á medida que avanzan en edad van pasando á las otras hermandades.

Estos isleños se dedican bastante á la pesca.

Aunque muy en pequeño, cultivan la tierra, pero los trabajos de campo son á menudo confiados á las mujeres.

Cambian el balate ó trepang, el coprax y el carey, por armas, pólvora, cuchillos, telas, aguardiente y herramientas.

En esta isla se halla el régulo que lleva el título de Arclay ó jefe de Molegoyok, que se considera como una especie de diminuto soberano, al que están sometidos los régulos de otros pueblos, de modo que para la mayor parte de los escritores, todo el grupo de Palaos está dividido en dos partes, la del N. sometida á este Arclay, y la del S. que pertenece al Abadul de Korror.

El Arclay de Babelzaob tiene, como su émulo de Goreor ó Korror, un consejo de diez principales; cada uno de estos tiene su título distintivo, y reunidos todos, toman las determinaciones de interés general.

ARCANGEL.

La llaman también Aruangel, y Donglás la denominó en 1718 Goodlookout ó sea Buenavista, pero los naturales del país la llaman Ngaruanguel y es un atol que sostiene dos islitas.

Se halla situada á 5 leguas al NO. de la anterior, y determina el extremo septentrional de las islas que forman el archipiélago de las Palaos.

KAIANGEL.

Llamada también Craiangel y Moore, es un atol con un arrecife que sostiene cuatro isletas habitadas, que cuentan con hermosos bosques.

Dista de la anterior unas 5 leguas. Una legua al SE. de Kaiangel se halla el banco de Kosol que marca el célebre canal del mismo nombre.

CAPÍTULO VI

ARCHIPIELAGO DE CAROLINAS

Los españoles descubrieron este archipiélago, ó, mejor dicho, algunas de sus islas en los viajes que desde América hacían con rumbo á Molucas, y según algunas probalidades Diego de Roche en 1525 á 1526 descubrió á Lamoliork, y en 1595 Lorenzo de Barito algunas islas deshabitadas; pero lo más cierto es que en 22 de Agosto de 1526, Toribio Alonso de Salazar que había llegado á ser por sustitución el jefe de la expedición de Loaisa, fondeó en la isla de Suk á la cual denominó isla de S. Bartolomé; en 1686 el piloto Francisco Lezcano descubrió y tomó posesión en nombre de España

de una de las islas de este Archipiélago que no ha sido posible determinar después, aunque se cree que sea la de Yap, pero á la que se sabe que llamó Carolina. Otros navegantes han descubierto algunas de estas islas, sobre todo en los viajes por el Pacífico con rumbo á China y Japon hácia mediados del siglo pasado, y en 1817 las visitó el capitán ruso Kokrbus; en 1819 el capitán francés Prespinet; en 1824 el de la misma nación Duperrey; en 1826 Dumon D' Urville; y en 1828 el capitán ruso Lutke.

El archipiélago se compone de un gran número de islas cubiertas casi todas de vegetación exhuberante, representando una cadena de esmeraldas sobre las azules aguas del Oceano Pacífico que cruzan aquellas de Occidente á Oriente, teniendo por el N. á las Marianas, por el E. á los archipiélagos de Marshall y Gilbert, por el S. á Nueva Guinea y por el O. á las Palaos; y ocupa una extensión de unos 27 grados de longitud próximamente, ó sean 540 leguas; formando una extensa faja que constituye casi toda la base del gran triángulo de la Micronesia Española.

Siendo todas estas islas muy pequeñas, su territorio efectivo es tan exíguo que no pasa de sesenta leguas cuadradas.

Al principio llamaron á este archipiélago con el mismo nombre de Palaos que los españoles daban á las islas que ellos primero habían visitado en el O., después se propuso en 1705 por el P. Serrano que se las llamára Nuevas Filipinas, lo que no ha tenido gran aceptación, y desde 1686 se vienen llamando Carolinas por extensión del nombre dado por Lezcano á la isla de Yap.

En el archipiélago solo hay pocas islas altas con montes volcánicos, aunque ningún vestigio de cráter se haya descubierto, lo que, contra la opinión de algunos geólogos, basta para indicar su orígen submarino en concepto de otros. Las demás islas son todas bajas y madrepóricas; la mayor parte son atoles.

Su vegetación es más rica que en Marshall y las próximas orientales, hasta el punto de marcar profundas diferencias. Cuentan, en efecto, con toda la flora polinesia, pero en ellas aparece, más acentuada cuanto más al O. se la considera, una influencia ó representación de las plantas de Molucas y Filipinas, á pesar de lo cual el número de especies no llega á doscientas. Los helechos son muy abundantes y poco menos las palmas y pándanos, tampoco faltan cipereas como no sea en algu-

nos puntos cubiertos de bosques, los cuales presentan, sin embargo, árboles poco variados entrelazados por lianas; las rizóforas hállanse cerca de las costas, formando un cinturón á las islas; después sigue otra zona de árboles frutales ó de cultivo, y por último, aparece hácia el centro el bosque, donde dominan los ficus, mezclándose con artocarpos, limones, algunas coníferas en la parte oriental y otras pocas especies.

Al hablar de la flora de esta parte de la Oceanía es preciso hacer especial mención del célebre árbol del Pan, ó sea la rima, cuyo fruto constituye el principal alimento de los carolinos, y de la palma del marfil por su gran porvenir industrial

Más pobre aún es la fauna compuesta entre los mamíferos de una rata y un murciélago, no contando, por supuesto, los animales domésticos introducidos modernamente; se cuentan además como unas cincuenta especies de aves, todas semejantes á las de los archipiélagos próximos, pero pocas idénticas; las aves de rapiña son muy raras, los papagayos solo cuentan una especie, tampoco hay muchas palomas, más abundan los pájaros, sobre todo en los grupos centrales en donde está la isla llamada de Pájaros por las muchas avecillas que en ella tienen tranquilo abrigo; las

gallinas se hallan por doquiera en estado salvaje, y hay muchas aves acuáticas. Los reptiles apenas existen más que en las islas altas que cuentan con unas cuatro especies Apenas tienen insectos, poquísimos escarabajos, algunas mariposas, y las moscas y sobre todo los mosquitos son los únicos molestos por su gran número.

Pero, en cambio, los animales acuáticos son bastante numerosos. Hay delfines, dos especies de tortugas y algunas culebras de mar. Entre los peces hay muchos endémicos y otros índicos. Hay abundancia de moluscos, más aún de crustáceos y todavía más de zoofitos, descuellan los célebres holoturios con que se prepara el trepang ó balate, que es un gran artículo de comercio.

El clima es húmedo y apenas se interrumpe la estación de lluvias: la temperatura es poco variable, pero oscila entre veinte y treinte grados, según las islas. Los vientos reinantes son los llamados de Monzon, ó sea el alisio del NE., cuyos límites variables durante el año establecen la periodicidad de las corrientes aéreas del NE.

La población de todo el archipiélago se calcula en unos 50.000 habitantes.

Los carolinos son de tipos algo diversos, notándose en ellos productos de diferentes

mezclas, como sucede siempre en todos los pueblos costaneros y navegantes.

Desde luego hay que señalar un tipo negroide, poco numeroso en cuanto se consideran los rasgos propios como dominantes, pero que se descubren como persistentes en las mezclas con otras razas.

Tampoco es posible desconocer la influencia del tipo malayo que, á veces, se parece el análogo de Filipinas, y el polinesio semejante al de la parte oriental de la Oceanía, y también se conoce el influjo mongólico.

Pero lo que caracteriza antropológicamente al archipiélago carolino es el tipo micronesio, que tiene dos variantes.

En la primera, son individuos de elevada estatura que aumenta en las islas centrales, fornidos y esbeltos, de color vario sobre fondo pardo pero más generalmente oscuro.

La cabeza es muy larga con un índice de 70 y también hasta de 68; la frente es alta y despejada, á veces abombada, el occipucio muy prominente también, el cráneo alto suele estar aquillado, los procesos condíleos muy manifiestos.

La cabellera muy abundante es de un negro algo reluciente y á veces ondulada y hasta rizada, la barba no es del todo excepcional y á menudo muy poblada.

La cara suele ser alargada, aunque sobresalen algo los pómulos, sobre todo hácia adelante; las cejas salientes, las órbitas grandes y casi cuadradas, los ojos oscuros, vivos, con aberturas grandes, de mirada inteligente y noble, la nariz recta, saliente, aguileña, con lóbulo marcado, anchas ventanas, prognatismo perceptible, lábios gruesos, boca rasgada, ángulo facial de 78 grados.

Este tipo suele verse muy alterado por antiguas y modernas mezclas con polinesios, malayos, negros, chinos, japoneses y otros muchos.

La segunda variante es también de buena talla, color aceitunado, cabello liso, frente baja, vertical, ancha y plana, occipucio á veces aplanado, ojos oscuros, órbitas rectangulares y anchas, nariz recta y ancha por abajo, pómulos enormes y muy echados hácia los lados, arcos cigomáticos grandes y salientes; la cara es ancha, la boca grande y poco el prognatismo.

El tatuaje se usa en grado diverso en las distintas islas; á veces es poco menos artístico que los mejores de la Polinesia, y se practica según el mismo procedimiento. También aquí se encuentran las incisiones y quemaduras longitudinales constituyendo una especie de tatuaje, pero

esta forma es más común en el tipo negroide. La mayoría sigue la práctica de picar la piel con espinas y frotar las heridas con una materia colorante. Esta operación se practica á la edad de la pubertad y suele ir acompañada de ceremonias religiosas. Nunca ó muy rara vez se pintan de ese modo la cara: los nobles son los más pintarrajeados, las mujeres menos que los hombres, y las clases humildes suelen estar privadas de este adorno.

No es raro ver á los carolinos completamente desnudos; pero el traje, cuando existe, suele componerse de una especie de maro polinesio, y de un ancho cinturón á veces muy artístico; en algunas islas usan además una especie de tonelete, compuesto de un cinto del que cuelgan numerosas tiras sueltas unas de otras; los más vestidos usan una especie de ponche americano, como muchos polinesios, y gastan una especie de salacot ó sombrero chino. Por último un traje europeo más ó menos alterado suele verse en las islas donde han parado los misioneros.

Llevan el pelo largo y se adornan la cabeza con plumas, guirnaldas, flores, y peines; en muchas islas se arrancan el vello de la cara. Se agujerean las orejas y agrandan el orificio introduciendo en él

tarugos cada vez más gruesos, algunos tienen varios agujeros en la misma oreja, y en todos ellos llevan pendientes, piedras, cilindros, botones, hojas, flores, anillos y otras baratijas. Usan collares semejantes y pulseras y otros adornos análogos en las piernas, pero en algunas islas existen brazaletes que solo pueden usar los nobles como distintivos de especial gerarquía. En algunas islas horadan también la nariz adornando el agujero como en las orejas, pero esta costumbre parece tomada de los negros.

Las habitaciones de los carolinos son algo diferentes en las distintas islas. Sin embargo, son todas de planta cuadrangular con el piso elevado de algunos centímetros á un metro y la techumbre se prolonga mucho, llegando á veces al suelo; tienen una ó dos puertas, á veces demasiado pequeñas. Los principales suelen tener un espacio cerrado dentro del cual hay varias casas semejantes para sus mujeres, y otras mas especialmente destinadas para guisar, comer, dormir, etc.

Las viviendas están separadas entre sí, pero forman grupos ó aldeas, generalmente cercanas á la costa. Estas poblaciones están á veces cercadas con muros, mas comunmente con caña ó madera. Las calles

son muy hermosas en algunos pueblos, y estos se unen unos con otros por medio de buenos caminos: en varias islas son verdaderas calzadas de piedra.

Otra cosa muy notable en estas aldeas es la casa comunal, de la misma forma que las demás, pero mucho más grande, sólida y adornada con arte. En ellas se reunen sus jefes para sus consejos, es el parador obligado de los extranjeros y refugio nocturno de los varones que se hallan asociados en ciertas corporaciones civiles ó guerreras que son muy comunes entre los carolinos.

El arte de la construcción ha degenerado en estos pueblos, á pesar de lo cual son en este sentido bastante notables, pero las ruinas descubiertas en esas islas, así como sus puertos y canales artificiales, los caminos y otras construcciones de piedra demuestran hasta la evidencia que antiguamente eran muy hábiles en este ramo.

La agricultura no está muy adelantada, pero sin embargo son más trabajadores y más inteligentes labradores que otras razas de la Oceanía, si bien hay que hacer numerosas distinciones, puesto que mientras en algunas islas hay muy asíduos agricultores, en otras se cultiva con muy poco cuidado.

En cambio, la pesca se practica con gran inteligencia en casi todas las islas, y las mujeres se dedican con preferencia á mariscar.

Conocida es la fama de los carolinos como navegantes, pero sobre todo los de los grupos centrales tienen bien merecido su renombre. Sus embarcaciones son especialísimas, y aunque muy á menudo se ha exajerado al hablar de ellas, son muy dignas de estudio por más de un concepto. Está formado su fondo por un tronco ahuecado y los costados por tablas que hacen generalmente del árbol del pan: los dos extremos punti agudos y levantados son semejantes, lo que les quita la necesidad de virar en redondo; á menudo es plano uno de los costados. De uno de estos parten las perchas complicadas que sostienen la batanga ó balancín paralelo al casco, y en el opuesto lado llevan una plataforma que sostiene una caseta para las provisiones. El casco se pinta de negro por abajo y rojo por arriba y se adorna con figuras de talla ó conchas y caracoles. Usan una vela triangular algo parecida á las llamadas latinas, pero no tienen áncoras, que sustituyen á veces con piedras.

Estas embarcaciones alcanzan á veces una velocidad que se acerca á cuatro leguas por hora.

Hay que observar que la doble embarcación propia de la Polinesia es completamente desconocida en esta parte de la Oceanía, y que los carolinos hacen sus grandes viajes por dos procedimientos muy especiales, pero siempre sin el conocimiento del compás que gratuitamente se les atribuyó. En primer lugar, siguen su rumbo durante la noche por el conocimiento que tienen de algunas constelaciones, pero además hacen sus grandes viajes en pequeñas escuadrillas, cuyos barcos permanecen siempre unos á la vista de los otros, ocupando así una gran línea, y el primero que casualmente descubre una isla se lo participa á los más próximos por medio de señales, éstos á los otros, y de este modo, reconocen el lugar donde se hallan.

Los carpinteros constituyen una especie de casta especial en muchas islas y ellos solos son los encargados de hacer las viviendas y las embarcaciones.

El tejido es también muy digno de tenerse en cuenta porque si en la Polinesia y la Australasia es desconocido totalmente este arte, en cambio los carolinos y sus congéneres desconocen el telar malayo, empleando un artefacto muy simple y muy especial, con el que hacen preciosas telas con fibras vejetales.

Hasta la llegada de los españoles, sus utensilios eran generalmente de piedra, si bien en algunas islas se hacen ollas y otros artefactos de barro.

La religión de los carolinos, aunque mal conocida y algo variable según las localidades, parece que tiene una divinidad superior de la cual proceden otras dos que algunos han interpretado mal, confundiendo sus nombres, y creyendo en una especie de trinidad de la cual no existe idea ninguna en la religión de esos isleños. El dios principal es el padre, de éste procede el hijo y de éste el nieto, cuyo nombre han traducido equivocadamente algunos escritores, por paloma ó ave, con lo cual se hacía más notable y sorprendente el fenómeno.

Pero las más comunes y numerosas divinidades son las de órden secundario, que son deificaciones de los antiguos caudillos, conocidas en cada localidad con un nombre genérico especial.

Los templos solo se ven en algunas islas, pero no suele faltar algo que los sustituya, bien en las casas comunales, bien en esos recintos especiales, que son al menos recuerdos de los antiguos cementerios, constituidos por una terraza á menudo construida con una cerca de piedra y relleno su recinto con tierra y arena, formando así

una plataforma especial á donde se sube por una escalera de piedra: en la plazoleta hay á veces una casita en donde á menudo tienen ídolos. Todo ello recuerda algunos marais polinesios y también algunas plazas ó terrazas de ciertos monteses de Luzón.

Tienen sacerdotes que suelen gozar de gran influencia. El culto consiste en ceremonias para las ofrendas de comestibles y algunas oraciones, pero hácia el Oriente se encuentran las fiestas en que se bebe la Kawa, recordando la costumbre de la Polinesia. Todas las fiestas tienen por base la danza y el canto; algunas duran muchas semanas y es digna de notarse la importancia que en ellas tiene la trompeta guerrera hecha con un caracol especial, que en algunas partes es patrimonio exclusivo de la religión.

El tabú de los polinesios se encuentra también en Carolinas, pero con algunas modificaciones que le hacen muy digno de estudio, puesto que hácia el O. vá convirtiéndose en una simple indicación, semejante aunque mucho más potente que las leyes de urbanidad en Europa.

El tabú propiamente dicho, como es bien sabido, viene á ser una especie de

interdicción cívico religiosa, de inviolabilidad moral y material.

Los cadáveres son tratados de muy diferente manera en las distintas islas. Lo más general es que á los de gente principal se les envuelva cuidadosamente en esteras después de perfumarlos, y en una pequeña embarcación cubierta con otra semejante; se les entierra ó se les ponga en una casita ó cementerio, de donde se les vuelve á sacar algún tiempo después para recojer los huesos, que se limpian y se colocan entónces en un lugar conveniente, por lo general en la costa, y á veces se señala el sitio con un pequeño monumento en forma de pirámide truncada. Otros queman el cadáver, conservando sus cenizas en lo alto de la casa. En algunas islas parece que se acompaña la ceremonia con sacrificios humanos.

Los de clase ínfima son, en cambio, confiados al mar en una pequeña barquilla.

Lo más sorprendente de los carolinos es indudablemente su organización social, que apenas han podido comprender los europeos.

Por doquiera se observa, sin embargo, una notable semejanza en el fondo que es preciso no olvidar para no desorientrase con insignificantes diferencias.

Todos estos pueblos están divididos en dos clases principales, casi en dos castas, y acaso esta calificación explicará mejor su orígen, perdido en la noche de los tiempos y encubierto por costumbres posteriores, nacidas de sus desconocidas vicisitudes históricas.

La clase superior de jefes y caudillos lleva diferentes nombres en las islas, pero siempre son los que gobiernan, pudiendo hacer uso del tabú, y entre ellos suele haber un régulo, al cual están sometidos algunos de esos gobernantes, que jamás se acercan ni hablan á su jefe sin grandes ceremonias, entre las cuales suele contarse la prosternación. Los grandes personajes, sin embargo, constituyen á veces una especie de consejo supremo, pero sus facultodes no son más que consultivas en estos casos. El gran derecho de los nobles consiste en separarse de su jefe ó reyezuelo después de darle aviso y llevar su valimiento á otro régulo semejante. Estas relaciones políticas de los caudillos entre sí, parecen más bien indicios de confederaciones solo momentáneas y no consecuencia de conquistas como muchos han creido. Las armas, sin embargo, tienen también su influencia, pero como la derrota de un régulo cuesta cara en especie á sus subordinados, sucede á menudo

que los caudillos cambian voluntariamente de señor, buscando lo que más creen que les conviene, unos en el vencedor, otros en alguno que ha permanecido neutral.

Así se explica el poco valor que tiene la determinación de los distritos territoriales, á que suelen llamar pomposamente Estados y Reinos casi todos los viajeros. Los españoles son muy propensos á caer en esa tentación.

La clase baja, en cambio, está completamente sometida de hecho y derecho á los caudillos, que reciben á su vez de ella los mismos honores y consideraciones que los principales otorgan al régulo, donde existe. El caudillo es general, juez, gobernador y á menudo sacerdote, faltándole muy poco para ser también un dios. La sumisión de los carolinos á sus jefes es, por consiguiente, incondicional, admitiendo su inteligencia con gran dificultad las distinciones de mando, pero exigiendo, en cambio una igualdad en la justicia que emana de sus viejas tradiciones y está santificada por la costumbre. El hábito de obedecer, teniendo por justo y conveniente el mandato del jefe, como expresión de la ley tradicional en combinación con la conveniencia del momento, establece en estos pueblos una disciplina envidiable, tanto

pata el gobernante, como para los gobernados.

La diferencia material entre las dos clases radica en el derecho de propiedad, puesto que solamente los caudillos poseen el territorio, en el que trabajan los de clase inferior, con lo cual se explica la interdicción del tabú, que convierte en inviolable el objeto sobre que se impone, castigando á los infractores con severísimas penas, como violadores del derecho de propiedad que es á la vez el derecho político, aunque luego por extensión haya venido á reconocerse la facultad de imponer el mismo veto á las personas. La verdadera esclavitud casi no existe, por consiguiente, en Carolinas, aunque la clase baja pueda considerarse como en una especie de servidumbre. Sin embargo, los prisioneros de guerra son en algunas islas verdaderos esclavos.

Esta organización política dimana probablemente de una época de conquista en que la raza invisora impuso el yugo á los antiguos habitantes de las islas, reservándose el derecho de propiedad de los territorios conquistados y explotando á los vencidos, pero la riqueza y propiedad territorial son hoy el único signo del poder.

Junto á este organismo político se levanta otro más incomprensible todavía para

los europeos. Existen, en efecto, una especie de asociaciones, análogas á las hermandades de Palaos, en las cuales entran desde luego los nobles, pero que no son exclusivas de ellos, y que forman por sí solas pequeños estados, con organización especial y hasta con ciertos ritos más ó menos secretos.

Pero observando con detenimiento, se ve que estas asociaciones son más potentes cuanto más se acercan el O. donde acaban por constituir verdaderamente el estado político, pudiendo pasar los miembros de una á otra asociación por su sola voluntad y sin más requisito que advertirlo préviamente á sus correligionarios: algo semejante, en fin, al derecho de los nobles con relación á los régulos. Además, los vestigios de esas asociaciones se hallan también en otras muchas partes de la Oceanía.

Por último, solo los caudillos pertenecen por derecho propio á estas asociaciones que conservan los ritos tradicionales de raza.

En las Carolinas Occidentales, así como en Palaos, existen asociaciones semejantes para las mujeres que se gobiernan aisladamente como los hombres en sus grandes casas comunales. Es de advertir que cada una de las hermandades de hombres aparece como un cuerpo de ejército con su caudillo á la cabeza en caso de guerra, mientras que en

tiempo de paz, en las de ambos sexos trabajan sus miembros juntos para el pró comunal, y en los sitios en que es más poderosa esta costumbre se conservan con veneración las tradiciones, pero se ha perdido el secreto de los ritos.

Estas consideraciones y otras á ellas análogas, permiten suponer que en los primeros tiempos de la dominación, los oprimidos conservaron sus antiguas costumbres patriarcales viviendo en común varias familias ó quizá solo sus jefes, que practicaban en secreto los antiguos ritos, y acaso abrigaban la esperanza de sacudir el extranjero yugo. En previsión de este último extremo, impusieron los vencedores su derecho de pertenecer á la secreta sociedad que aquellos formaban, aceptando los ritos vigentes á cambio de su seguridad cuando todavía unos y otros gozaban gran prestigio. Desnaturalizados de esta suerte los antiguos focos de patrióticas aspiraciones, han ido convirtiéndose en las actuales hermandades, algo distintas entre sí, según el diferente predominio que alcanza en ellas el influjo tradicional ó el político, que en realidad se hallan mezclados en todas.

Esta manera de ser del estado político, hace que los carolinos sean buenos gue-

rreros; aunque no son en general belicosos y solo aquellos de las islas altas suelen aficionarse á las represalías y combates, pero no faltan otras islas en donde nadie usa las armas.

Estas eran antiguamente de piedra y concha: la principal era la lanza con a punta de piedra ó espina, pero acaso fuese más útil otra corta y arrojadiza que también usaban, hecha solo de madera y afilada en ambos extremos endurecidos al fuego, usaban también la honda, arma temible en sus manos, no así el arco que solo llevaban excepcionalmente y para la caza y es arma que parece tomada de los negros; por último habrá que señalar la presencia, sobre todo en el O., de una especie de plancha lanzadora que recuerda las australianas y que, sin embargo, no se usa por las razas oscuras de Carolinas, sino por las de color más claro, así como la pequeña maza, también arrojadiza, que tampoco tiene semejanza con el bumerang de los australianos.

Con los europeos se introdujo el hierro, cesando en gran parte la edad de piedra para estas islas. Más tarde se han introducido también las armas de fuego, para cuyo manejo manifiestan los indígenas una gran aptitud.

Sin embargo su instinto belicoso no es muy grande, y las guerras no tienen entre ellos gran importancia, por más que á veces manifiestan mucha crueldad con el vencido; pero lo general es que no empiecen las hostilidades sin declararse antes enemigos, y se terminan las luchas por medio de un concierto entre los beligerantes, á veces cuando solo se ha causado el primer muerto; verdad es que antes se han perjudicado los enemigos cuanto han podido, destruyéndose mútuamente los sembrados ó de cualquier otro modo análogo, pues todos son válidos, con tal que dañen al adversario.

La poligamia es lícita entre carolinos; en algunas islas no pueden tener más que una esposa, pero los ricos tienen en otras partes todas las que pueden mantener. Analizando, sin embargo, este asunto, parece que siempre hay el vestigio de una sola legítima esposa, aunque puede ser sustituida por medio de una especie de divorcio.

Las bodas se celebran en familia; el pretendiente una vez convenido con la nóvia hace algún regalo á los padres de ésta y dá un convite á los parientes y desde entonces la mujer queda constituida como legítima esposa.

En cambio, la mujer soltera goza una libertad, ó mejor dicho libertinaje, que la

lleva desde la primera juventud á las casas comunales de hombres, en donde reina un completo desenfreno, sin que esto perjudique en lo más mínimo á la buena fama de la muchacha, que en cuanto encuentra esposo es tan respetada como honesta.

Solo la fuerza de la costumbre puede explicar esas diferencias de criterio entre los distintos pueblos, pero debe reconocerse que, en todos los casos y en todas las condiciones, la mujer es bien considerada en Carolinas.

Esto no obstante, se ve siempre que el tabú ha separado á la esposa del esposo, y en el Oriente no pueden comer juntos y no suelen reunirse como no lo exijan sus ocupaciones.

Parece que el infanticidio no se practica en parte alguna, como no sea en Nukuor, isla poblada por emigrantes polinesios.

El comercio es muy activo entre los carolinos y saben buscarse mercados á favor de sus ligeras embarcaciones que no dudan en alejarse más de cien leguas de sus puertos.

Así llegaban antes á Marianas donde cambiaban sus escasos productos consistentes en bolas de tinte amarillo, taparrabos, pendientes y collares de cáscara de

coco y conchas, esteras, anzuelos de nácar y varias clases de conchas.

En Carolinas se hablan diferentes idiomas, que sin embargo de ser muy mal conocidos han sido clasificados como pertenecientes á la familia especial de los micronesios, perfectamente separables de los que se hablan en Polinesia, en Melanesia y Malasia, aunque unos y otros tengan algunas palabras y aún algunos giros comunes.

Es muy de notar que, según se asegura, en la parte occidental y aún en la oriental existe una especie de escritura simbólica ó ideográfica que viene á ser una tosca representación de los hechos que se quieren conmemorar, pero hay un convencionalismo especial, que todavía no se ha estudiado de un modo conveniente.

La primera tentativa de los españoles para establecerse en Carolinas data de muy antiguo.

Ya se dijo al hablar de las Palaos que bajo este nombre se comprendían también las Carolinas antiguamente, al menos las Occidentales, y que la mayor parte de las embarcaciones que arrastradas por las corrientes llegaban á Filipinas y se dicen procedentes de Palaos, eran en realidad carolinas.

Las dos barquillas que llegaron á Guiguan en el SE. de Samar en 28 de Diciembre de 1696 procedían de la isla de Fais en las Carolinas Occidentales. Los tripulantes de esas barcas encontraron en el pueblo citado de Samar á dos mujeres carolinas que también habían arribado á dicho punto en otra expedición semejante.

En 1725 llegó también á la costa de Baler una embarcación semejante á las anteriores con más de veinte tripulantes, pero no se ha precisado la isla de su procedencia.

Ya hemos dicho al hablar de las Palaos las frustradas expediciones que desde Filipinas partieron para las mencionadas islas.

El 19 de Junio de 1729 llegó al E. de Guajan una embarcación tripulada por once hombres, siete mujeres y seis niños, y el 21 arribó al O. de la misma isla otra barquilla con cuatro hombres, una mujer y un niño; y reunidos por la autoridad española los de ambas embarcaciones, resultó que las dos procedían de Faroilap, en las Carolinas Centrales, y que habían sido llevadas á Marianas por vientos contrarios al objeto de su navegación.

El 11 de Mayo de 1730 salió de Marianas el P. Cantova con otros españoles, acompañando á los carolinos que habían de regresar á su isla, mas no se consiguió verla, y abandonados por los guías que se tiraron al mar continuaron su viaje á Manila.

Volvió el P. Jesuita otra vez á las Marianas y el 11 de Febrero de 1731 salió con el P. Walter y doce soldados, sirviéndoles de práctico un carolino, y llegaron el 4 de Marzo á Mogmog: de allí pasaron á Falalep donde fueron bien recibidos, por lo que volvió el P. Walter á Marianas, para dar cuenta del buen éxito de la empresa y en busca de socorros; pero los vientos le llevaron á Manila.

En 1733 volvió el P. Walter con cuarenta hombres á Falalep; pero nadie contestó á sus señales y entonces observaron que la casa y la iglesia edificadas por el P. Cantova se habían quemado y que los indígenas huían hácia el interior. Uno de estos refirió luego que el P. Cantova fué asesinado en Mogmog, á donde había ido para bautizar á un principal adulto, y sublevados después los carolinos, sacrificaron también á los otros españoles de la colonia.

Hácia fines del siglo XVIII empezaron á llegar á Marianas algunas barcas de Ca-

rolinas que hacían un pequeño comercio, y muchos de los tripulantes se establecían en estas islas, fundando á veces pequeñas poblaciones, de las que todavía subsisten algunas.

Los buques balleneros que tenían una gran estación de Marianas descubrieron al fin las mayores ventajas de las Carolinas, y han abandonado casi por completo su antigua escala, mientras que visitan con gran frecuencia Yap y sobre todo Ponapé, que con sus hermosos puertos y riqueza de frutos brinda á los navegantes con un hospitalario refugio en las grandes travesías del Océano Pacífico.

Algunos metodistas americanos se establecieron en las Carolinas, sobre todo en Ponapé, donde han introducido alguna cultura desde 1852, extendiendo el uso del vestido más ó menos europeo, fundando escuelas y comerciando con los indígenas, á quienes han adiestrado en el manejo de las armas de fuego. A estos misioneros siguieron de cerca los comerciantes alemanes.

El Gobierno español conservaba, por lo tanto, sus derechos sobre Carolinas, pero sin ocuparlas materialmente, por lo que Inglaterra y Alemania participaron en 1875 que no reconocían la soberanía de España sobre dichas islas.

En 29 de Septiembre de 1884 firmaron varios jefes carolinos una solicitud para que se les nombrára un Gobernador español, petición que fué atendida, dándose una real órden en 3 de Marzo de 1885 por la que se creaba el Gobierno político-militar de Yap.

Para su instalación fueron á la mencionada isla los barcos de guerra *Manila y San Quintín* con el necesario personal y material y llegaron á Yap el 21 de Agosto del mismo año.

Mientras se hacían lentamente las operaciones de la descarga, en la noche del 25 llegó al mismo puerto la cañonera *Iltis* que inmediatamente desembarcó algunos soldados, quienes no solamente enarbolaron el pabellón de Alemania, sino que proclamaron su protectorado sobre las Carolinas y Palaos.

Protestó el jefe de la expedición española; pero éste y el alemán convinieron en someter el conflicto á sus gobiernos respectivos.

Sabida es la indignación que causó en España la noticia del atentado del imperio alemán que fué también duramente calificado en las demás naciones europeas y americanas.

En esta situación el Gobierno alemán propuso como árbitro y mediador á S. S. León

XIII, que naturalmente no pudo rechazar España que se precia de ser tan católica.

La decisión del Sumo Pontífice, que aceptó desde luego España, concede á ésta la soberanía sobre los archipiélagos de Carolinas y Palaos, obligándola, sin embargo, á establecer autoridades en las mencionadas islas y otorgando á las otras naciones ciertas franquicias comerciales.

Consecuencia de estos acontecimientos ha sido la creación de dos Gobiernos político-militares en Carolinas, el uno para la parte occidental con residencia en Santa Cristina de Yap, y el otro para la parte oriental con residencia en Santiago de la Ascensión ó Ponapé.

Los misioneros metodistas no vieron con gusto el establecimientos de los Gobiernos político militares, y menos el de las misiones católicas en Ponapé, donde ellos tenían antes el mayor prestigio.

Su disgusto se tradujo en una actitud que alentó á los indígenas en contra de los españoles.

Cuando éstos se vieron en la precisión de enviar á Manila al jefe de la misión norte-americana, los habitantes de Ponapé próximos á la colonia se sublevaron y asesinaron al Gobernador Sr. Posadillo.

Envióse una expedición á la que se sometieron los rebeldes sin que se disparase un tiro, y los tres ó cuatro más comprometidos en la insurrección fueron trasladados á Manila.

En 10 de Julio de 1890 quedó establecida la misión de Kiti con su destacamento, y enseguida se pensó en establecer otra semejante en Metalanim, donde se hallaban los metodistas. Con tal objeto fué á dicho lugar un destacamento en el mes de Mayo, y se empezaron las obras, no sin la protesta de los norte-americanos. El 25 de Junio, mientras se hallaban los hombres del destacamento ocupados en cortar maderas, fueron sorprendidos por algunos insurrectos que los sacrificaron á casi todos, incluso al oficial que los mandaba Sr. Porras.

De la capital de la colonia se enviaron doscientos hombres que intentaron un desembarco; pero fueron rechazados.

En 1.o de Septiembre llegó á Santiago una expedición enviada por el Gobierno de Manila.

Las operaciones terminaron desmembrando el territorio de Metalanim, que fué repartido entre los de U y Kiti, saliendo las tropas para Filipinas en 29 de Diciembre y llegando á su destino en 16 de Enero del siguiente año.

En el tiempo de la expedición llegó á Ponapé un buque norte-americano, cuyo jefe se llevó los metodistas á Ualan, después de haber tomado todas las informaciones que tuvo por conveniente.

Poco tiempo después llegó á Ponapé una comisión de principales de la mencionada la isla de Ualan, solicitando la protección del gobierno español para librarse de las exacciones que les querían imponer los misioneros metodistas, quienes en vista de tal actitud, comprendieron bien pronto que no les convenía continuar en aquella isla, que abandonaron poco tiempo después.

En 1894 se manifestaron otra vez algunos indicios de inquietud entre los habitantes de Chocach, cerca de Santiago de Ponapé y se cometieron algunos desmanes, que el Gobernador P. M. quiso dominar en el mes de Abril, enviando una pequeña columna contra los revoltosos, pero estos habían construido un pequeño fuerte donde se guarecían, y rechazaron á los expedicionarios causándoles algunas bajas.

Con este motivo solicitó el Gobernador que se reforzára el destacamento de la isla con tres ó cuatrocientos hombres, cosa que no se hizo, quizás por estar ocupado el ejército de Filipinas en la campaña contra los moros de Mindanao.

CAPÍTULO VII

ISLAS CAROLINAS

ARTÍCULO 1.º

DIVISIÓN GENERAL

En la descripción de las diferentes islas del archipiélago de Carolinas no seguiremos la división política sino la geográfica, que comienza separando el archipiélago de Palaos y considera también al carolino dividido en tres grandes regiones separadas entre sí por anchos canales.

Estas subdivisiones se llaman Carolinas Occidentales, Centrales y Orientales, determinando con esos nombres sus posiciones respectivas.

ARTÍCULO 2.º

CAROLINAS OCCIDENTALES

Esta es la menos extensa de las divisiones que se admiten en el gran archipiélago y está constituida por una sola isla grande y otras varias más pequeñas. Un ancho canal las aparta de las Carolinas Centrales por el oriente, mientas que otro semejante que se extiende al O. del grupo de Matalotes las aparta de las islas de Palaos.

MATALOTES

Es probablemente la primera isla descubierta de todas las Carolinas, á la cual dió Rocha el nombre de Sequeira en

1525-26; pero como en los mapas se halla esta denominación en un sitio diferente, es muy fácil suscitar equivocaciones, por lo cual hemos aceptado el nombre de Matalotes que las dió Villalobos en 1543: el célebre Drake la llamó Thieve islands en 1579, y Rayner las señala en 1796 con el nombre de Spencerkeys; fué visitada en 1802 por Lafita. Es la Ngali de los indígenas que dan al grupo el nombre de su isla principal.

Es un atol de forma triangular, más de cuarenta leguas al E. de Palaos: en el arrecife hay seis isletas bajas con bosque hácia su lado N. y todas las otras al S.: la principal es Ngali, llamada tambien Angelul.

YAP.

Es la más importante de todo el archipiélago, y se la llama también Eap, Uyap, Uap y Uaf, y los misioneros capuchinos han propuesto que se la denomine Santa María de Yap.

Fué descubierta por Saavedra que tomó posesión de ella en 1528, y es probablemente la que por Lezcano en 1686 recibió el nombre de Carolina, que después se ha extendido á todo el archipié-

lago, pero algunos pretenden que ya la había visto en 1625 el almirante holandés Shapenham. La verdad es que hasta los viajes de Tetens y Kubary, eran muy escasas las noticias que se tenían de esa isla.

Tiene una extensión de unas cuatro leguas de largo por tres de ancho, con una forma sumamente irregular, aunque pueda considerársela como un triángulo, cuyo lado mayor dirigido de NE. á SO. está dividido en su parte media por un brazo de mar que constituye la bahía de Tomil, bastante sinuosa, pero en general dirigida hácia el N. El menor lado del triángulo es la costa septentrional de la isla, dirigido de E. á O Entre esta y la bahía de Temil se encuentra un istmo sumamente estrecho, que deja por su lado E. una península que lleva también este último nombre, que realmente solo pertenece á uno de los territorios, que se halla situado en frente de la colonia española. La parte occidental de la isla se prolonga en otra península hácia el SO. y se le conoce con el nombre de Rul que es también el nombre de otro territorio.

La temperatura varía en Yap entre 23 y 30 grados; el barómetro oscila generalmente entre 759 y 761 mm. La monzón

del NE. se entabla en Septiembre y dura hasta Junio. La lluvia es casi permanente. Las mareas son regulares, con una diferencia de 1m,50; pero durante la monzón del NE. el agua baja menos de noche que de dia, y en el resto del año sucede lo contrario.

La isla es pródiga en su vejetación, pero la mayor parte de ella está ya desmontada y al bosque vírgen han sustituido las plantaciones de árboles frutales y palmeras.

La península de Tomil tiene en la costa una zona llana de solo media legua de anchura, en la cual se hallan las plantaciones de los indígenas; después se levanta el terreno en una especie de meseta de unos ciento á doscientos metros de elevación.

La península de Rul tiene una cordillera cuyos picos más altos situados al N. tienen una elevación de más de 400 metros, y luego van descendiendo hasta la punta S.

Las dos penínsulas están separadas por una gran bahía que lleva también el nombre de Tomil y que contiene seis isletas; tres pequeñas hácia el O. que son Tapalao, Blelach y Engnoth, y más al N. Ipachel Tarrang y por último la de Obi ó de los Españoles, que, según la tradición, fué ocupada por estos antiguamente, y quizá sea donde desembarcára Lezcano. A la en-

trada, en la costa O. de la bahía se halla la nueva colonia española llamada Santa Cristina, residencia del Gobernador P. M. de las Carolinas Occidentales y de la misión de PP. Capuchinos, establecimientos que solo existen desde 1886. Esto no obstante los misioneros católicos, en prueba de que no pierden el tiempo, han escrito ya un vocabulario y gramática del idioma de los isleños, han establecido misiones, una en Gorror hácia la punta S. de Yap, y otra en la pequeña isla de Map, además de las dos que, como ya se dijo, fueron á fundar en las Palaos.

Al N. de la gran isla y dentro de su arrecife se hallan otras dos más pequeñas, pero altas y montuosas también, llamadas Map ó Tarú y Romio.

La isla de Yap solo tiene un arrecife que la circunda por completo.

La población de Yap es de unos ocho mil habitantes, y en ellos se muestra de una manera muy evidente la mezcla de las diferentes razas de la Micronesia.

El tipo más general es, sin embargo, el propio de esta parte de la Oceanía, aunque fuertemente modificado por otros elementos.

Son estos carolinos robustos, esbeltos y bien formados, aunque presentan una ligera deficiencia en el desarrollo del pecho.

Su estatura varía entre 2 m. 50 y 1,69.

El color de su piel es bronceado.

Su caballera es abundante, lisa y más á menudo ondulada y rizada, negra siempre y sin la rigidez que dá el carácter de alambrado al pelo de los malayos. La barba es escasa, así como el vello. La frente alta y á veces abombada.

Los pómulos son grandes y salientes; la cara ensanchada; las órbitas de gran tamaño; los ojos grandes, negros, horizontales, poco separados, y de mirada intensa, con cejas bastante salientes; la nariz recta y levantada, á veces casi aguileña, pero ancha por su parte inferior. Es de advertir que muy á menudo aplastan la raiz nasal á los niños recien nacidos.

La boca grande, con fuerte dentadura, las mandíbulas robustas y con algún prognatismo. La cabeza suele presentar un gran aplanamiento occipital, á pesar de que estos indivíduos no son muy braquicéfalos, presentando, en cambio, notables casos de dolicocefalia ó cabezas alargadas. Los dedos de los piés están á veces muy separados.

Estos carolinos van muy poco vestidos, contentándose muchos de ellos con el clásico ceñidor ó maro polinesios pero los principales usan un ancho cinturón de estera, ó más generalmente tejido de fibras de bonote

de coco, adornado con caracoles, completando á veces su traje con una especie de gorro cónico.

Las mujeres suelen usar una especie de tonelete que nunca pasa de las rodillas, formado con esterilla ó bien por un cordón ó ceñidor de que penden numerosas franjas vejetales, constituyendo el conocido Kol ó Kuol de Micronesia.

Entre los adornos es notable el brazalete de los principales llamado *yalan*, que, según se asegura, vá cayendo en desuso.

Hombres y mujeres usan grandes pendientes y algunos se taladran también la ternilla de la nariz. Sus collares llaman la atención por lo vistosos, siendo notable que las mujeres no usen generalmente con este objeto más que una especie de trenzas vejetales semejantes á las que llevan los hombres en los tobillos, mientras que todos lucen las pulseras de cuentas y caracoles.

El tatuaje es muy común y los dibujos elegantes por lo general, observándose que los hombres prefieren ostentarle en el pecho y las mujeres en los brazos, ó por lo menos son más profusos en las mencionadas partes del cuerpo según los sexos.

Además suelen pintarse de amarillo los brazos y las manos, sobre todo las mujeres.

La clase inferior no usa ninguna clase de tatuaje, pero además existe en Yap una especie de esclavitud á que son sometidos los prisioneros de guerra que pueden ó no ostentar ese adorno, como se comprende fácilmente, pero á los cuales les está prohibido el uso de las peinetas que usan todos los demás.

Y por último es frecuente pintarse los dientes de negro.

Las casas se llaman *naon*, están edificadas sobre placetas de piedra, son de plano cuadrangular con una viga en el medio para elevar y sostener la techumbre de hojas de coco, que consta de dos vertientes. Las paredes son de tejido de caña y tienen aberturas rectangulares para puertas y ventanas. Otras viviendas más sólidas tienen un basamento de piedra menuda, paredes de tabla y el piso siempre algo elevado. Cerca de cada casa tienen otra más pequeña donde habitan las mujeres y otra que sirve de cocina ó almacén, cerrando el conjunto á veces con una cerca.

Estas habitaciones algo separadas entre sí se agrupan en pequeñas aldeas que son notables por su gracioso aspecto y su gran limpieza. Sus calles y caminos están muy bien cuidados, son de piedra y ele-

vados sobre el nivel general del suelo y con árboles á los lados. Estas pequeñas aldeas se encuentran siempre á lo largo de la costa, permaneciendo, por consiguiente, despoblado el interior de la isla. En todas las poblaciones existe la gran casa comunal llamada Baybay ó Pebey ó Unicagó que sirve de habitación para los muchachos jóvenes de la aldea y de asilo para los forasteros.

En ellas se reunen los hombres de cualquier estado que sean y allí tienen siempre algunas muchachas que gozan de completa libertad en sus relaciones con todo el que llega á tales establecimientos.

Frente á la casa-comunal en cada pueblo, hay una plazoleta con asuntos de piedra, donde celebran sus reuniones y fiestas al aire libre.

Hay además el sitio denominado Pal, en donde hay algunas chozas ó casetas destinadas á ser ocupadas por las mujeres durante el período catamenial, los últimos días del embarazo y el puerperio.

Estos insulares son asíduos agricultores y cultivan el camote, ubi, gabi, piña, plátanos y las frutas de que generalmente se alimentan, entre las que son las principales la rima ó fruto del árbol del pan

y la nuez de coco: cultivan también caña-dulce, tabaco, pero no ha sido posible aclimatar el arroz.

Cada familia tiene cerca de su casa una plantación que les produce, no solamente lo necesario para su consumo, sino además un sobrante que venden á los europeos.

Entre sus herramientas ó utensilios es notable una azuela pequeña que suelen llevar siempre sobre el hombro izquierdo. Su industria es bien escasa; hacen cuerdas y tejidos con el bonote de coco, y preparan el coprax que es el principal artículo de su comercio.

Son también pescadores y construyen con este objeto corrales de piedra, pero prefieren la pesca por medio de la dinamita, y tanto en estas faenas como en las de campo toman parte las mujeres.

Generalmente construyen sus embarcaciones, pero también las compran en Palaos; sus barcas son del conocido modelo micronesio y en ellas emprenden largos y peligrosos viajes.

En la religión de estos insulares se ha indicado la existencia de templos, con la particularidad de que existen dos clases, uno frecuentado por los hombres y otro solo por las mujeres.

En realidad estos templos se reducen á una plataforma formada por un rec'nto de piedra que después se ha rellenado para constituir una plazoleta elevada, donde hay una casita ó pequeño monumento de forma piramidal, y en donde existe una piedra sagrada; lo que no sucle faltar nunca es el gran balete ó árbol sagrado de la aldea.

Los sacerdotes son principales ó caudillos encargados de depositar en los templos las ofrendas y, según ellos afirman, de conservar el ritual de las grandes fiestas.

Por lo demás, respecto á las ideas religiosas de estos isleños se tienen muy escasas y confusas noticias.

Su dios principal se llama Ilulup ó Yalafaz Nig, que significa Dios grande casado con Nemaguey ó Nemeguesi, y de ambos nació Yalzafa Nitsi ó Dios pequeño.

Existe además Gadebo y el dios llamado Suc ó Ulanuf, el cual está encargado especialmente de la vigilancia y del juicio de los hombres, á los cuales premia ó castiga.

Respecto al orígen del hombre tienen la tradición de que sus primeros ascendientes vivían en el cielo, desde donde divisaron la isla de Yap y bajaron á ella en una barquilla sostenida con cuerdas desde lo alto, pero se rompieron las amarras y los

espedicionarios no pudieron volver á su antigua morada.

Esta misma tradición se halla ligeramente alterada para explicar el orígen del machi-machi, que no viene á ser otra cosa que atenuación del tabú polinesio, el con que declaran inviolables á las cosas y personas.

En esa versión las primeras mujeres pidieron permiso al dios Ylulup para bajar á la tierra, en donde los hombres celebraban un baile.

Negada la licencia, pudo más que el respeto la curiosidad de las mujeres, que descendieron al sitio de la fiesta en una barquilla suspendida con amarras que cortaron los bailarines para que las hijas del cielo tuvieran que permanecer con ellos; pero las curiosas desobedientes huyeron y se escondieron en unas rocas que fueron declarados machi machi para que nadie se atreviese á llegar á tal sitio.

Esta forma de interdicción se aplica desde entonces á las personas lo mismo que á los lugares.

Las fiestas son siempre cívico-religiosas y duran á veces un mes entero, durante el cual reina el tabú sobre todo el territorio.

Usan el masticatorio de betel que llevan en una espuerta ó cesto del que nunca se separan.

El carácter de estos isleños es apacible y hospitalario, aunque jamás perdonan los agravios, si bien aceptan de sus enemigos la indemnización para terminar sus diferencias. Y también debe añadirse que faltan con facilidad á sus compromisos.

Es muy frecuente que los de un pueblo roben á otro las mujeres que dedican generalmente á la casa comunal, y para evitar la venganza suelen pagar una idemnización.

Estas mujeres de la casa comunal son muy solicitadas después para casarse con ellas.

En general son las mujeres más laboriosas que los hombres puesto que además de cuidarse de todos los quehaceres domésticos, tienen á su cargo el entretenimiento de los caminos y toman parte en la pesca, la agricultura y en otros muchos trabajos.

La mujer casada es respetada y honesta generalmente.

La poligamia es general y el matrimonio se verifica sin grandes ceremonias, después de haber hecho el nóvio los regalos a los padres de sus futuras.

Los cadáveres permanecen seis ó más dias en la casa mortuoria, donde los amigos y parientes consumen cuanto encuentran. En vez de féretro usan un cesto donde meten el cadáver puesto en cucli-

llas y se le entierra, cubriendo después la tumba con una meseta ó pirámide truncada con base cuadrilátera, construida con piedra.

La población de Yap aunque diseminada, se considera dividida en más de ochenta rancherías ó aldeas, regidas cada una por un régulo independiente de los otros Cada uno de estos jefes lleva el título de *pilum* y es muy respetado, aunque por su aspecto y porte no se diferencia de sus pocos subordinados.

Los principales se dividen en jefes y libres, siendo estos los únicos propietarios, mientras los que nada poseen se distinguen con el nombre de *puminingai*, y tienen que habitar en aldeas separadas y distintas de aquellas en que residen los principales, ante los cuales no pueden permanecer los otros más que inclinados, y no se les consiente el tatuaje. En realidad tienen dos clases de jefes, uno civil y otro religioso, que falta muy á menudo. El sacerdote supremo reside en Tomil.

La isla se encuentra dividida en diferentes territorios algunos de los cuales se unen entre sí y vuelven á separarse cuando les conviene.

En sus guerras intestinas muy frecuentes, se llevan los cadáveres de los venci-

dos á la aldea del caudillo vencedor, delante de cuya casa se exponen y se celebra una fiesta, pero después son devueltos los restos humanos á los parientes de los muertos.

Sus armas nacionales son el hacha de piedra y hueso, lanzas con punta de madera ó dientes de tiburón. Hoy tienen ya muchos fusiles que manejan muy bien.

El idioma que se habla en Yap es un dialecto micronesio del cual ha escrito el primer ensayo de gramática y un vocabulario el misionero capuchino P. Valencia.

Se ha propuesto que se llame carolino á este lenguaje, pero fácil es comprender las muchas confusiones que esto traería consigo, por los varios dialectos que hablan los habitantes del archipiélago, puesto que todos tendrían derecho á igual denominación.

El idioma de Yap es del grupo de los aglutinantes y tiene partículas prefijas y sufijas, pero carece de las interfijas que tienen otros lenguajes de la misma clase que han alcanzado mayor desarrollo gramatical.

El alfabeto consta de seis vocales y diez y siete sonidos consonantes, por que la *c* y la *q* de las trascripciones españolas pueden suprimirse, puesto que se tienen que

conservar la *k* y la *z*, y los sonidos de la *i* latina y la *y* griega, pueden también reducirse á uno solo.

Todas las voces tienen el acento en la última sílaba, pero solo una tercera parte terminan en vocal, y muy á menudo se hallan reunidas dos ó más consonantes en una dicción.

En muchos casos esto depende solo de haberse omitido por el uso las vocales que las raíces tenían en su origen.

El nombre sustantivo y algunos adjetivos están expresados por verdaderos radicales.

Los nombres carecen de género, y en cuanto al número, debe observarse que hay una partícula pluralizante poco usada. El verdadero signo del número suele hallarse en el artículo, pero es muy notable la existencia de un dual.

No hay declinación, que en este idioma se suple con el uso de las preposiciones, pero además hay otro modo variable para nombres, que se forma por medio de los pronominales posesivos

El radical de los verbos carece de significación cuando no va modificado por las partículas que expresan el tiempo.

En el número plural hay que notar además una forma especial que excluye á la persona con quien se habla.

Este idioma carece del verbo auxiliar y sustantivo, que sustituye con una partícula invariable.

En resúmen, la gramática no es muy complicada en ese lenguaje cuya lexicografía parece bastante copiosa.

Se dice que para sus cantos guerreros y religiosos usan otro lenguaje.

Estos insulares son muy dados al comercio, por lo cual son muy visitados por barcos europeos, como ellos frecuentan á su vez otras islas de la Micronesia, habiendo conseguido Yap atraer la atención de los comerciantes europeos que hace algún tiempo han establecido allí algunas factorías.

La moneda usada en Yap era muy curiosa y estaba constituida por grandes discos de una caliza cristalina, que se encuentra en Palaos á donde iban á buscarla y trabajarla. Estas piedras, que parecen ruedas de molino, tenían un gran valor y á veces constituían la riqueza pública de una aldea: para el pequeño tráfico tenían otros discos de la misma piedra, pero del tamaño de un duro.

Para el comercio menudo usan además ciertas conchas; pero es digna de mención una sarta de conchas y piedras que se cuelgan al cuello como adorno, y que es una moneda que solo usan los principales,

como en Palaos, de donde probablemente procede este curioso objeto, puesto que parece idéntico á una de las monedas que usan exclusivamente los jefes en el citado archipiélago.

Su industria se reduce á la confección de sus armas, trajes y tejidos de palma y algunos cacharros.

El trato más inmediato con los europeos ha introducido entre los insulares el abuso de las bebidas espirituosas que constituyen para la raza micronesia un verdadero tósigo lento, que acabará pronto con aquella exígua población.

Conociendo estos inconvenientes, el Gobierno de la colonia tomó enérgica resolución prohibiendo la importación de bebidas alcohólicas, aunque dosgraciadamente se consiente la venta de cervezas que, preparadas especialmnte en Enropa para la exportación á los países tropicales, son acaso los enemigos más traidores, puesto que llevan disimuladamente al organismo los desastrosos efectos de los alcoholes industriales.

Los carolinos de Yap son además buenos fumadores, pero sobre todo no abandonan casi nunca el cestillo, en que puede faltar el tabaco, pero que siempre contiene los ingredientes del masticatorio de betel.

La colonia europea que contituye la capital de las Carolinas Occidentales se llama Santa Cristina, y se halla situada en la costa de Poniente de la Bahía de Tomil, ocupando además los dos isletas Tapalao y Blelach con las cuales está unida.

La población está formada exclusivamente por la misión, el Gobierno y el destacamento. Tiene iglesia, casa de la misión, otra para el Gobierno, escuelas, enfermería, almacenes, alojamiento para la fuerza militar y además dos ó tres casas particulares. A corta distancia se ven dos ó tres aldeas de indígenas.

Cinco leguas al N. de Yap se halla un arrecife denominado Hunter y que no es peligroso para la navegación.

LOS REYES.

Descubiertas por Saavedra que tomó posesión de ellas en Enero de 1528. Son dos atoles llamados por los carolinos y palaos Ulizi ó Uluzi, pero los antiguos españoles las denominaban Egoi y Garbanzos, en cambio Cheine las llama Makenzie.

Fueron visitadas en 1712 por Egoi.

La oriental que es la más pequeña tiene en su arrecife cinco isletas habitadas, de las

cuales son las más importantes Kielap y Ear y todas se hallan hácia su lado N.

La occidental mide seis leguas de N. á S. y sobre el arrecife se cuentan veinte y cinco isletas, siendo las mayores Falalep y Mogmog.

Los habitantes de estas islas son los que más á menudo han frecuentado las Marianas.

Los habitantes de las islas de Los Reyes son altos, robustos y esbeltos; con el cabello ensortijado, color de la piel pardo verdoso, nariz gruesa por la parte inferior, ojos grandes, rasgados, negros y expresivos, buena barba rizada.

Los hombres llevan un ceñidor que rodea la cintura y pasa por entre los muslos como le gastan algunos montes:s de Luzón; los jefes y las mujeres usan una especie de casulla ó pañoleta con un agujero para meter la cabeza; las mujeres llevan además otra tela en que se envuelven desde la cintura hasta las rodillas.

Llevan en las orejas pendientes, hierbas, flores, pepitas de frutas y granos de cristal.

Son espansivos, alegres, un poco embusteros y traidores.

Los habitantes de estas islas de Los Reyes tienen una religión en que aparecen varios dioses ó espíritus que son objeto de complicados mitos.

De los mencionados espíritus proceden los hombres

Los espíritus de los antepasados son dioses de segundo órden.

No tienen ídolos, ni templos, ni sacrificios, pero tienen sacerdotes y sacerdotisas.

Los cadáveres son generalmente arrojados al mar lejos de la costa, pero cuando mueren los principales se celebran funerales muy suntuosos. Pintan el cuerpo del difunto con curcuma.

Sus parientes y allegados prorrumpen en grandes y exajeradas lamentaciones. Las mujeres cantan su hermosura, su nobleza, su habilidad, su valor; los más allegados se cortan la barba y cabellera que entierran con el cadáver y ayunan el primer día, pero el segundo celebran un banquete. Algunos depositan al finado en un nicho de piedra con varios alimentos; otros son enterrados en sus propias casas y las tumbas cercadas con una tapia.

BIBLIOTECA NACIONAL

Creen en una vida de ultratumba.

Cada familia tiene sus dioses tutelares en las almas de los antepasados.

La poligamia es general y los más ricos y principales son los que tienen mayor número de mujeres.

En estas islas es donde sucumbió, como ya se ha dicho, el P. Cantova víctima de

su celo apostólico en las Carolinas, como lo fueron en las Palaos los PP. Duberon y Cortil, y el P. Sanvitores en las Marianas, recabando así la Compañía de Jesús la gloria de contar entre sus miembros á los protomártires de cada uno de los tres archipiélagos que constituyen la Micronesia española.

SUROL.

Fué descubierta por D. Alonso de Arellano cuando desertó de la armada de Legazpi en 1565. Después fué llamada Philin por el capitán Hunter en 1791. Es un atol pequeño, cuyo arrecife sostiene dos isletas deshabitadas.

FAIS.

Llamada tambien Pais.

Es probable que la descubriese Saavedra en 1527. Berghaus la llamó Tromelin, y D'Urville la denomina Astrolabio.

Aunque es solamente una isleta, es muy notable por su aspecto, puesto que se levanta del mar casi verticalmente hasta unos treinta metros, y la meseta que forma se hunde

hácia el centro donde forma una caldera que indica la situación de la antigua laguna. Toda la isla está cubierta de cocoteros, y su terreno es una caliza madrepórica que asimismo forma el arrecife de costa que la circunda, careciendo, por lo tanto, la isla de fondeadero.

Los habitantes de Fais son buenos marineros y pescadores, poco aficionados á cultivar la tierra, contentándose con los frutos y raíces que esta les ofrece expontáneamente. Usan exclusivamente la cocina polinesia.

Visten los hombres una especie de casulla que se parece al poncho americano y las mujeres el delantal con otra pieza semejante por detrás. Este vestuario es generalmente de corteza de árbol, pero también le hacen de telas que tejen las mujeres con las fibras del plátano.

Usan el tatuaje con el cual se distingue la gerarquía de cada persona.

Manejan cuchillos de concha, lanzas y flechas con punta de piedra.

Son de carácter dulce y expansivo.

Nada se sabe de su religión y hasta se ha dicho que carecen de ella, lo cual no parece muy probable

Entierran á sus muertos poniéndolos en cuclillas y envueltos en telas, y en los funerales entonan las mujeres lúgubres canciones,

En cuanto á su aspecto físico los habitantes de Fais son altos, gruesos, robustos, ágiles y fuertes, de color pardo aceitunado y con cabéllo rizado y aún crespo.

ARTÍCULO 3.º

CAROLINAS CENTRALES

Separado este grupo por anchos canales de los otros dos del mismo archipiélago, es de todos ellos el que ocupa mayor extensión, el que cuenta con mayor número de islas, pero todas muy pequeñas, todas bajas, menos algunas del grupo de Hogolen. Para mayor comodidad pueden considerarse en el grupo dos secciones, una del O. y otra del E., separadas por un canal que tiene por un lado á las islas Pik, Pikelot y Satawal, mientras que por el otro se hallan las de Onoun y Cata.

ARTÍCULO 4.º

SECCIÓN DEL O.

EURIPIK

Llamada también Eurrupuk.

Antiguamente se señalaba este arrecife con el nombre Low islands, y también Horsburgh la llamó Kama: es la más occidental de las Carolinas Centrales y dista unas setenta leguas de Surol; en su arrecife se hallan hácia el lado N. dos isletas, de las cuales solo está habitada la más occidental,

ULEAI.

Llamada también Ulieo, Uls, que es lo mismo que Wolea, como escribe Gulick, y

son diferentes trascripciones del mismo nombre. Fué descubierta por Wilson en 1797, quién la llamó Thirteen Islands por el número de isletas que constituyen el grupo, que dista unas setenta leguas de las Carolinas Occidentales.

Es un arrecife ovalado con el eje dirigido de E. á O. que solo mide dos leguas escasas, lo que no impide que todavía se halle dividido en dos partes desiguales, de las cuales la menor y más oriental constituye un hermoso puerto, mientras que la mayor y más occidental es menos utilizada como fondeadero por los peligrosos bajos que en ella existen; estas dos partes están separadas por la islita de Matagosen y el arrecife que partiendo de ella se dirije hácia el N. hasta terminar en la isla Zagoilap. En la parte septentrional del arrecife también es notable la isleta Ulimarai; en su lado del E. se hallan las mayores de todas ellas que son Falian y Uleai que ha dado su nombre á todo el grupo; en su lado S. está la de Falalis: finalmente son dignas de mención Angaligaraik y, sobre todo, Raur que pasa por ser la más notable de todas ellas

Aunque los habitantes de este grupo no se diferencian gran cosa de la generalidad de los carolinos centrales, ofrecen estas is-

las algunas particularidades interesantes y muy significativas: así llaman desde luego la atención sus casas de tabla del árbol del pan ó rima y, sobre todo, sus puertos artificiales, construídos con grandes bloques de piedra cuya obras apenas son concebibles en estas islas. Aquí empieza el gran pueblo navegante, el verdadero marino de la Micronesia que asombra por la intrepidez de sus viajes en las frágiles embarcaciones poéticamente denominadas barcas volantes que muchas veces han visitado y visitan las Marianas, cuyas escasas mercancías llevan á las islas del grupo de Hogoleu.

También es curiosa en estos habitantes la costumbre de la cremación de los cadáveres, cuyas cenizas encerradas en una embarcación ó en una urna se depositan después en el techo de su antigua vivienda y como señal de luto se espolvorean el cuerpo con ceniza.

En cambio, no lo es menos el agasajo con que reciben á sus amigos y que llega al extremo de que los obsequien, según se dice, dándoles su propia mujer, costumbre extraña para los europeos, pero bastante común en toda la Micronesia.

Finalmente sus aptitudes mercantiles en combinación con las marineras, hacen de

este pueblo el más admirable y emprendedor que puede imaginarse, alejándose de sus islas para visitar las más distantes como las del archipiélago de Marianas al cual llegan en pequeñas flotas para ejercer el tráfico.

IFALIK.

Esta isla que también se llama Two Sisters ó Dos Hermanas, fué descubierta por Wilson en 1797; es una atol pequeño cuyo arrecife sostiene cuatro isletas, de las cuales las dos más pequeñas se hallan en la parte S. y las otras dos que son mayores y están habitadas, se encuentran en su lado de oriente.

FARAULEP.

Llamada también Faroilap ó Farroilep, fué descubierta por Rodriguez en 1696; más tarde la han llamado también Gardner, y es un atol de menos de media legua de diámetro, en cuyo arrecife se ven tres isletas, siendo la más notable Eat que se halla al S.; todo el grupo está deshabitado.

OLIMARAO

Es un atol pequeño, cuyo arrecife sostiene dos isletas habitadas.

ELATO

Descubierta en 1797 por Wilson, es un atol con un diámetro de cerca de dos leguas y su arrecife levanta varias isletas, pero solo en su lado E.

LAMOLIORK.

Al SE. de la anterior, pero algo más pequeña; fué descubierta por Wilson en 1797, y sus pocos habitantes presentan algunos caracteres mongólicos que se acrecientan por la especie de sombrero chino que llevan á veces.

Unas cuarenta leguas al SO. de esta isla se halla el peligroso Banco de Janthe, llamado así por el barco que lo descubrió y denominado Falipi por los carolinos.

LAMOTREK.

Fué también descubierta como las dos anteriores por Wilson en 1797, y con las tres, que están muy próximas entre sí, forman algunos geógrafos un grupo que distinguen con el nombre de esta isla, que á veces trascriben con Lamurek ó Namurek. Es un atol de dos leguas de largo, en cuyo arrecife se encuentran dos isletas principales y otras siete más pequeñas.

Sus habitantes usan el ancho cinturón tejido y adornado con conchas y caracoles además del ceñidor ó maro que aquí se llama tal, y son notables tiradores de honda, que llevan casi siempre arrollada á la cabeza, y atrevidos navegantes solo comparables con los de Uleai.

WESTFAYEU.

Llamada también Westfaiu y Faiu del O.; fué descubierta en 1804 por Roll; está deshabitada; con su arrecife tiene una legua de diámetro; dista unas quince leguas de Lamotrek cuyos habitantes la visitan para recojer cocos.

SATAUAL.

Llamada también Satawal.

Es una isla pequeña, baja, rodeada de un arrecife de costa y cubierta de bosque. Fué descubierta por Wilson en 1797 llamándola Tucher y dista once leguas de Lamoliork.

Sus habitantes son tan marinos y comerciantes como los de Uleai. Solían visitar las Marianas donde hacían un pequeño comercio que ha cesado por completo desde que los alemanes van á su isla para comprarles todos sus productos, con lo cual han cesado también sus expediciones al archipiélago del N.

PIK.

También deshabitada y por el nombre del barco que la descubrió se la llama asimismo Pikela y dista unas quince leguas de Pikelot y Westfayen.

PIKELOT.

Llamada también Pigila y Pigali y fué descubierta por Duperry en 1824, pero

después Krusenstern la denominó Coquille: está también deshabitada y apenas tiene media legua de diámetro contando el arrecife que la circunda.

ARTÍCULO 5.º

SECCIÓN DEL E.

CATA.

Es un grupo llamado así por Ibargoitia en 1799, aunque su descubridor fué Mortlok en 1795 que no varió su nombre que es Poloat ó Pulohot, así como Alet Mama y Uanak, en cambio Rennek la llamó Euderby en 1826. Realmente son dos islas bajas que descansan sobre un arrecife tendido de E. á O.: la más occidental es Alet y la más grande es la oriental que se llama Pulohot ó Poloat.

S. BARTOLOMÉ

Fué descubierta por Toribio Alonso de Salazar en 22 de Agosto de 1526 y la

dió el nombre que la conservamos; en 1795 estuvo en ella Quintano; sin saber estos antecedentes la visitó Martlok en 1795 que la dejó su nombre indígena de Suk ó Pulusuh; pero Ibargoitia, mejor informado como es natural, la dió en 1799 el nombre con que la designó su primer descubridor, y Krusenstern la llamó Ibargoitia. Es una isla de media legua de largo rodeada de arrecifes y situada unas quince leguas al S. de Cata.

LOS MARTIRES.

Es un grupo descubierto por D. Alonso Arellano en 1565 cuando desertó de la expedición de Legazpi: el fugitivo visitó los tres islas del grupo; Ibargoitia llegó á ellas en 1799 y Lapita en 1802. El grupo está compuesto, como queda dicho, de tres islas que son bajas y habitadas y se hallan rodeadas por un arrecife que contiene además otra isleta.

La más occidental se llama Olap ó Ake distante media legua de la siguiente.

La meridional se llama Tamatan que es la mayor, aunque solo tiene un cuarto de legua de diámetro, á cuyo lado E. se halla la citada isleta.

La septentrional es Fanatik que termina el conjunto.

JARDINES.

Es el grupo descubierto por Villalobos en 1542 quien le dió este nombre por la exhuberante vejetación de sus islas. En los antiguos mapas españoles figuran demasiado al N.: en otros más modernos se les dá su nombre indígena Namonuito, pero Legazpi las llamó Las Hermanas en 1565 é Ibargoitia en 1801 Anónima; tambien se la llamó Bunkey en 1824 por el capitán de este nombre, y Mosell le denominó Levingstone 1832, Cheiné le nombró Lutke y hay aún otro que la llamó Remp.

Es un atol de forma triangular y de doce leguas de largo por seis de ancho.

En el extremo O. del grupo se halla Onoun ú Onóun, pátria del carolino que fué á la exposición de Madrid en 1887, en donde sucumbió víctima de la tísis.

En el extremo N. se halla Magur y otra más pequeña, y en el E, Piserar con otras seis más pequeñas.

PÁJAROS

Llamada así por Legazpi en 1565: Krusenstern la llama isla de Lutke, y otros la designan con el nombre de Ostfayeu ó Fayn del E. Es una encantadora isla baja, de un cuarto de legua de diámetro, rodeada por un arrecife, llena de árboles y palmeras, pero deshabitada.

HOGOLEU.

Este interesante grupo fué descubierto por Saavedra en 1530 y visitado por don Alonso de Arellano en 1565 cuando desertó con su patache de la expedición de Legazpi; en 1814 fué visitada por el capitán español Dublon, y Morillón le llama Olla, como más modernamente se le conoce con la denominación de Ruk, Rugo, Ruku, generalizando el nombre de una de sus islas

Son en realidad dos lagunas; la mayor, de forma cuadrilátera con un diámetro de unas diez leguas, en cuyo arrecife se encuentran más de cincuenta isletas bajas, cubiertas de exhuberante vegetación, entre las cuales son las más notables en el lado N. Lap, To-

neliky, Pis, en el S. Bernard y Torres, en el E. Gaymard, Quoy, Gaudichaud, Elikanibu, Bouquet, Selat con el grupo Cuop al extremo SE, y al O. Lañoil y Talalu.

La otra laguna, más pequeña, se halla separada de la anterior por un profundo canal de media legua de anchura. Este arrecife de forma triangular tiene en el NO. la isla de Givry y en el mediodía la llamada del Sur, viéndose en el intermedio de estas, las isletas Hak ó Hueg en el lado N. y Lauvergne en el SE.

La gran laguna que se halla en la parte N. presenta varios canales que conducen á su interior. Los más conocidos de estos pasos están en la parte del E. En el extremo de Poniente del gran arrecife, cerca de la isla Tol, hay también un paso profundo y de una legua de anchura. Al N. se encuentran también algunos canales que, según parece, son bastante seguros. En el S. también presenta el arrecife algunas brechas, por una de las cuales, muy estrecha por cierto, penetraron en la gran laguna el Astrolabio y la Zelée.

La pequeña laguna tiene un paso entre la Isla del Sur y la de Lauvergne y otro al O. de Givry.

Los habitantes de todas estas islas suelen andar completamente desnudos, sobre todo

los de color más oscuro, pues en realidad existen aquí junto á los micronesios de color claro, los otros de tez más oscura, altos, fuertes y bien proporcionados, hasta el punto de que se los considera como el más hermoso tipo de su género, de cuantos existen en la Oceanía.

Estos tienen la cabeza larga con un índice de 77, la frente ligeramente inclinada hácia atrás, con sus eminencias bien marcadas, las cejas un poco prominentes, los ojos vivos y de mirada penetrante, la nariz recta con un índice de 57'14, la boca grande con lábios carnosos, el menton poco pronunciado, el prognatismo escaso, la cabellera es á menudo crespa, otras veces rizada en grados muy diversos, tienen barba, pero escasa; son muy aficionados al adorno y se taladran el lóbulo de las orejas y agrandan estos agujeros colgando en ellos varios géneros de pendientes, usan grandes collares, cinturones y brazaletes muy diversos.

Los de color más claro usan casullas que visten cuando llegan á la pubertad y desde entonces habitan la casa común de los hombres, también gastan cinturones muy adornados que parecen distintivo de los jefes

Ambas razas son enemigas, pero antes de emprender sus luchas, se declaran la

guerra, convienen el sitio, la hora y el día del combate, tratan muy bien á sus respectivos prisioneros y negocian la paz Son acaso los más cultos y los más industriosos de todos los caro inos; sus casas, bastante grandes, son de forma cuadrilátera, hechas de madera, con techumbre de hojas de cocotero y dos puertas bajas en los extremos: el piso está cubierto de esteras.

Tienen además pequeños canales artificiales, en las cuales pueden navegar sus embarcaciones, manejadas por ellos con gran destreza; pero sí son buenos marinos; no manifiestan, en cambio, gran afición á las labores agrícolas.

El tabú prohibe á las mujeres entrar en las casas comunales, al menos durante la permanencia en ellas de los principales, que aquí se llaman Chaucol.

Son muy diestros tiradores de honda, la cual llevan siempre arrollada á la cabeza.

Sobre su religión se ha divagado un poco, sobre todo por haberse hallado en ella una especie de trinidad cuyas divinidades ha creido algún escritor que eran el padre, el hijo y la paloma, lo cual daba á estas ideas religiosas un aspecto muy sorprendente para los europeos, pero en realidad este último dios es el nieto, con lo cual se sigue la misma idea que indican las

dos anteriores y constituyen tres divinidades y no una con tres personas. Por último, hacen sacrificios humanos y entierran vivos algunos sujetos y á veces la principal mujer del caudillo, cuando muere éste.

En el interior de la gran laguna hay también muchas isletas bajas de las que solo nombraremos las de Bronquiart hácia el N., la de Ona llamada Bory por Duperrey y la de Olaue, denominada también Deblois ó de Blois, que se encuentra hácia el O. de Tol.

Pero además contiene la misma laguna trece islas altas, montuosas, basálticas con grandes bosques y surcadas por numerosos riachuelos.

Cada una de estas islas interesantes tiene un arrecife de costa que la circunda por completo y sobre el cual se hallan á veces algunas isletas pequeñas, pero también montuosas.

Daremos una breve noticia de las principales istas altas de la gran laguna.

TOL.

Es la mayor y más alta de todo el grupo, hácia cuya parte occidental se halla situada.

Es de caprichosa forma que podría llamarse redonda con cinco escotaduras que se dirigen hácia el centro; mide más de dos leguas de diámetro, y presenta cinco grandes picos de forma cónica, los cuales pueden considerarse como los núcleos de otras tantas penínsulas que vienen á reunirse en un macizo común y central, donde se ven alturas de doscientos á trescientos metros.

FALABOGOZ.

Llamada también Fala-beguets; es una islita triangular de un cuarto de legua de largo, que se halla situada media legua al E. de Tol y tiene hácia su parte central un pico bastante elevado.

ULALU.

Llamada también Ramolun; es todavía más peqneña que la anterior, de la que dista poco más de una legua en dirección N. Puede considerársela constituida por un solo monte que en la base no tiene un cuarto de legua de diámetro.

UDOT.

También se la suele llamar Utet y es una hermosa isla de poco más de una legua de largo por algo más de media de ancho. Su forma puede considerarse como triangular, pero se halla formada por dos penínsulas desiguales que vienen á unirse en un estrecho istmo hácia su parte media.

La península mayor se encuentra en el O. y tiene la forma cuadrilátera, con un notable monte de forma cónica en la costa occidental, tiene un buen fondeadero.

La península menor se dirije de NO. á SE. y tiene también algunos picos bastante altos.

EOT.

Es una isla diminuta, pero alta, situada al E. y junto á la precedente, de la que se halla separada por un extrechísimo canal. La isla Eot es de forma triangular y está formada por un monte que en la base tiene un diámetro que no llega á un cuarto de legua.

EIOL.

Es todavía más pequeña que la anterior y se halla situada al SE. de Udot y separada de esta como un cuarto de legua: tiene forma cuadrilátera y no mide un cuarto de legua de largo.

PERIADIK.

Llamada también Param y es la misma que Duperrey denominó Tardien.

Es una isla de forma estrecha y alargada de E. á O. que mide como media legua en su mayor extensión y dista de la precedente un cuarto de legua.

TARIK.

Llamada también Tatú, es la misma que Duperrey denominó Artus.

Es una islita situada en la parte S. de la anterior á menos de media legua de distancia. Es de forma elíptica y su eje mayor de media legua escasa de largo, se dirije de SO. á NE.

ZIS.

Llamada también Tsis. Es una islita cubierta de cocoteros que se halla situada más de una legua al SE. de la anterior, y es también de forma bastante alargada, con su mayor diámetro dirigido de NO. á SE y mide menos de media legua de longitud. En su lado NO. hay un fondeadero y cerca una regular aguada. En este sitio se detuvieron el Astrolabio y la Zeleé.

RUK.

Se la considera como la más importante de todo el grupo, al cual dán muchos escritores modernos el nombre de esta isla.

Se la llama también Ruko, Rug Rugo y Truk que son distintas pronunciaciones ó trascripciones del mismo nombre; los indígenas la suelen llamar también Tefan.

Es una isla de forma irregular que mide legua y media de largo por media de ancho; por su extremo NO. dista media legua de Periadik y por el SO. un cuarto de legua de Zis.

En realidad se puede considerar á la isla de Ruk dividida en dos partes ó penínsulas que vienen á reunirse en un gran macizo montañoso central, en que se ven picos de doscientos metros de elevación. Desde ese centro se extiende una cordillera hácia el NO. constituyendo el eje de la península más pequeña que es de forma cuadrilátera. Del mismo nudo montañoso parte otra cordillera que se dirije hácia el S. formando el eje de la otra península que es de figura rectangular.

MOEN.

Al N. de Ruk y á poco más de una legua de distancia, se halla la isla de Moen, llamada por otro nombre Wola y á la cual Duperrey denominó Quirós.

Es una isla de forma cuadrilátera que mide cerca de legua y media en su mayor anchura, y entre sus montes hay algunos que se elevan á cerca de doscientos cincuenta metros.

DUBLON.

Llamada así por Duperrey y por los indígenas Toloas, se halla situada hácia

el S. de la precedente y al NE. de Ruk.

Es una isla de forma irregular que parece formada por un núcleo, del que se desprenden dos prolongaciones ó penínsulas que se dirijen, la una hácia el NE y la otra casi directamente hácia el oriente

Cerca de su extremo SE. se halla la pequeña isla baja Eten y entre las dos hay un regular fondeadero.

UMOL.

Separada por un estrecho canal del extremo SE. de la isla de Ruk se halla la de Umol, que es de forma triangular con el vértice dirigido hácia el S., cerca del cual hay un regular fondeadero por la parte del oriente. Hácia su parte central presenta la isla un alto monte del que se desprenden otros que forman una cordillera que tiene la dirección general al NO. otra que se desarrolla y hácia el S.

SAN RAFAEL.

Unas quince leguas al SE. de Hogoleu se halla esta pequeña isla, descubierta en

1806 por Monteverde que la dió el nombre de su barco; también se la suele llamar Nama, y además Duperrey la designa como isla de D'Urville. Es redonda con un diámetro de media legua y está rodeada por un arrecife de costa.

LOSAP Ó LUOSAP

La descubrió Frazer en 1832 llamándola Royality, Morell la denomina Westerñeld. Dista poco más de una legua de la anterior y es una pequeña isla de laguna de dos leguas de largo, cuyo arrecife sostiene ocho isletas habitadas.

NAMULUK

Llamada también Namoluk, descubierta en 1827 por el capitán Macy que la llamó Harbert, como Morell la denominó Skiddy en 1830, y Harvood la llamó Hashuy en 1832. Es un atol en cuyo arrecife hay tres ó cuatro isletas. La mayor situada al NO se llama Ames.

MORTLOK.

Con este nombre se designa un grupo que otros llaman Lukunor generalizando el nombre de una de sus islas y que los carolinos occidentales denominan Lugulus.

Estas islas fueron descubiertas por Mortlok en 1795, quien las dió el nombre de su barco *Yung William*, ó más bien se las llamó así algo después.

Se compone de tres atoles separados por estrechos canales bastante seguros y en cuyos arrecifes descansan más de noventa islas.

El atol más septentrional y más pequeño es Etal, á quien Cheyne llamó Naiad y está constituido por un arrecife sobre el cual se halla la isla que le dá su nombre con otras menos importantes.

El atol de Lukunor se halla poco más de una legua al SE. de la anterior. Está formado por una laguna ovalada de una legua y media de ancho por dos de largo en la dirección NO. á SE y es considerada como una de las más interesantes de las Carolinas. Sobre el arrecife se encuentra la isla de Lukunor que le dá nombre situada al ESE. de dos leguas de largo y cubierta de vegetación, sobre todo de

cocoteros y rimas, pero carece de corrientes de agua, por lo que sus habitantes recojen en pozos la de lluvia. En el extremo N. del arrecife está la isla de Funoar, muy semejante á la anterior por su tamaño y aspecto, á pesar de lo cual está deshabitada; hácia el S. y no lejos de Lukunor se halla el buen puerto de Chamisso, al que se llega por un canal muy seguro que se abre al mediodía, así como por otro mucho más estrecho que se abre al oriente de Funoar.

Al SO. de las anteriores se halla el atol de Sotoan que es el mayor del grupo: forma una laguna de cinco leguas de largo por más de dos de ancho, cuyo arrecife sostiene más de setenta isletas bajas. La más notable está situada al S. y es de dos leguas de largo y como todas las otras está llena de árboles y muy poblada.

Los habitantes de este grupo de islas son de carácter dulce y comunicativo, hospitalarios y dados al comercio, y usan una especie de salacot ó sombrero chino; también usan el tatuaje y á cada figura le dan nombre de una de las islas de Carolinas.

Este hecho es muy significativo para la etnografía.

En el grupo de Mortlok se ha demostrado la ingerencia de importantes elementos polinesios.

Usan lanzas y además la honda y una maza arrojadiza que no tiene semejanza ninguna con el célebre bumerang de los australianos.

PIKERAP.

Es la más meridional de las Carolinas y por lo tanto de la Micronesia Española.

Esta isla, llamada también Pikeran, es probablemente el mismo arrecife que un navegante europeo llamó Greenwich. Es un atol formado por un arrecife en que descansan veinte y seis isletas, algunas de ellas muy separadas entre sí y todas cubiertas de cocoteros.

NUKUOR

Llamada también Nukuwor, está situada casi en medio y á igual distancia de la anterior y el grupo de Mortlok, de las cuales dista más de cincuenta leguas. Fué descubierta por Monteverde en 1806, con cuyo nombre la designó Krusenstern y es la misma que el buque *Pala* llamó Dunkin en 1806.

Es un atol formado por un arrecife en el que se hallan más de treinta isletas, sobre

todo hácia su parte oriental, y todas cubiertas de bosque.

Los habitantes de Nukuor se diferencian bastante de todos los demás carolinos.

En sus costumbres se observan algunas prácticas extrañas, como el infanticidio desconocido en las demás islas del archipiélago.

El idioma es también distinto de los que se usan en Carolinas.

Todo hace pensar que esta isla se halla poblada por una colonia de samoanos.

El tatuaje se hace obligatorio para las mujeres que ostentan figuras predeterminadas, y para pintarlas emplean muchas ceremonias. Acaso estos dibujos vengan á representar una especie de signo y blasón de familia, puesto que los derechos de herencia siguen la vía femenina. Las mujeres son confinadas en un templo durante los tres meses que preceden á la operación del tatuaje que solo se practica en el vientre. En los hombres los dibujos no parecen sometidos á reglas tan fijas.

Para sus danzas guerreras ó religiosas usan un peinado especial, con una tablilla de madera que se ensancha por arriba.

Aprecian mucho ciertos cinturones que usan y que están tejidos con cordones y adornados de conchas, pero probablemente

este es un distintivo que solo usan los principales.

Por lo demás parece que hasta se les prohibe el vestido, puesto que solamente de noche y fuera de sus arrecifes suelen usar una especie de delantal.

Estos indivíduos tienen buena estatura, y son bien proporcionados y esbeltos, son de color pardo verdoso claro, su cabellera es generalmente lisa, negra, brillante y la llevan recogida detrás de la cabeza formando un gran moño.

La frente se inclina un poco hácia atrás, pero es alta y despejada. Las cejas no suelen sobresalir tanto como en otros carolinos. Los ojos son vivos y de mucha expresión, la nariz aguileña, ó por lo menos recta, un poco ensanchada por abajo, pero con el lóbulo bien formado; la boca grande y con lábios gruesos, con algún prognatismo, el mentón poco saliente, los pómulos grandes, los arcos cigomáticos salientes, el rostro oval y alargado, la barba escasa.

SAN AGUSTIN.

Llamada así por Thomson, como Saliz la llamó Bordelaise en 1826 y Johuron la llamó Jane en 1827. Es una pequeña isla baja

rodeada por un arrecife de costa, cubierta de vejetación, pero deshabitada.

Cerca de su lado SE. está el arrecife de Oraluk ó Bajo Triste, descubierto en 1773 por Tohmson, y formado por un atol triangular de cinco leguas de largo en el que solo hay bajos y una isleta de arena.

Unas quince leguas al NO. de San Agustin se halla el arrecife Dunkins. Es un atol, de dos leguas de diámetro, casi cubierto por el mar. Este arrecife se suele marcar por duplicado en los mapas, asignándosele nombres diferentes.

ARTÍCULO 6.º

CAROLINAS ORIENTALES

Esta importante subdivisión que ocupa el extremo E. de las Carolinas está separada de los archipiélagos Marshall y Gilbert, por un ancho canal que se halla situado entre las islas Ralik por un lado y las de Providencia y Ualan ó Kusaie por el otro, mientras que otro canal semejante situado entre las islas de San Agustín y Pasión, las aparta de las Carolinas Centrales. Consta de dos importantes islas que son Ualan y Ponapé, y de otras varias más pequeñas.

PASION.

Es un pequeño grupo situado en el extremo O. de las Carolinas Orientales, al cual llamó Musgrave en 1773 con el gráfico nombre de Seven Islands, por el número de las islas que lo constituyen, y Dannet en 1794 lo denominó Raven pero desde que lo descubrió Thompson fue designado por éste con el nombre de islas de Pasión en 1773 que es el que nosotros le conservamos. Está constituido el grupo por un arrecife de laguna de forma triangular dirigido de E. á O. en la extensión de unas tres leguas con una anchura de una legua próximamente: en el muro de coral sobresalen siete isletas bajas y cubiertas de bosques: la isla de los Valientes, que ocupa el extremo SO., es la mayor de todas y la única que tiene una pequeña población permanente.

Este grupo se halla muy á menudo señalado en los mapas con el nombre de Ngatik ó Ngarik á más de veinte leguas de Ponapé por la parte del SO.

PAKIN.

Es un atol pequeño situado al NO. de Ponapé de la cual dista poco más de cuatro leguas, y en su arrecife de forma oblonga que se alarga hácia al NE. tiene cinco isletas de las que solo la más occidental, que es Kepenar, cuenta con población fija; la más oriental es Kutelma.

ANT.

Cuatro leguas al S. de la anterior se encuentra este pequeño grupo, á una legua al SO. de Ponapé de quien le separa un seguro canal. El grupo fué llamado Andema por Lutke y en los mapas se la suele llamar á menudo isla de Frazer y tiene unas tres leguas de largo: forma un atol sobre cuyo arrecife aparecen á su lado S. las islas Kohalap y la de Panemur; además tiene otras doce pequeñitas, todas bajas, deshabitadas, pero cubiertas de bosque, y la única entrada de su laguna se halla por la parte meridional.

PONAPÈ.

Es la más importante de las Carolinas Orientales, es también la mayor y la que más tristemente ha llamado la atención en los modernos tiempos: se le llama Bonebey y Ponapé, así como Lutke la denominó Puinipet, Kittlitz la llamó Hunnepet y Cheyne la bautizó con el nombre de Bornave: es la Faunupei ó la Falope de los carolinos occidentales, pero el nombre de La Ascensión con que la designó su descubridor sería el preferible, si no fuera porque en estos últimos años se ha vulgarizado la costumbre de llamarla Ponapé.

Fué descubierta por Quirós en 1595, por la cual fué conocida durante mucho tiempo con el nombre de Quirosa; también se le ha llamado isla de Torres, pero los balleneros que desde antiguo la visitaban la conservaron el nombre de La Ascención, lo cual no impidió que Lutke se proclamára después su descubridor llamándola Senjawin, que es el nombre que algunos dán al grupo formado por esta isla, Ant y Pakin de igual modo que en 1832 el capitán Frazer la dió el nombre de isla de Guillermo IV, y su acompañante Osborne la designó

con el de Harper, con lo cual damos por terminada la sinonimia de esta isla que cuenta además con numerosas trascripciones ó alteraciones de estos diferentes nombres.

La isla es de forma pentagonal de unas cinco leguas escasas de largo por cuatro de ancho: su terreno es un basalto de olivina y angina, pero en las costas le cubre una calcárea madrepórica: tiene en su interior algunos montes cuyo pico más alto no sube á 900 metros y que forman suaves pendientes; en cambio el bosque es muy espeso por todas partes menos en algunos puntos de su lado occidental cubierto generalmente de maleza ó de grosera hierba, pero en general la vejetación es exuberante: á poca distancia de la costa empieza el bosque eu cuya espesura están como pérdidas las plantaciones y casas de los carolinos: en las orillas del mar se encuentran, en cambio, los vejetales propios de la costa; como hasta ahora no se han hecho exploraciones metódicas, faltan los datos necesarios para dar noticias exactas de su flora, pero, esto no obstante, hay que reconocer en la isla una gran riqueza en productos alimenticios. Su fauna se distingue por un perro especial, pobre modificación de una importación antigua, y un papagayo.

La isla está atravesada por una cordillera que se dirije de NO á SE. cuyo pico más alto, apreciado por Lutke como de 893 metros, es el Montesanto, pero que según parece solo es de 872; próximos á la costa S. están los picos de la Garita y Tenedos ó el Tenedor: hácia el NO. hay un país alto como de meseta que se prolonga hasta cerca de la costa con unos 300 metros de altura, mientras que por el NE. hay muchos montes separados por profundos barrancos.

Los ríos son de poca importancia por lo que solo citaremos el Pil-lap-en-chocala que desemboca cerca de Santiago, el Pil-lap-Pil-lap en-palang-letan que sirve de frontera á las partes de la antigua Metalanim, cedidas á los distritos de U y de Kiti, el Pil-oohana que desemboca en el puerto de Mutok el Palikales al SO., el Kiti en el puerto de su nombre y el Pillapenpalen en el de Palang.

Está rodeada la isla por un arrecife que se aleja de la costa de media á una legua: sobre él aparecen algunas isletas bajas, pero en su interior tiene además una docena de islas altas pequeñas, pero basálticas entre las cuales nombraremos: al N. las de Jokoits ó Chocach que es la mayor, con un monte de 304 m. de altura, Chaptik más pequeña, y Langar

comprada por una compañía mercantil de Hamburgo, Paran con un monte de 100 m; al NE las Mantas, Tanah y Tacayú; al E. Mutacoloch y en el puerto de Metalanim la del Rey ó Taunan, notable por las ruinas que contiene y que han dado lugar á tantas fábulas; al S. está Mutok llamada Tenedos por Lutke, que solo se halla separada de Ponapé por un pantano que no deja paso á las embarcaciones.

Cuenta la isla con varios fondeaderos: en el lado S. se halla el puerto Ronkiti llamado por los marinos Roankiti y más modernamente Kiti. Se halla delante de la nueva misión de los padres capuchinos: la entrada en este puerto está dificultada por la isla de Nahalap ó Nalap. El de Mutok al S.; en la punta SE. está el puerto Panatik llamado también Lod: en el E. el puerto de Metalanim ó Watherharbour de los navegantes, cuya entrada se estrecha por la isla de Na y el de Ua, llamado también Oa; en el NE. el de Manta; en la costa O. los de Capara, Palang y Tarak; en la costa NO. el de Paligar, al N. el puerto de Jokoits ó Chocach, llamado por Lutke Puerto del Mal Recibimiento; y finalmente el de Santiago llamado por los ingleses de Jamestown, cuyo canal se halla marcado con valizas.

La temperatura media de la isla parece ser de 28 á 29 grados, con una máxima de 31,9 y una mínima de 21 que es muy rara. El barómetro se mueve entre 756 y 770 mm.

Las lluvias son tan considerables que solo por comparación puede admitirse una temporada que se llama seca. Las gotas de lluvia suelen ser enormes y en un solo chubasco se recojen á veces m de 40 mm.

Aunque ya se ha manifestado la natural tendencia de los escritores á exajerar el número de habitantes de estas islas, esto no obstante pocas veces se han atribuido á Ponapé más de cinco mil indígenas, llamados kanakas, como otros varios occánicos de razas diferentes.

Estos presentan vestigios del cruzamiento de dos razas principales los micronesios y los melanesios, á los cuales se han reunido otros elementos. Los primeros son, sin embargo, los dominantes imprimiendo á la mayor parte los rasgos característicos del tipo general.

Los habitantes de Ponapé presentan dos tipos algo diferentes en cuanto al aspecto físico; pero sin poder establecer línea divisoria entre ambos, por que se hallan unidos por otros de matices intermedios.

Los indivíduos de mayor estatura llegan á veces á la talla de 1,800 mm. y pasan por

lo general de 1 600, y sus mujeres son también casi tan altas como ellos Son fuertes, robustos, esbeltos, de pecho saliente.

El color de la piel es un pardo muy oscuro, la cabellera rizada y á veces crespa, negra y abundante.

El cráneo es muy largo y alto, estrechado por delante.

La frente se dirije hácia atrás y arriba.

Tienen los ojos horizontales, grandes, rasgados y negros; las órbitas muy grandes; la nariz casi recta, más bien aguileña.

Los pómulos aunque voluminosos están más bien echados hácia la parte anterior, los arcos cigomáticos tampoco son demasiado salientes, de modo que la cara es más bien alargada y hasta de aspecto europeo; la barba es generalmente muy escasa.

El otro tipo que podría llamarse de cabello liso, por ofrecer ese carácter su pelo negro, abundante y largo, tiene la estatura bastante menor que el otro y sus mujeres son notablemente más pequeñas que los varones.

Tienen la piel de color bronceado amarillento algo claro.

La cabeza es grande, con una capacidad de 1570 cm. cúbicos y una circunfe-

rencia horizontal de 520 mm. El cráneo es largo, con un índice algo mayor que en los del otro tipo, á pesar de lo cual suele ser á veces de 74, y en cuanto al vertical, aunque no tanto como sus compañeros, son, sin embargo, de cabeza muy alta.

La frente es baja y bien formada, casi vertical, los ojos son negros y horizontales, las órbitas son alargadas hácia los lados con un índice de 85 á 86.

La nariz es grande, aplastada en la punta y ancha en la base, con un índice de 38,50.

Los pómulos son enormes y sobresalen por los lados, y los arcos cigomáticos, muy salientes también, dán á la cara un aspecto ancho y aplastado Los lábios son gruesos y la boca grande, la barba rala.

La mandíbula es fuerte y grande, pero no es muy acentuado el prognatismo.

Los kanakas de Ponapé gustan mucho de ciertos adornos: hombres y mujeres taladran las orejas, no solamente por los dos lóbulos para colgarse pendientes y aretes y medios cocos pequeñitos cuya cavidad cubren con un espejito, sino también se agujerean la parte superior para colgarse flecos y bolitas de estambre; cuanto mayor es el agujero inferior, más hermoso les parece, y además usan collares y anillos

Hombres y mujeres llevan la cabellera corta y estas últimas la sujetan con una cinta.

Para los casos que consideran solemnes, los hombres se pintan el tronco, los brazos, el cuello y la cara con el tinte amarillo de curcuma y se cubren la coronilla con un adorno de plumas y hojas.

Su adorno clásico parece ser el tatuaje que practican con punturas hechas con espinas ó agujas, cuyas heridas frotan luego con tinte de carbón.

Esta delicada operación es encomendada á ciertas mujeres llamadas Chong-inting.

Su afición á este adorno es tan grande, que hasta los niños educados en la colonia se engalanaron con él en cuanto para ello tuvieron libertad.

Aunque los dibujos son muy variables, parece indudable que obedecen á un sistema tradicional.

La operación comienza cuando los niños tienen de ocho á diez años para que se halle terminado antes de la nubilidad, puesto que no se hace de una vez sino por temporadas. Después de la época mencionada, solo se agregan algunos dibujos excepcionalmente, aunque algunos refuerzan los antiguos por medio de nuevas operaciones.

Los hombres se pintan una franja desde los muslos hasta el tobillo; en hombros y bra-

zos dibujos diversos, en las muñecas líneas y franjas perpendiculares al eje del brazo.

Las mujeres pintan más aún su cuerpo, sobre todo hácia las regiones glútea y del hipogastrio, hácia las caderas se pintan dos fajas, y dibujos varios en todo el muslo y lado externo de la pantorrilla.

Se arrancan la barba y el vello, valiéndose de unas conchas como pinzas.

Los hombres no se consideran perfectos mientras no son reducidos al estado de monorquídos por medio de una operación cruenta.

Se hacen, en fin, incisiones y quemaduras en el pecho, brazos y piernas, con el objeto de obtener cicatrices lineales y punteadas que les adornan y acreditan de sufridos y valientes.

Los hombres de clase más elevada usan un cinturón ancho adornado con piedras y conchas y una especie de casulla que recuerda el poncho americano, pero todos visten el conocido kol ó kuol, que es una especie de tonelete confeccionado con tiras estrechas de hojas, pendientes por uno de sus extremos de un cordón que amarran á la cintura.

Las mujeres usaban antiguamente una prenda semejante, pero con las tiras de hoja más largas, y pasaban ese vestido por

debajo de un brazo y lo anudaban sobre el hombro del opuesto lado. Este traje ya es poco frecuente y lo han sustituido por un pedazo de tela en que se envuelven desde la cintura hasta la rodilla, y algunas añaden un cuadrado de tela con un agujero en medio para meter la cabeza como en el poncho americano.

Los misioneros metodistas consiguieron que muchas mujeres usáran una bata flotante ó blusa larga que las cubre desde el cuello hasta el tobillo, pero solo suelen usarlas para ir á la colonia y se la quitan en saliendo de ella: y los hombres visten camisas y chaquetas, pero con dificultad abandonan el kuol.

Las armas nacionales eran una lanza con punta de la espina de raya, una dextral de concha sujeta en un mango de palo, cuchillos de igual materia, flechas con punta de espinas y la houda que manejan con gran destreza pero desde que llegaron los europeos han adquirido los insulares el hierro, con el que arman sus lanzas, y han aprendido á manejar utensilios más perfeccionados.

Las mujeres llevan siempre bajo el brazo una faca y los hombres usan un machete largo de medio metro, recto, de cinco centímetros de ancho y terminado en punta. Faca y machete se llevan siempre sin vaina.

Por último, los kanakas de Ponapé tienen rifles y fusiles que manejan muy bien.

Sus viviendas están diseminadas cerca de las costas sin constituir aldeas.

Las casas son de forma cuadrilátera con el piso elevado un metro sobre el suelo por medio de plataformas de piedra: las paredes suelen ser de tejido de caña ó bejuco y hojas de marfil vejetal y en ellas hay algunas aberturas que hacen las veces de puertas y ventanas, pero la techumbre es de hojas, y en el centro de la vivienda se ve el hogar: excusado es decir que en los establecimientos europeos se construyen edificios de diferente modelo. Las grandes casas comunales que se llaman *imu-en-takai* que no suelen faltar en ninguna aldea, son el punto de reunión para los jefes y albergue para los forasteros, depósito para las piraguas y sobre todo para piedras en que hacen el Choko que es de donde toman su denominación.

Cerca de Metalanim, en la costa E., se conservan aún las notables ruinas que no sabemos con qué fundamento se anunciaron en Europa como restos de una antigua ciudad española. Están constituidas por grandes muros de piedra basáltica cuyos bloques prismáticos superpuestos unos á otros forman un doble muro de los que

el exterior mide 27 m. de largo 6 de alto y 2 de espesor, y el interior 20 de largo, 5 de altura y 2 de espesor, circundan los recintos en donde, según se dice, los antiguos habitantes enterraban á los jefes; cerca de estos venerables lugares hay también grandes plataformas de piedra semejantes, aunque mayores, á las ahora construidas como fundamento de sus habitaciones

En Kiti se han encontrado también los restos de uno de estos grandes cementerios antiguos.

Estos isleños no parecen muy aficionados á la agricultura, á pesar de lo cual cultivan algo de algodón, tabaco, maiz, cacao, papaya, café y kawa, y aunque se ha importado el ganado vacuno, nadie se cuida de él. En cambio son buenos pescadores,

Aprochando las buenas maderas que les ofrece su isla, construyen las admirables embarcaciones que tan justo renombre han proporcionado á los carolinos, pero es muy extraño que aunque se proveen de las velas triangulares, son, sin embargo, poco aficionados á grandes viajes.

Todo trabajo de carpintería está encomendado á un gremio ó clase especial.

Sus célebres uar ó piraguas, llamadas barcas volantes, son largas y estrechas,

con dos altas proas en los extremos, con una plataforma techada en el centro, y un complicado balancín en el costado derecho; usan velas triangulares de tela y esterilla. Las piraguas de guerra pueden llevar hasta 50 hombres; son las mayores y están pintadas de blanco, negro y rojo, las proas adornadas con rosetones y borlas de colores distintos, los costados llevan varios dibujos, franjas y cuadros de colores alternados. Estas embarcaciones llevan buena provisión de piedras para honda.

Aunque con una especie de telar muy primitivo y característico, tejen sus telas con las fibras del plátano y del árbol del pan; también fabrican ollas de barro, pero no las barnizan, hacen platos de madera, cucharas de concha, cestas de hojas, vasijas de cáscara de coco y calabaza.

El conocido tonelete llamado Kol ó Kuol se hace con las hojas tiernas del coco muy jóven, que colocan entre piedras calientes para darlas consistencia y tenacidad. Tallan unos remos de lujo que sirven como símbolo de autoridad.

En Ponapé se conservan ciertos vestigios de costumbres polinesias entre los que debe citarse el uso de la kawa que se bebe en sus fiestas cívico-religiosas, pero que no confeccionan aquí por el repugnante sistema

de la masticación, pues estos indígenas son muy escrupulosos y limpios en sus comidas.

La bebida mencionada se llama choco en Ponapé y se prepara en las casas comunales con ciertas ceremonias.

En esos edificios hay unas grandes piedras de donde toman su nombre, como ya queda dicho.

Estas piedras redondas ó de figura ovalada sirven para machacar sobre ellas los tallos de una especie de pimienta (Piper methisticum) que golpean con piedras de un kilogramo á guisa de mazo, hasta que convertida en papilla se envuelve dentro de unas grandes hojas que se exprimen y retuercen para que se desprenda el jugo que se recoje cuidadosamente en una cáscara de coco.

La operación es presidida por el jefe, que, acompañado de los principales, ocupa una plataforma ó tribuna especial.

El jefe presidente recibe desde luego las primicias de la operación que le son ofrecidas tendiendo ambas manos y bajando la cabeza, después beben los principales por órden de categorías hasta los de rango inferior.

Este licor produce rápidamente una embriaguez especial, quedando los que la usan

amodorrados ó tan decaidos que apenas pueden hablar ni menos moverse, por lo cual suelen acudir á la ceremonia provistos de un largo palo en que apoyarse.

En tal estado se oye cuanto se dice y se recuerda cuanto han pasado los fenómenos hipnóticos, que son los únicos propios de esa clase de embriaguez.

La bebida y confección del choco vienen á constituir una especie de fiesta religiosa.

En Ponapé se tolera una especie de poligamia que de hecho no suelen usar más que algunos principales, contentándose los demás con una sola mujer. Los que tienen varias, consideran á una como esposa y á las demás como simples concubinas obligadas á servir á la otra.

El matrimonio se verifica sin grandes ceremonias. Los padres del nóvio van á casa de la familia de la pretendida, á quien ofrecen un canasto de frutas como arras del futuro casamiento: si es aceptado el regalo, vuelve la madre del nóvio al siguiente dia, unje á la futura con aceite de coco, la coloca en la cabeza una corona de hojas, y queda terminado el acto, marchándose los recien casados á su casa después de una fiesta de familia.

La mujer es bien tratada, y tanto ella, como los maridos, usan y aún abusan del

divorcio, sin contar con que es costumbre muy admitida, y práctica muy frecuente. que cambien sus mujeres los hermanos y aun los amigos.

La pureza es una virtud poco apreciada en la mujer, que con la mayor facilidad prestan y alquilan á los extranjeros. Las que aún están solteras tienen una vida tan libre que apenas es concebible para el europeo.

Los cadáveres son lavados y después unjidos con aceite de coco y vestidos se colocan en un ataud que se entierra en la misma casa ó fuera de ella, y en este caso hacen sobre la tumba una especie de caseta ó camarín; pero la primera señal de luto es celebrar una ó muchas comidas en que se consume cuanto poseía el finado, y después los parientes se cortan algunos mechones de pelo.

No es exacto que no tuviesen religión antes de la llegada de los europeos como se afirma demasiado á menudo. ni menos que su lenguaje careciera de la pabra Dios, puesto que tiene su equivalente en el vocablo Kot.

Su dios principal parece que es el llamado Iyopan, pero el culto se tributa casi exclusivamente á las divinidades secundarias llamadas Ani, que vienen á ser

los espíritus de sus jefes antepasados. Los sacerdotes llamados Ediomet tienen un gran influjo, y en las fiestas religiosas de choco parece que se rijen por ciertos ritos tradicionales, así como en la gran fiesta anual que celebran para bendecir todas las embarcaciones construidas en el año.

Creen en una vida de ultratumba, por lo cual respetan mucho las sepulturas, encima de las que colocan un remo para los varones y algún utensilio doméstico para las mujeres, pero la primera señal del duelo como ya queda indicado, es consumir todos los bienes del difunto saqueando su casa.

Los habitantes de Ponapé son espansivos, muy locuaces, inteligentes, y tan pedigüeños como ingratos, generosos y hospitalarios, pero rencorosos y vengativos hasta el punto de que jamás perdonan los agravios, y el trato con los europeos les ha proporcionado las bebidas alcohólicas de las que abusan desgraciadamente.

Los sujetos pertenecientes á la clase principal llevan el nombre de Aroi, que se dividen en jefes llamados Munyab y principales que se denominan Cheriyó, los cuales jamás se casan con indivíduos de clase inferior y son los únicos propietarios; para acercarse á estos aristócratas tie-

nen sus subordinados que postrarse.

Cada distrito se rije por un régulo independiente. Los jefes tienen á veces una especie de consejero ó ministro que cuida, entre muchas y variadas cosas, de que se guarden para el jefe las primicias del árbol del pan y del marfil vejetal, así como el producto de la primera pesca obtenida con una red nueva.

Viejas corruptelas han desnaturalizado una antigua institución de la que, sin embargo, se encuentran vestigios aquí como en otras partes de la Micronesia: nos referimos á esas enigmáticas sociedades que en esta isla se llamaban Ziamoru, y á la cual pertenecían por derecho propio los principales de cada distrito, teniendo casas especiales y aisladas para sus reuniones en las que después de pruebas secretas, iniciaban á sus novicios y celebraban sus fiestas.

Las diferentes tribus se hacen muy á menudo la guerra, que se declara con el envio de raices de kawa, y desde entonces la sorpresa y la traición es legítima para apoderarse de los frutos del enemigo hasta que se consigue por alguna de las partes beligerantes cortar la cabeza de alguno de los adversarios, con lo cual se termina la lucha, celebrando gran fiesta la tribu ven-

cedora en torno del sangriento trofeo, que tienen que rescatar los vencidos con el importe de una fuerte multa.

No se crea por lo que va dicho que los insulares de Ponapé no sepan luchar más en sério, pues estas pequeñas guerras solo son llevadas á cabo para ventilar asuntos de poca importancia relativa, y sus contendientes tienen en la costumbre una especie de convenio tácito que respetan mucho algo así como lo que en Europa se llama derecho de gentes; pero cuando no concurren esas circunstancias, los insulares combaten con denuedo, aprovechando toda clase de recursos con un buen sistema de fortificaciones, utilizando las armas de fuego, siguiendo á sus jefes con un religioso respeto que establece algo semejante á la disciplina militar y con un arrojo que notablemente les han reconocido los españoles cuando han medido con ellos sus armas.

El caracol es la conocida trompeta guerrera, pero en Ponapé usan como instrumentos músicos una flauta que tocan á veces soplándola con la nariz, y un tambor alargado que golpean con los dedos.

Carecen de verdadera escritura pero se comunican á distancia enviándose hojas de árbol, cuyas puntas doblan según un sistema convencional.

El idioma que se habla en Ponapé viene á ser el mejor conocido de la Micronesia desde que el misionero capuchino R. P. Ariñez publicó el diccionario y gramática de esa lengua que propone se llame kanaka, si bien hay que convenir en que ese nombre se ha de prestar á muchas confusiones por los motivos que ya quedan expuestos.

Este lenguaje consta solo de quince sonidos ó letras á pesar de lo cual es dulce y sonoro.

El mecanismo gramatical es el de las lenguas aglutinantes usándose ya las prefijas, ya las sufijas, pero sin haber llegado al empleo de las interfijas que tanto abundan en los dialectos malayos.

El idioma de Ponapé se compone de raices que por medio de afijas forman las verbales, y lo mismo sucede para designar el género, número y caso de los nombres, así como el tiempo, modo y voz de los verbos en las lenguas de flexión.

La gramática del idioma de Ponapé siendo tan sencilla tiene, sin embargo, algunas particularidades muy dignas de llamar la atención.

Tal es, por ejemplo, la existencia de los dos artículos determinativos que sirven para expresar bien la presencia, bien la ausen-

cia de las personas ó cosas de que se habla; la existencia de un número dual, del que apenas quedan vestigios en las lenguajes malayas y, sobre todo, el uso del verbo sustantivo, cuya procedencia es digna de algún estudio.

Además del idioma citado usan otro especial en sus ceremonias religiosas.

La isla se encuentra dividida en varios territorios más ó menos independientes entre sí, á los cuales los europeos han adornado con el título de reinos y estados, cada uno de los cuales se rije por uno ó varios jefes que más de una vez han sido agraciados con el calificativo de reyes, á lo cual ha contribuido acaso el espectáculo de las grandes manifestaciones de religioso respeto y veneración con que se acercan á ellos los subordinados

El número de estos territorios es actualmente cuatro, llamados Kiti, U, Chocach y Not, pero solo en los dos primeros hay á su cabeza un régulo de la superior gerarquía, Antes había también el territorio de Metalenim que fué repartido entre U y Kiti en 1890.

El trato de estos insulares con los europeos ha despertado sus dormidas aptitudes, y la facilidad con que la isla puede proveer de víveres á los buques ha sido

causa de que Ponapé haya sido tan frecuentada ahora por los balleneros como antes lo eran las Marianas.

Como consecuencia lógica de tales visitas se encuentran los indígenas en un estado relativo de adelanto, habiendo desechado sus antiguas armas á cambio de las que los europeos les han proporcionado, entre las cuales se cuentan muchos fusiles que manejan admirablemente.

Los misioneros metodistas que se establecieron en la isla como religiosos y como comerciantes hicieron pequeños progresos consiguiendo sembrar alguna instrucción entre los isleños.

Debemos consignar, sin embargo, el hecho siguiente, que tiene mucha significación.

Al disolver el gobierno español la tribu de Metalenim repartió su territorio entre los régulos de U y de Kiti: al efecto se extendieron dos actas, pero ninguno de los principales reunidos sabían firmar. Sin embargo, en cada tribu hay maestros metodistas.

Con motivo de la creación del Gobierno P. M. de las Carolinas Orientales se ha establecido la capital de este distrito en el puerto de Santiago de la Ascensión, pero todavía la colonia española no pasa de ser un puesto militar en el cual se halla ade-

más la residencia de la misión católica establecida en el mismo tiempo. Más modernamente todavía se han echado los fundamentos de otra nueva misión en Kiti, pero como todos estos establecimientos son de hace muy poco tiempo no se puede apreciar modificación notable en el estado de los indígenas, que en 1887, 1890 y 1894 se sublevaron dando lugar á sangrientos escarmientos por parte del gobierno español, sin que todavía haya lugar de que se sientan sus saludables efectos; así es que tenemos que estudiar á los isleños en su estado social muy primitivo, apenas alterado por el trato con los europeos.

MOKIL.

Se halla al E. de Ponapé y está constituida por un arrecife en el que se hallan tres isletas bajas cubiertas de palmeras.

Fué descubierta en 1824 por Duperrey que la dió su nombre mientras que otros navegantes la llaman isla de Wellington.

PINGELAP.

Fué descubierto por Murgrave en 1793 por lo que Krusenstern la designa con el nombre de ese navegante, como en 1807 se la llamó isla de Macaskill por el capitán de este nombre y Worth la denominó en 1820 Tucksreef and Sailrock.

Es un atol pequeño que no alcanza una legua de diámetro formado por un arrecife sobre el cual hay varias isletas bajas y con bosque; las principales son Pingelap llamada también Pelelap, al lado O., y Takai, que se llama también Tungulú, al lado E.

PROVIDENCIA.

A unas setenta leguas al N. de Mokil y Pingelap se hallan los arrecifes de este nombre señalados desde muy antiguo en los mapas españoles que en 1811 los apellidaron Providencia por el buque de este nombre; después en 1864 les dió James su nombre propio, aunque también los designa con el de Morningstar; todavía en 1867 los aplicó Kewley también su nombre.

Es un atol de unas tres leguas de largo en su mayor diámetro que se dirije de ONO. á ESE. formado por un arrecife sobre el cual hay diez isletas habitadas, que aunque de escasa importancia, han merecido, sin embargo, que los alemanes se manifestáran reacios para reconocer á España el derecho indiscutible que, á pesar de ello, consta en el último protocolo á que dió lugar la célebre cuestión de Carolinas.

UALAN.

Es la más oriental de todas las carolinas y una de las más notables del archipiélago y por consiguiente de la Micronesia entera.

Es la señalada en los mapas con el nombre de Kusaie, Walan, descubierta en 1530 por Saavedra y visitada en 1804 por el americano Crozer que la llamó Strong, lo cual no impidió que en 1807 la diera el nombre de su buque el capitán del barco *Ilope*; otros navegantes la han llamado también Experiment, Teyoa y Armstrong, y parece que los carolinos orientales la denominan también Arao.

Es una isla de dos leguas de diámetro, montuosa y con algunas mesetas; su te-

rreno es basáltico, de color rojizo y en las costas abundan las calizas coralinas: la vejetación es riquísima cubriendo hasta los más altos picos: tiene muchos riachuelos, La isla se estrecha hácia su parte media formando uua península al N. y otra al S. La primera está constituida por un monte redondeado de 515 metros de elevación que desciende suavemente. La otra, que es mucho más extensa, está cortada por una cordillera que se dirije al SO. desde el N. contando entre sus más elevados picos el monte Crozer con una elevación de más de 600 metros y notable por su forma cónica, y el llamado Monumento con dos picos que alcanzan una altura próxima á 450 metros.

Un arrecife circunda á toda la isla separándose de ella por la parte S. para abrazar á una fajita de isletas que se hallan en esta parte.

Cuenta la isla con un buen puerto en su lado N. que es el llamado de Lela y también Nimolschon aunque los navegantes ingleses le denominan Weatherharbour y es considerado por algunos escritores como formado por el cráter de un antiguo volcán submarino. En el centro se encuentra la pequeña islita de Lela, residencia del principal régulo. Hácia el SO. se encuentra además otro puerto llamado Lee y también Coquille

ó Concha por su forma, pero que los navegantes suelen denominar simplemente puerto del O. en cuyo centro se halla la pequeña isleta Matanyal.

Por último, hácia el S., se encuentra otro pequeño puerto llamado Lothin.

La población de esta isla asciende solo á 700 habitantes en los cuales se reconocen algunos vestigios polinesios como, entre otros, el uso del kawa, pero que se prepara como en Ponapé, y el tabú que impide á las mujeres comer juntas con los hombres.

Las mujeres suelen llevar colgado un pequeño cojín sobre el cual descansan naturalmente al sentarse y recojen sus cabellos largos y negros en un moño á un lado de la cabeza, diferenciéndose así de los hombres que llevan el pelo recojido en la parte superior.

Construyen sus casas con gran habilidad y elegancia, manteniéndolas muy limpias: el techo baja hasta un metro del piso que es de tejido de caña, y en las paredes suelen tener dos puertas, una de las cuales es tan pequeña que no merece tal nombre: pero las habitaciones de los principales están constituidas por un muro de piedra que circunda varias casas para sus mujeres.

Sus aldeas se encuentran igualmente rodeadas por muros de piedra y sus calles muy bien empedradas: los grandes edificios comunales de que no carece ninguna, están abiertos en su parte anterior y tienen la entrada en uno de los costados y un altar en un rincón.

Pero las obras más notables de los habitantes de esta isla son sus sepulcros y sus canales: estas obras de piedra hacen á la isla muy interesante. Desde la costa se extienden por el interior magníficos muros que contienen el agua de los canales en que navegan las frágiles embarcaciones de los insulares, y las antiguas sepulturas constituidas por grandes bloques de piedra en equilibrio recuerdan los llamados *dolmans*.

Sus embarcaciones son idénticas á las de Ponapé, pero no tienen velas, de manera que nunca abandonan las costas, lo cual es bien extraño en este adelantado pueblo micronesio.

El dios principal es Sitel, pero generalmente solo tributan culto á las divinidades secundarias llamadas Anut y que son los espíritus de los jefes antepasados en honor de los cuales se celebran las fiestas de kawa y se depositan ofrendas en el altar de la casa comunal. También celebran grandes bailes á los cuales se convoca con la trompeta de caracol.

Los cadáveres se entierran dos ó tres días despues de la defunción, pero algunos meses más tarde se los busca de nuevo y después de bien limpios son depositados en sepulturas especiales cerca de la costa: sobre las tumbas de los principales se erijen monumentos constituídos por un muro cuadrangular de piedra y la costumbre de robar y consumir los bienes del difunto es también general en estos insulares.

Estos se dividen en dos clases. Los principales, llamados Uros ó Iros, entre los que se cuentan los jefes ó caudillos y los ricos ó señores que son los únicos propietarios y los pobres ó plebeyos que carecen de propiedad territorial y que para hablar á los anteriores deben arrodillarse. El jefe de la isla vive con los demás gobernantes ó caudillos en la isleta de Lela: este reyezuelo lleva el nombre de Tokesan y recibe de los otros caudillos los mismos honores que estos de sus subordinados. Los jefes reunidos en Lela tienen á su cargo el gobierno de las aldeas que ejercen por medio de delegados pertenecientes también á la clase ó señores.

El idioma especial de estos insulares es un dialecto micronesio bastante distinto del de sus vecinos.

En Kusaie se han reconocido ciertas ruinas semejantes á las halladas en Ponapé y que han sido calificadas de igual manera como antiguos cementerios.

En 1852 se establecieron en Kusaie los misioneros metodistas y en ella se han refugiado también los expulsados de Ponapé en 1890.

CUADRO

DE LA

SITUACIÓN GEOGRAFICA DE LAS PRINCIPALES ISLAS DE LA MICRONESIA ESPAÑOLA

ARCHIPIÉLAGO DE MARIANAS.	Longitud E de Madrid		Latitud Septentrional	
	Grad.	Min.	Grad.	Min.
SECCIÓN DEL SUR				
Guajan.	148	30	13	30
Rota	148	55	14	8
Aguiguan	149	14	14	54
Tinian.	149	17	15	1
Saipan	149	22	15	14
GANI Ó SECCION DEL NORTE				
Farallon de Medinilla.	149	42	16	1
Anatagan.	149	27	16	20
Garigan	149	26	16	40
Piedras de Torres	149	32	16	54
Guguan	149	33	17	16
Alamagan.	149	35	17	35
Pagan.	149	34	18	5
Agrigan	149	25	18	47
Asunción.	149	8	19	41
Las Monjas.	149	2	20	6
Urracas.	148	50	20	30
Farallón de Pájaros.	148	17	21	15

ARCHIPIELAGO DE PALAOS	Longitud E. de Madrid. Grad.	Min.	Latitud Septentrional Grad.	Min.
Tobi.	134	45	3	2
Puu Ana.	135	44	4	38
S Andrés. Kazagube.	135	57	5	19
S Andrés. Sonsorol.	135	57	5	20
Pulu María.	136	9	4	19
Angaur.	137	46	6	54
Palaos. Pelelin.	137	50	6	59
Palaos. Eilmalk.	138	1	7	12
Palaos. Uruksapel	138	15	7	15
Palaos. Korror	138	21	7	40
Palaos. Babelsaob.	138	18	7	21
Arcangel.	138	16	8	14
Kaiangel.	138	29	8	8
ARCHIPIELAGO DE CAROLINAS.				
CAROLINAS OCCIDENTALES				
Matalotes.	141	17	8	40
Yap.	141	48	9	35
Los Reyes. Egoi.	143	28	10	15
Los Reyes. Garbanzos.	143	41	10	9
Suro.	144	13	8	6
Fais	141	17	9	46

CAROLINAS CENTRALES	Longitud E de Madrid.		Latitud Septentrional.	
SECCIÓN DEL OESTE	Grad.	Min.	Grad.	Min.
Euripik.	146	52	6	40
Uleai.	147	16	7	21
Ifalik.	148	12	7	15
Faroilap.	148	17	8	35
Olimarao.	149	28	7	45
Elato.	150	»	7	30
Lamol'ork	150	12	7	23
Lamotrek.	150	14	7	30
Westfayu.	150	35	8	3
Satauat.	150	48	7	18
Pik.	150	51	8	38
Pikelot.	151	25	8	7
SECCION DEL ESTE.				
Cata . . . . Alet.	152	57	7	27
Poloat.	153	4	7	26
S. Bartolome.	152	59	6	40
Los Martires. Olap	153	12	7	39
Tamatan.	153	13	7	36
Fanatik.	153	16	7	42
Jardines . . . Onoun.	153	40	8	31
Magur.	154	7	8	43
Piserar.	154	13	8	34
Pájaros.	155	7	8	33

		Longitud E de Madrid		Latitud Septentrional	
		Grad.	Min.	Grad.	Mi.
Hogoleu	Tol	155	20	7	14
	Ulalu.	155	24	7	17
	Falabogoz.	155	24	7	14
	Udot.	155	27	7	16
	Eot.	155	31	7	16
	Eiol.	155	32	7	15
	Parad k.	155	33	7	15
	Tarik.	155	33	7	14
	Zis.	155	35	7	11
	Ruk.	155	36	7	14
	Moen.	155	38	7	20
	Dublon.	155	38	7	16
	Umol.	155	39	7	11
	Isla del Sur.	155	44	6	52
Hall . . .	Paceres.	155	45	8	30
	Barbudos.	156	5	8	40
S. Rafael.		156	20	6	50
Losap.		156	26	6	53
Namuluk.		156	57	5	54
Mortlok	Sotoan.	157	26	5	21
	Etal.	157	26	5	38
	Lukunor. Lukunor.	157	30	5	35
	Lukunor. Funoar.	157	36	5	37
Pikirap.		158	26	1	4
Nukuor.		158	43	3	31
S. Agustín.		158	46	7	40
CAROLINAS ORIENTALES.					
Pasión.		161	8	5	47
Senjawin	Pak'n.	161	45	7	4
	Ant.	161	44	6	46
	Ponapé	161	57	6	52

	Latitud E. de Madrid		Latitud Septentrional	
	Grad.	Min.	Grad.	Min.
Mokil	163	29	6	40
Pingelap.	164	28	6	12
Providencia.	164	49	9	36
Ualan ó Kusaie	166	47	5	19

APÉNDICE

PORVENIR DE LA MICRONESIA ESPAÑOLA

Difícil es penetrar en los arcanos de lo futuro y verdaderamente imposible determinar las contingencias que pueden ocurrir en los tiempos venideros; pero las naciones lo mismo que los indivíduos tienen que hacer uso de su previsión y no dejarse arrastrar por los acontecimientos, entregándose con ceguedad al fatalismo.

Un grave y difícil problema se presenta para España con relación á sus posesiones de la Micronesia.

Inútil es aplazar la resolución de la dificultad que depende solo de la naturaleza misma de las cosas, que, por lo tanto, no se han de modificar ventajosamente por sí mismas.

La vacilación solo puede servir para continuar durante largo tiempo con los inconvenientes actuales.

Recordemos, en efecto, lo que se ha dicho respecto á la Micronesia, y se comprenderá enseguida que al ganar España el pleito que suscitó Alemania, se impuso gastos y obligaciones que solo pueden reduudar en beneficio de los extraños, mientras no se modifiquen las tendencias y forma de ocupación, para obtener algún fruto del dominio.

Las numerosas islas de la Micronesia española diseminadas en un gran triángulo que no mide menos de ciento treinta y ocho mil seiscientas leguas cuadradas, no pueden tener entre sí muy estrechas relaciones mercantiles puesto que las distancias de unas á otras son ya un suficiente obstáculo para los viajes, aunque se quieran olvidar las demás dificultades materiales debidas, por ejemplo, á los arrecifes, vientos y corrientes.

Esto aparece más claro aún, cuando se recuerda que todas esas islas tienen una

extensión superficial exígua que apenas puede apreciarse en ciento cuarenta leguas cuadradas, repartidas en diminutas partículas por aquella gran extensión que ocupan las azules aguas del Océano Pacífico.

En esos montoncillos de piedra madrepórica recubierta de una ligera capa de tierra que nutre una vejetación exhuberante, solo se cuentan unos cincuenta ó sesenta mil habitantes, que mimados por la pródiga naturaleza y sin relaciones con el mundo civilizado, permanecen contentos con su fortuna, casi completamente libres de las necesidades que son y han sido en otras regiones los obligados estímulos para que el hombre saque partido de su actividad y de su ingenio caminando con seguro paso por el camino del progreso.

Claro es que los micronesios en medio de tales circunstancias no sacan grandes productos de sus islas, contentándose con alargar la mano para tomar lo más estrictamente necesario para el sustento, y carecen, por lo tanto, de todas las industrias y hasta de agricultura, como casi tampoco tienen comercio ya que son tan pocos los géneros que piden á cambio de los que nacen expontáneamente en sus islas y pueden fácilmente dar á la exportación.

Esto no quiere decir en modo alguno que

las islas no sean susceptibles de ciertas explotaciones, puesto que, por el contrario, la extraordinaria feracidad de aquellas tierras brinda con todo género de prosperidades al hombre laborioso, y algunos de los productos expontáneos que compran los europeos y americanos representan ya hoy una fuente de riqueza que podrá fomentarse en beneficio de todos multiplicando las utilidades de ese comercio; pero será forzoso reconocer que este es aún de tan escasa importancia que solo debe mirársele como punto de partida para mejorar en el porvenir la situación de las islas.

Por último, hay que fijar la atención en una triste circunstancia, quizás inevitable, puesto que realmente parece depender de causas muy complejas y casi por completo desconocidas.

La población de la mayor parte de la Micronesia española pertenece á esa raza especial que vive en esta subdivisión de la Oceanía y que, según todas las apariencias, lleva en sí misma los gérmenes destructores que la condenan á pronto y fatal aniquilamiento.

Tal es en realidad la Micronesia española. Un vasto mar sembrado de pequeñísimas islas deshabitadas en gran parte, y ocupadas las otras por una raza caduca

sumida en gran atraso y que no explota el feraz suelo que la sustenta.

Así podrá comprenderse cómo durante largo tiempo permanecieron olvdadas para España la mayor parte de sus posesiones en la Micronesia, y lo mismo le hubiera suscedido al archipiélago de Marianas probablemente, sino se hubiera convertido por su posición en obligada escala para los barcos que hacían los viajes entre Filipinas y América. En prueba de lo cual basta recordar que tan pronto como cesaron los mencionados viajes, cayeron también las Marianas en olvido que han lamentado varias veces algunos gobernadores de las mencionadas islas.

Obligado después el Gobierno español á tomar posesión y ocupar materialmente las Palaos y Carolinas, claro es que procura que se cumpla esta exigencia con la mayor economía; pero de todas maneras resulta un gravámen de bastante importancia para el presupuesto de Filipinas que es el que sufraga todos esos gastos.

Hay que convenir en que la ocupación, limitada solo á dos pequeños destacamentos en Yap y Ponapé, con un buque de guerra de estación en la última, no puede responder á las legítimas aspiraciones de la nación que se impone aquellos gastos sin

más ventaja que la de obligarse á defender los intereses del comercio extranjero y á castigar los desmanes de los indígenas.

Los que no hayan analizado con detención las condiciones en que se halla la Micronesia española, y pongan sus ojos en el cuadro anterior, claro es que han de preguntarse con extrañeza cuál sea el objeto de la posesión de unas provincias tan inútiles como comprometedoras para la Metrópoli.

Por eso no extrañará que siendo tan mal conocida la Micronesia española, después que se calmó el entusiasmo patriótico suscitado por Alemania, la gran mayoría del pueblo español no sepa explicarse la gran importancia que revistió aquel acontecimiento, y una vez satisfecho el amor propio de la nación con el reconocimiento de su soberanía sobre aquellos territorios, se haya comenzado á considerar como inútil una ocupación que, en su concepto, no puede reportar ninguna clase de beneficios.

La consecuencia más natural de semejantes argumentaciones es bajar poco á poco la peligrosa pendiente para llegar al fin á proponer el abandono de las Palaos y Carolinas, cuando no el de toda la Micronesia, puesto que no ya entre los individuos del vulgo indocto, sino entre los estadistas españoles hay varios que creen de buena fé

que ningún partido puede sacarse de aquellas piedras coralinas que tímidamente sacan su cabeza del profundo seno del mar Pacífico.

Por más que hiera las delicadas fibras del sentimiento nacional, la verdad es que tal proposición parecerá completamente justificada para el frío razonamiento, mientras no se modifique la presente situación de política negativa y comience un régimen sistemático, con tendencias definidas que tengan por objeto el engrandecimiento de aquellas posesiones que, de lo contrario, no serán para España más que una rémora y un constante compromiso sin utilidad ninguna.

Es preciso, por lo tanto, dejar pronto el actual camino y emprender otros nuevos apenas vislumbrados todavía.

No se puede pensar, sin embargo, en que la nación promueva directamente una inmigración de los colonos asiáticos, ni menos europeos, para fomentar la agricultura y aumentar la decadente población.

Esos medios han de ser ciertamente de gran utilidad en algunas localidades, á donde oportunamente no dejarán de acudir los particulares dirigidos por sus intereses privados, con tal que por el Gobierno se les preste verdadero apoyo, pero la directa

iniciativa del Estado suele ser ineficaz y hasta contraproducente para llevar al terreno de la práctica semejantes empresas.

Enviar colonos á tantas islas donde hay que crear todo lo que es indispensable al hombre civilizado, donde cada cual ha de ser un maestro de todos oficios, no es una obra bien adecuada para el Estado, que debe favorecerla pero dejando á la perspicacia individual que descubra los momentos oportunos y la forma conveniente para comenzar la colonización en cada una de aquellas localidades tan diferentes entre sí por muchas de sus especiales condiciones.

Aunque solamente se tratára de colonizar algunas de las islas, el proyecto presentaría dificultades más ó menos graves que promoverían una reglamentación complicada, la cual sería por sí sola un obstáculo quizás insuperable para conseguir el objeto apetecido; pues los minuciosos formalismos de la Administración pública se convierten, como es bien sabido, en trabas que imposibilitarían los buenos propósitos de la nación.

Tampoco se puede contar mucho para el porvenir con las razas indígenas actuales, que parecen llevar en sí el gérmen de su próxima destrucción; pero España no puede abandonarlas con indiferencia dejándolas

entregadas á su triste suerte, ni menos precipitar indirectamente su destrucción, ya que á esto se reduciría en último término la sustitución violenta de aquellos atrasados pueblos por otros más ó menos heterogéneos, pero procedentes de naciones más adelantadas.

Aparte de que semejante procedimiento fuera quizás punto menos que imposible, sería por otra parte poco humanitario; y hasta merecería el calificativo de cruel la nación que sin prestar su protección á los isleños los colocára, relativamente indefensos por su ignorancia, enfrente de vigorosos adversarios provistos de los potentes medios materiales y morales que suministran las civilizaciones más adelantadas para vencer en la lucha por la existencia.

La noble nación española se ha distinguído siempre por los altos fines que ha perseguido en su colonización: y por más que haya sido muy calumniada de propios y extraños, todos habrán de conceder y juzgar con imparcialidad que jamás fueron aprobados por la nación los procedimientos de crueldad reconocida, y, por el contrario, persiguió siempre con insistencia, sobre todo en la Oceanía, el santo fin de levantar á los pueblos bárbaros, elevando á la categoría

de hombres civilizados á los infelices que vivían sumidos en las tinieblas de la ignorancia.

La raza micronesia, por lo demás, aún cuando se halla realmente en el camino de su aniquilamiento, puede, sin embargo prestar servicios importantes y tanto mayores cuanto más prolongue su existencia. Su mezcla y cruzamiento con otras gentes puede producir los resultados más ventajosos, como tiene demostrada la experiencia.

En el archipiélago de Marianas existía una raza perteneciente á los micronesios cuando llegaron á las islas los españoles.

Los chamorros disminuían rápidamente, hasta que reducida la población á un exíguo número proyectó el gobierno español colonizar lentamente aquellas islas trasportando á ellas cada bienio seis familias tagalas.

Este pequeño contingente y la constante ingerencia de alguna sangre española bastó para que se duplicára la población en menos de medio siglo, y desde entonces el aumento más ó menos considerable ha continuado hasta nuestros días; de mañera que la raza micronesia puede servir de segura base á una vigorosa población, inteligente y fecunda, leal y fuerte, si por medio de la cultura se la pone pronto en condiciones de cruzarse

con otros elementos que la comuniquen ó devuelvan aquellas misteriosas fuerzas necesarias para su conservación y que parecen gastadas ó consumidas en estos como en otros varios pueblos de la Oceanía.

Suponiendo que el progreso de la Micronesia Española llevase numerosos inmigrantes de procedencias distintas á las mencionadas islas, ya se comprenderá que la raza indígena podría mezclarse con las extrañas y lo haría con tanta mayor facilidad cuanto mas elevada fuera la cultura que se les hubiera comunicado; y los mestizos que resultáran del cruzamiento tendrían las ventajas relativas y las buenas cualidades semejantes á las que se han reconocido en los actuales marianicos que antes fueron citados como ejemplo y término de comparación.

Dos consecuencias importantes parecen desprenderse lógicamente de las breves consideraciones ligeramente apuntadas. La primera es que la nación española no debe emprender por sí misma ninguna forma de colonización en la Micronesia, pero que por todos los medios debe fomentar las fuentes de riqueza que allí existan y favorecer la inmigración de los elementos productores con arreglo à las condiciones de oportunidad que señalen

las iniciativas de los intereses privados; la segunda es que ni por tradición ni siquiera por egoismo, debería España abandonar á su triste suerte á la raza micronesia dejándola sumida en la ignorancia y barbarie, sino que, por el contrario, debe cumplir su alta misión civilizadora procurando comunicar las luces del progreso y la religión á los desdichados micronesios que solo con la cultura intelectual y moral podrán hallar los medios de retardar la extinción de su raza, produciendo, en cambio para el porvenir un pueblo fuerte y trabajador capaz de seguir con seguro paso los derroteros propios de la civilización.

Pero no faltará quien dude acaso de la utilidad y ventaja de tan buenos propósitos, puesto que no se ven muy claros los beneficios que pueden obtenerse de ninguna forma de explotación de aquellas islas; y aún cuando se aceptára en principio el fomento de aquella riqueza, no se adivinan con facilidad los medios indirectos que puede plantear el Estado para que estimulen la inmigración de ninguna procedencia.

Muchas personas hay, en efecto, que convencidas de la inutilidad y del excaso valor de aquellas islas, no piden más

que un medio decoroso, un honroso pretexto para promover su abandono, aún cuando sea pasando por un período intermedio de simple ocupación militar de las capitales de Yap y Ponapé.

Esta solución, basada en razones económicas sujeridas por el actual estado de las islas, tiene desde luego en su contra ciertos indicios, entre los cuales parece bastante significativo todo lo referente al conflicto hispano-alemán.

El buen sentido práctico de Alemania no podía pretender la posesión de una colonia que solo sirviera para entretener inútilmente algunas fuerzas de mar y tierra.

Sí: las Carolinas y Palaos pueden valer algo más de lo que suelen creer ciertos espíritus ligeros.

Un atento estudio de ambos archipiélagos hace comprender que no eran descabellados, ni mucho menos, los propósitos de Alemania al pretender apoderarse de unas islas que solo esperan la iniciativa de una previsora política para rendir á la Metrópoli grandes intereses del pequeño capital que deba invertirse para fomentar la riqueza de que son susceptibles aquellas provincias.

En cuanto á la exclusiva ocupación militar de Yap y Ponapé, solo hay que

decir en justicia que se reduce á un injustificado aplazamiento de la solución que se busca, puesto que no mejorando las circunstancias de las islas con esos destacamentos, la dificultad subsiste y solo se habrá conseguido condenar á España por tiempo indefinido á sufragar unos gastos que no habrían de ser jamás reproductivos, y á cambio de su generoso desprendimiento ni siquiera conseguiría la gratitud y el afecto de aquellos insulares, que realmente ningún beneficio habrían recibido con una política tan estéril.

Cuando casi nadie pensaba en Carolinas y Palaos, las islas Marianas venían á representar el verdadero capital activo de la Micronesia española, y en más de una ocasión se manifestaron aspiraciones de crear en estas una colonia floreciente, lo que parece indicar la natural tendencia del patriotismo que pedía mayor prestigio para los dominios de España en aquellas apartadas regiones.

Hay que convenir en que no eran muy tentadoras las proposiciones para el engrandecimiento de Marianas, puesto que generalmente se reconocía la imposibilidad material de que fueran alguna vez reproductivos los gastos, relativamente exhorbitantes, exijidos para la realización de

semejantes pensamientos, y cuando las ilusiones eran forzadas hasta el extremo de suponer que después de algún tiempo se tocarían verdaderos beneficios para la nación, entónces era fácil reconocer que los datos en que se fundaban tales esperanzas eran inexactos y mal apreciados generalmente.

Convertir á Guajan en buena escala para la navegación transpacífica en general, no es empresa fácil aun cuando se prescinda momentáneamente de las condiciones del puerto de San Luis de Apra y los otros de la isla.

Guajan se halla tan desviada de todas las demás estaciones del Pacífico que verdaderamente se la puede considerar situada en el borde de un desierto marino constituido por el Pacífico septentrional y, por lo tanto, es completamente ilusorio cuanto se proyecte para crear allí una escala exclusiva que atraiga los intereses de la navegación y del comercio.

Pero España tiene todavía en la Micronesia la estación que tan equivocadamente se había buscado en las Marianas.

La isla de Ponapé reune todas las favorables condiciones que vanamente se han buscado en Guajan.

Nada tiene que envidiar á esta por sus condiciones físicas, y, en cambio, por la si-

tuación geográfica es muchísimo más ventajosa, hallándose colocada en uno de los más anchos y limpios canales de las Carolinas, de modo que parece colocada expresamente por la naturaleza en medio del gran Océano Pacífico para que sirva de punto de reposo y refugio para el fatigado navegante.

Los barcos balleneros que antiguamente solían detenerse en las Marianas, hace tiempo que marcaban á España la conducta que las circunstancias imponen para el porvenir. Los pescadores de ballenas casi tienen hoy completamente olvidado á Guajan, y en cambio se vé cada día más frecuentada por ellos la isla de Ponapé.

Esta se halla en el mejor camino para los barcos que partiendo de la Australia Oriental, Nueva Zelanda y demás islas de la Polinesia, se dirijiesen á China y el Japón.

Pero si la estación de Ponapé proporciona grandes ventajas en general á la navegación, hay además otras razones de interés exclusivamente nacional que aconsejan á España la realización de un proyecto que habrá de proporcionarla rápidos y seguros beneficios.

En primer lugar, una vez aceptada la conveniencia de conservar las provincias de la Micronesia, parece justo que se quiera

resarcir en cierto modo á Filipinas de los gastos que sufraga para mantener en aquellas islas la bandera española.

La creación de una buena estación en Ponapé, con depósito de carbón, víveres y efectos navales aseguraría bien pronto una escala favorable que sería cada vez más frecuentada y donde tendrían fácil salida muchos artículos, de procedencia ya peninsular ya filipina, viniendo á constituir bien pronto una nueva fuente de riqueza en aquella región hoy casi completamente abandonada.

Sí, los carbones de Cebú, la járcia de abacá y el tabaco elaborado en Filipinas, las conservas y vinos de la Península son artículos que desde luego hallarían fácil salida una vez situados en el establecimiento de Ponapé, sin contar con otros muchos géneros que tendrían gran consumo, ya en la misma localidad ya en las islas próximas que poco á poco habrían de crear comunicaciones más ó menos regulares con aquel centro mercantil, que por este medio se convertiría también en foco propagador de la cultura probándose una vez más la virtud civilizadora del comercio.

Claro es que Ponapé se convertiría desde luego en depósito de los acopios de artículos

producidos en las Carolinas Orientales y esos géneros aumentarían bien pronto en cantidad y valor con la contínua demanda, fomentándose de gran manera el comercio interinsular hoy casi nulo.

La línea de vapores que hoy se sostiene casi exclusivamente para trasporte de la correspondencia y de los relevos militares, pronto se utilizaría para conducción de las mercaderías que se destinasen al depósito de Ponapé.

Los puertos de Palaos, Yap y Guajan se convertirían en estaciones auxiliares donde se acopiasen los productos de la Micronesia destinados á Filipinas que á su vez surtiría de cuanto necesitáran á los mencionados puertos, perfectamente situados en el cambio de Ponapé á Manila, y que serían centros de civilización y tráfico para las demás islas que participarían á su vez de creciente cultura y prosperidad creada y fomentada por el comercio.

España tendría cada vez una mayor facilidad para extender la cultura en ese dédalo de pequeñas islas, y Filipinas recibiría bien pronto la justa recompensa de los pecuniarios sacrificios que de otra manera no podrían ser jamás reproductivos. En una palabra, no se harían gastos inútiles y la nación ganaría tres florecientes

provincias que de otra manera serán, durante largo tiempo, grupos de rocas habitadas casi exclusivamente por salvajes.

Las estaciones de Palaos, Yap y Guajan serían, por lo tanto, de gran utilidad para favorecer el tráfico, para extender la civilización cristiana por todas las islas de la Micronesia que dejarían pronto de ser una carga convirtiéndose en puntos productores.

Estas notables ventajas no pueden obtenerse más que formando el establecimiento mercantil de Ponapé tal como queda indicado para que favorezca la navegación transpacífica en general.

Cumplido por España el anterior programa, seguro es que el interés privado completaría sus imperfecciones, y los géneros del Japón, Australia y América vendrían á satisfacer con economía las necesidades que dejáran subsistir los artículos de Filipinas que por sus ventajosas condiciones podría conservar siempre el monopolio efectivo de ciertos artículos, ya insulares ya peninsulares.

Las ligeras indicaciones que preceden permiten formar un juicio aproximado respecto al porvenir que pueden alcanzar las posesiones españolas de la Micronesia.

No hay que pensar en abandonar unas islas que solo parecerán pobres é inútiles

mientras no quiera España emprender el camino que señala el verdadero progreso que puede convertirlas en un emporio de riqueza.

España no puede condenarse á sostener en esas islas una estéril ocupación militar en tres ó cuatro destacamentos, sino que, fiel á sus nobles tradiciones coloniales, procurará propagar entre aquellos insulares la luz de la religión cristiana como la más ámplia y sólida base de la civilización y del progreso.

Con estos nobles propósitos y con la energía de los medios materiales, la creación de un establecimiento naval y mercantil en la isla de Ponapé sería auxiliada por otros de órden secundario en las otras de Guajan, Yap y Palaos servidos todos ellos por una ó más líneas de vapores españoles, haciendo que Ponapé se convirtiese bien pronto en el Singapore de la Micronesia á donde irían á parar y surtirse de carbón, víveres y todo cuanto pudiera necesitarse en la travesía del Océano Pacífico.

El nuevo establecimiento de la Ascención sería punto de partida para un próspero porvenir de la Micronesia española, tanto en el órden material como en el político y moral, puesto que constituiría bien pronto

un rico y floreciente centro comercial, una gallarda muestra de las adormecidas fuerzas y de las potentes energías que todavía guarda latentes la moderna raza española, capaz aún de los nobles impulsos necesarios al engrandecimiento de la nación y un poco, en fin, de cultura y general adelanto para todas aquellas pequeñas islas que forman las provincias más orientales de los dominios españoles.

FIN.

MAPA
DE
LA MICRONESIA ESPAÑOLA
Ó LOS ARCHIPIELAGOS DE
MARIANAS PALAOS Y CAROLINAS
POR
V. MUÑOZ BARREDA

Escala 1:5.000.000 — Leguas de 20 al grado

Signos Convencionales

- ⊙ Capital de Gobierno Político-Militar
- ○ Pueblo
- . Aldea ó Barrio
- M. Monte
- Cordillera
- Camino
- L. Laguna
- R. Rio
- Arrecife
- Banco
- E. Ensenada
- Limite de territorio
- B. Bahia
- Pto Puerto Fondeadero
- P. Punta
- C. Cabo
- Atol con islas
- I. Isla

Longitud E. de Madrid

MANILA 1894

ISLA DE GUAJAN

ISLA DE ROTA

ISLA DE TINIAN

ISLA DE SAIPAN

ISLA DE UALAN

ISLA DE PONAPE Ó DE LA ASCENSION

ISLA DE YAP

ARCHIPIELAGO DE LAS MARIANAS

SECCION DEL NORTE

SECCION DEL SUR

ARCHIPIELAGO DE LAS CAROLINAS OCCIDENTALES

SECCION

ARCHIPIELAGO DE LAS CAROLINAS CENTRALES

ARCHIPIELAGO DE LAS CAROLINAS ORIENTALES

OCEANO PACIFICO

Limite Occidental verdadero de la micronesia Española

Limite reconocido por Alemania para los dominios Españoles en Carolinas y Palaos

Linea del Ecuador

INDICE

	Páginas.
PRÓLOGO	3
Capítulo I.—LA MICRONESIA ESPAÑOLA	17
Capítulo II.—ARCHIPIÉLAGO DE MARIANAS. —*Nociones generales.*	39
Arqueología marianica	73
Capítulo III.—ISLAS MARIANAS.—*División de las islas.*	81
Sección del Sur.—Guajan	82
Agaña	86
Agat	87
Merizo	88
Inarajan	88
Rota	94
Agu'guan	96
Tinian	97
Saipan	99
Gani ó sección del Norte.—Farallón de Medinilla	103
Anatagan	104
Sarigan	104
Piedras de Torres	105
Guguan	105
Alamagan	106
Pagan	106
Agrigan	108
Asunción	109
Las Monjas	109
Urracas	110
Farallón de Pájaros	110

Capítulo IV.—Archipiélago de Palaos. 112
Capítulo V.—Islas Palaos.—Toby . 133
Pulu Ana . 135
San Andrés . 135
Pulu María . 136
Angaur . 136
Grupo Palaos
Peleliú . 138
Eil Malk . 139
Olobezapel . 139
Urukzapel . 140
Orulong . 140
Korror . 141
Babelzaop . 143
Arcángel . 147
Kaiangel . 147
Capítulo VI.—Archipiélago de Carolinas 148
Capítulo VII.—Islas Carolinas.—*División general* . 180
Carolinas Occidentales.—Matalotes . 181
Yap . 182
Los Reyes . 199
Surol . 202
Fais . 202
Carolinas Centrales . 205
Sección del Oeste.—Euripik . 206
Uleai . 206
Ifalik . 209
Farau'ep . 209
Olimarao . 210
Elato . 210
Lamoliork . 210
Lamotrek . 211
Westfayeu . 211
Sataual . 212
Pik . 212
Pikelot . 212

Sección del Este.—Cata . 214
San Bartolomé . 214
Los Mártires . 215
Jardines . 216
Pájaros . 217
Grupo Hogoleu
Tol . 221
Falabogoz . 222
Ulalu . 222
Udot . 223
Eot . 223
Eiol . 224
Periadik . 224
Tarik . 224
Zis . 225
Ruk . 225
Moen . 226
Dublon . 226
Umoi . 227
San Rafael . 227
Losap ó Luosap . 228
Namuluk . 228
Mortlok . 229
Pikerap . 231
Nukuor . 231
San Agustín . 233
Carolinas Orientales . 235
Pasión . 236
Pakin . 237
Ant . 237
Ponapé . 238
Mokil . 260
Pingelap . 261
Providencia . 261
Ualan . 226

CUADRO DE LA SITUACIÓN GEOGRÁFICA DE las principales islas de la Micronesia española . 268
APÉNDICE.—*Porvenir de la Micronesia española* . 273

—

Mapa general de la Micronesia española.